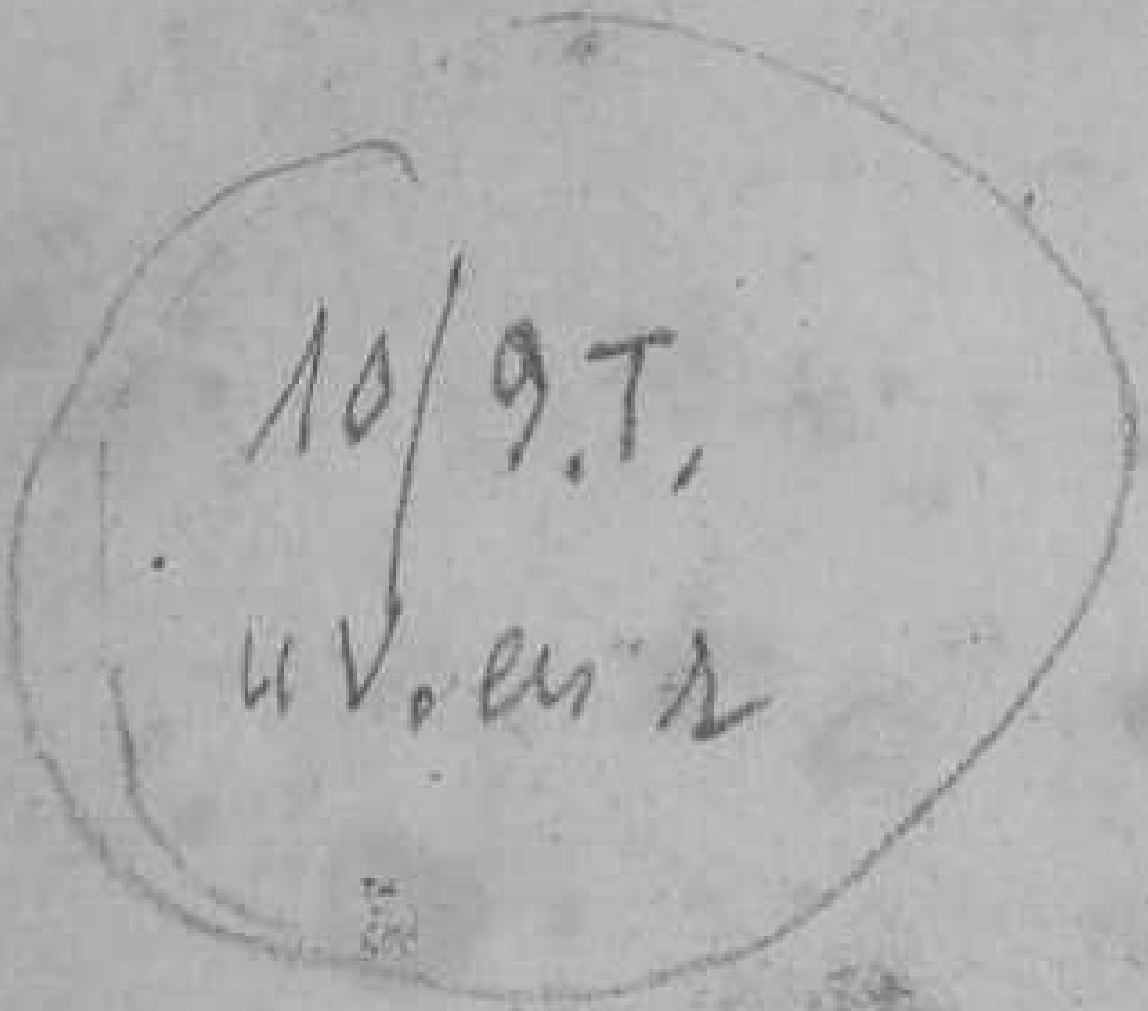
MIGUEL MIRANDA
LOPE DE VEGA, 19
28014 - MADRID
TELF. 914 294 576

DGCL
A

F. 172035
C. 12232370


10/9.T.

Pero ella le preguntaba
¿que pajarito es amor?

Lit. de Aragón

POESIAS

DE

D. JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

ÚLTIMA EDICION,

conforme á la original primitiva;

Y AUMENTADA

CON UN APENDICE DE VARIAS POESIAS.

TOMO I.

Madrid:

Imprenta de la Renta Pública,

calle de Preciados, n.º 23.

1840.

Se hallará en dicha Venta Pública, *con otros muchísimos libros muy baratos, cuyas veinte y cinco listas clasificadas por órden de materias y alfabeto estan de manifiesto. Se admiten encargos y comisiones.*

R 138846

CARTA

De Don Manuel José Quintana

á don Francisco Cojar,

editor de estas poesias, estampada al frente de la edicion,

PRÍNCIPE DE SALAMANCA.

Muy señor mio: remito á V. el tomo manuscrito de *Poesias de Iglesias*, que me envió dias pasados, y le doy mil gracias por el gusto que he tenido en su lectura.

Yo no habia visto de este poeta mas que tal cual epígrama, y algunas letrillas satíricas. Habianme parecido escelentes, y creia que su genio era propio solamente de estas composiciones. ¿Quién podria imaginar que la musa maligna, que azota con

tanta libertad los vicios, preocupaciones y ridículas manías de los hombres, pintase tambien con ademan tan inocente los mas delicados sentimientos del corazon humano? La diferencia de un género á otro es inmensa; pero aun es mas grande la felicidad de la ejecucien en ambos: y yo estoy pasmado al ver que quien ha igualado á Quevedo, Góngora y Alcazar, en soltura, libertad y donaires, haya podido sobrepujar á Garcilaso, Torre, Esquilache y otros buenos poetas, en grecia, delicadeza y sentimiento.

Bien veo que la condicion del poeta era muy á propósito para ello. Destinado casi siempre á vivir en aldeas, tuvo oportunidad para observar y sentir la gracia que en ellas dan al desahogo del corazon la simplicidad y la inocencia. Por el contrario, en las ciudades, la corrupcion de las costumbres y la complicacion de intereses rebozan el pecho, y quitan á la naturaleza la ingenuidad de su espresion. Es verdad tambien que entre los paisanos

parte de la gracia se pierde por la rusticidad y grosería; pero en la imaginacion del poeta todo se hermosea, la corteza grosera se desvanece, quedando solo la verdad del sentimiento, adornada con los encantos de la poesía.

Para dar un aire de ternura y delicadeza mayor á las composiciones de esta clase, Iglesias las pone casi siempre en boca del sexo mas débil, y de consiguiente mas interesante cuando sufre. La inocencia y simplicidad tienen su asiento propio en el corazon de la muger: y ella es quien habla en la mayor parte de las letrillas pastoriles, de las églogas, de las cantilenas, y en todos los idilios.

La Esposa Aldeana es un pensamiento original, y una coleccion de villanescas, que no tiene igual en castellano. Su estilo es gracioso y ligero: las imágenes sencillas y naturales, tomadas de la naturaleza del asunto: la versificacion fluida, sonora y armoniosa: cada coplita es un rasgo; cada letrilla un sentimiento.

:

El mismo fondo de imágenes, y la misma frescura de colorido se advierte en las letrillas de estrivillo que la siguen: ellas se están cantando: y *la Zagala que viene del campo, y la Rosa de abril*, son las mas graciosas composiciones que de su género hay en nuestra lengua.

No se puede decir lo mismo de los *Romances*, que no tienen la soltura graciosa de los de Esquilache, ni la amena riqueza de los de Góngora. Yo siento, señor editor, que Iglesias haya derramado en casi todos un aire de moralidad, que no parece el mas propio de semejantes composiciones: bien es verdad que él las ha adornado con una infinidad de imágenes bastante bellas y naturales, de que es un buen ejemplo el último romance, donde afea á una zagala el vicio de la vanidad: el cuarto, donde pinta la salida de Amarilis al Zurguen, no debe nada á los mejores, sea en la dulzura de los afectos, ó en la riqueza de la imaginacion.

Las delicias de Villegas son las pri-

meras cantilenas que tuvieron crédito en castellano: nuestro poeta quiso ejercitarse en aquel género, y escedió á su modelo en la belleza y gusto de las imágenes, y principalmente en la dulzura y verdad de los sentimientos. Porque Villegas, si tuvo un corazon sensible, no supo derramarlo en sus versos.

V. se espantará de verme tratar con tan poco respeto á un poeta de tanto crédito. Pero la fama de este autor es fama de tradicion, como la de otros muchos; fama no fundada en su mérito verdadero, sino en la decision de alguno que ha querido y sabido fascinar los ojos del vulgo de los lectores. Esta proposicion puede ser algo aventurada; si se atiende al tiempo en que D. Vicente de los Rios publicó y elogió á Villegas: entonces acaso las poesías de este eran un modelo de buen gusto; pero en tal caso ¡cómo estaria nuestra literatura! ¿Qué se diria de un poeta, cuyos versos estuviesen llenos de trasposiciones ridículas, metáforas oscuras

ó hinchadas, palabras y espresiones bajas, de alusiones importunas, y de erudicion pedantesca, que fuesen escasos de imágenes y faltos enteramente de afectos? Estos vicios están bullendo por todas partes en las obras de Villegas: y á pesar del nombre griego que tienen al frente, jamas se escucha en ellos el lenguage del amor. Pero de nada sirve, amigo mio, saber griego y latin, cuando falta el buen gusto. Yo apelo á los hombres que lo tienen, y que estos digan si encuentran placer alguno en la lectura de sus odas mayores, de sus sonetos, de sus elegías, y de sus idilios. Compárese á Villegas con él mismo, cuando el gusto le sostiene: compárese la oda 14 del lib. 1, hecha en alabanza de Garcilaso, y la bellísima oda sáfica al Zéfiro, con las demas composiciones suyas, y se palpará la inmensa diferencia que hay entre ellas, y la justicia de esta censura. Desengañémosnos: Villegas estuviera ya olvidado sin la cadencia, número y armonía de sus versos cortos, y sin los gra-

ciosos remates de sus cantilenas: en estas prendas es escelente.

Disimule V. esta digresion, y volvamos á Iglesias, cuyas *Anacreónticas*, aunque no me atrevo á derir que sean las mejores de nuestra lengua, diré sin embargo que tienen toda la gracia y ligereza propias de este género de poesía. Una anacreóntica no es una égloga: y he aqui la causa porque las mas de las que han salido últimamente con este nombre no lo son. El génio de Anacreonte era muy diverso del de Theócrito: sus odas no son largas, y jamas se aplomó sobre las descripciones de la vida pastoril: un sentimiento risueño, vestido con algunas imágenes alegres y ligeras, es la materia de su poesia. Cualquiera, pues, que la saca de aqui, la estropea.

Rasgos de una sensibilidad profunda y esquisita, imágenes fuertes y atrevidas, hijas del delirio, y muchos versos felices son las buenas prendas de los *Idilios* de nuestro poeta, muy superiores á los de

Quevedo, donde no hay mas que confusion y afectacion.

Las *Eglogas* no son tan buenas; aunque tienen mucha belleza de estilo y muy buenos versos: la poca novedad en su objeto y disposicion les quita mucha parte de su mérito. Solo advertiré de paso, que aunque se ha dicho que la pesca, por ser una ocupacion poco aseada y muy laboriosa, no era buena materia para las églogas; Iglesias sin embargo ha escrito una égloga piscatoria, donde todo es noble y aseado. Yo creo, amigo mio, que la poesía es como el amor, que hermosea todos sus objetos.

Hay bellísimas odas de todos géneros en castellano. Las sublimes de Herrera y Rioja, las morales de Fr. Luis de Leon, y las amatorias de Torre, Lope de Vega y otros poetas, son iguales á lo mejor que tienen los antiguos y modernos. Las dos primeras y la última de nuestro autor honran igualmente que ellas la lengua española. Su espresion es enérgica y

pintoresca; su diccion rica y poética; sus versos robustos y llenos; las imágenes valientes y nuevas, y el fuego del sentimiento siempre vivo. ¡Cuánta riqueza de imaginacion no brilla en la primera! El sol rodeado de las ninfas, que le desembarazan de los pertrechos de su lumbre; la noche cortejada de las estrellas, de las horas, de las sombras, y del silencio; el sueño cubriendo con sus alas toda la tierra, y negándose á la compasiva plegaria del poeta.

Salen las negras horas que en beleño
Ciñen la sien severa,
Vertiendo espanto y derramando sueño
Por toda su carrera.

Esto se llama pintar poéticamente. Cuán majestuosa y brillante no es tambien la salida del sol en la oda II.

Sale el sol con radiante señorìo;
Toda la mar se altera
Tiembla la luz sobre el cristal sombrìo

Que bate su ribera.
Los rayos crecen de la luz febea
Con mas pujante acento;
El bajo suelo en derredor humea
Y arder se mira el viento

El objeto que pinta el poeta, no es nuevo: pero el colorido, la espresion y el giro todo es suyo, todo bellísimo. Los remates de sus estancias son por lo comun muy graciosos: este, por ejemplo, de la oda III á la fuente.

Admíranla las aves,
La admira el sol, admíranla las flores;
Y en acentos suaves
Los tiernos ruiseñores
Al son de su raudal cantan amores.

¿Qué inmensa diferencia de este tono animado y gracioso, á este otro soberbio, lleno de fuerza y entusiasmo?

No es este el reino del sangriento Marte?
No oigo de sus inquietas
Cajas el son, y horrísonas trompetas?

Sobre un carro agilísimo rodante
Descubro al Dios horrendo,
Sus feroces cuadrillas impeliendo;
De pie á cabeza armado de diamante,
Tras la lanza el membrudo
Brazo, blandiendo el fulminante escudo.

Así los buenos poetas saben dar el estilo conveniente á la diversidad de los asuntos que cantan; y es una leccion insigne para aquellos que olvidan que la variedad es una de las primeras fuentes de la belleza y del placer.

Recorriendo pues ahora todo lo dicho hasta aquí, se ve que Iglesias sabe plegarse perfectamente al nivel de todos los géneros que emprende y que su genio domina todas las materias. Su imaginacion es siempre fértil, su espresion rica, su estilo animado y pintoresco. Es verdad que en sus *Romances* se advierte alguna sequedad y poca novedad en las *Eglogas*; pero esto se compensa con la gracia inocente, armonía y dulzura de sus *Letrillas*;

con la riqueza, afectos y rotundidad de sus *Cantilenas* é *Idilios*; y con la espresion valiente de sus *Odas*. He notado tambien en parte alguna negligencia en los versos y varias violencias de sentido; pero me hago cargo de que estas son unas poesías póstumas; y de consiguiente, que no pueden tener aquella correccion que tendrían si su autor las hubiera preparado para la prensa.

He ejecutado, Sr. editor, su encargo del mejor modo que me ha sido posible; y le he dicho ingénuamente mi sentir sobre los varios géneros de poesía, contenidos en este tomo de Iglesias. No dudo que en siendo publicado, los austeros filósofos, y los mentecatos que los remedan, lo mirarán con ceño, y acaso con desprecio, por no contener segun su estilo mas que miserables bagatelas. Pero V. dirá, y tendrá razon en decirlo, que estas bagatelas no se escribieron para ellos. Si entretienen los ratos perdidos, y merecen la aprobacion de un hombre de gusto, si di-

sipan el mal humor de otro; y si alguna dama las aprende, ó las canta, la gloria del autor será satisfecha y la intencion de los editores cumplida.

Mas la prenda mas apreciable de esta obra es la pureza y lo castizo del lenguaje. V. me dice, y yo lo sabia, que Iglesias no leía ningun libro estrangero, y que apenas sabia las lenguas italiana y francesa. Si la falta de lectura en los libros escritos en ellas le privó de unos conocimientos que hubieran adornado mucho sus composiciones, tambien le preservó por otra parte del contagio universal de no hablar, ni escribir, ni pensar de otro modo que en francés. Este es ya un mal irremediable, y estoy por decir que necesario: porque quien no tiene lumbre en su casa, va por ella á la del vecino. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que Iglesias, que habia estudiado su lengua en los autores de nuestro siglo de oro, y que no manejó otros en toda su vida, no pudo viciar su estilo con la frase estranje-

ra; y que su libro debe ser tenido y citado como un modelo puro de lenguaje, prenda que falta á los mas, por no decir á todos los versos escritos de diez años á esta parte.

Animo, pues, amigo mio. Yo en nombre todos los hombres de gusto, le doy las gracias y el parabien por la publicacion de esta obra, y le animo á que se ocupe en tareas igualmente útiles y gloriosas á la literatura española.

Queda de V. &c.

A. *

* *A. Aufriso. Nombre poético con que suscribia don Manuel José Quintana en las poesía sueltas que estampaba en el Correo de los Ciegos y otros papeles de aquella época.*

La Esposa ALDEANA.

LELRILLA I.

Al Dios Pan.

Rústico dios Pan,
Ruégote que asistas
A honrar mis cantares
Con tu melodía.
Tú, inventor primero
De la flauta amiga,
Que guardas del campo
Las tiernas delicias;

Así ufano goces
Las frescas mejillas,
Ternuras y abrazos
De tu bella ninfa.
Haz que con mi acento
La esquivez altiva
De un amante atraiga,
Que me desestima.
Por él te importuno,
Por él noche y dia
Canto mis amores,
Lloro mis desdichas.

LETRILLA II.

De sus Cantares.

Selvas de esmeralda,
Rios de cristal,
Con atento oido
Mi lira escuchad.
Que si mi voz dulce
En dulce cantar,
Cual hiere del monte
La concavidad:

Así al zagal hiere,
Tan duro en amar,
De arte, que su pecho
Se mueva á piedad:
Faunos y silvanos
Los vereis llegar,
Y por estos llanos
Alegres triscar.
Vendrá el amor niño,
Mil ninfas vendrán;
Y en rueda de lazos
Todos bailarán.

LETRILLA III.

La Solicitud.

Cerrad, cerrad, ninfas
Del grato Aranjuez,
Cerrad las salidas
Del fresco vergel;
Por si las pisadas,
O el rastro de aquel
Que el alma me abrasa,
Puedo hallar ó ver.

Pues la amena selva
Le ha de detener;
A mil pajarillos
Tendiendo la red.
O acaso siguiendo
Al Amor cruel,
Tras de otras zagalas
Al señuelo fué.
Y si vos le halláreis,
Guardadle, y sabed:
Que él en mí, y yo sola
Mandar quiero en él.

LETRILLA IV.

De su Pastor.

No alma primavera
Bella y apacible,
O el dulce favonio
Que ámbares respire;
No rosada aurora
Tras la noche triste,
Ni el pincel que en flores
Bello se matice;

No nube que Febo
Su pavellon pinte,
O álamo que abrace
Dos émulas vides;
No fuente que perlas
A cien años fie,
Ni lirio entre rosas,
Clavel en jazmines;
Al romper el dia
Son tan apacibles,
Como el pastorcillo
Que en mi pecho vive.

LETRILLA V.

De su Afecto.

Si yo en otro tiempo,
Simplilla rapaza,
Anduve sin pena,
Viví descuidada:
Y en guardar me avine
Mis ovejas mansas,
Quizá no era entonces
Dulce enamorada.

Mas hora yo pienso;
Que diera de gana
El mas gentil manso
De aquesta manada.
A aquel que á mis ojos
Mirar les dejára
Los de un pastorcillo
Que mira con gracia.

LETRILLA VI.

Fuguete Senciſſo.

Alexi á mi puerta
Se pone á cantar,
Y no le respondo
Por ver lo que hará.
Con mi cayadillo
Le doy por detras;
Y sin ver por dónde,
Me vuelvo á escapar.
Por su propio nombre
Le suelo llamar:
Callo; y por un rato
No vuelvo á chistar.

Le quiero y me huelgo
De hacerle bobear.
Buscándome en donde
No me halle jamas.
Y al fin si me hallare
Daño no me hará;
Que no, no es el hombre
Tan bravo animal.

LETRILLA VII.

El Sueño y el Deseo.

Cuando yo en el prado
Me pongo á dormir,
Sueño que me halaga
Mi pastor gentil.
Despierto, y no viendo
Holgar y reir
A Alexi conmigo,
Cual en sueños ví:
De mí no me acuerdo,
Ni acierto á vestir,
Ni escucho el ganado
Que bala por mí.

El año que viene
No le tendré así;
Que yo de mi lado
No le he dejar ir.
Pues casarnos hemos
Los dos por abril;
Y en un mismo chozo
Hemos de dormir.

LETRILLA VIII.

Confianza.

El mi pastorcillo
Bien sé yo que suele
Por mí preguntaros
Si estoy de él ausente.
Y que aunque lo calla
Llora muchas veces,
Porque á verle venga,
Y su mal consuele.
Por otra zagala
No temo me deje,
Aun cuando enojado
De sí me desecche.

Pues sé que á la hora
Su amiga han de hacerme
De miel una orzuela,
Y un cuerno de leche.
Y si esto no basta,
Con que yo le deje
Jugar cierto juejo,
No podrá él valerse.

LETRILLA IX.

Resolucion.

No de árbol frondoso
La fruta primera,
De flor guarnecida
Al Alba serena,
Me roba la vista,
Y el alma me lleva;
Cual mi zagalejo
Cuando á hablarme llega.
Díceme, si quiero
A la primavera
Con el desposarme,
Porque su amor vea.

Que sí responderle
Me causa vergüenza;
Que no replicarle,
Me da mayor pena.
Pues un sí, y mil sies
A la vez primera
Que vuelva á decirlo,
Le doy por respuesta.

LETRILLA X.

Simulacion Amorosa.

Mi zagal me llama
Grosera amadora;
Mas fria á sus ruegos
Que la helada roca:
Cuando hasta las flores
La llama no ignoran
De Amor, en que me ardo
Turbada y medrosa.
Bien quisiera serle
Humana en la hora,
Sin darle yo cuenta
De mi aficion loca.

Mas ser atrevido,
Y hallar sazon propia
De vencer recatos,
Solo al varon toca.
Que si él entre espinas
No la busca y corta,
De suyo á su mano
No se ha de ir la rosa.

LETRILLA XI.

De un Baile.

Un dia en las danzas
Del Val de Zurguen
Me sacó á bailar
Damon muy cortés.
Y luego en el corro
Al ir á volver
La rueda, de un lazo
Me besó el joyel.
Pero yo en los dientes
Un golpe con él
Le dí, cuando quiso
Besarle otra vez.

Dolióle, y los labios
Se empezó á morder:
Me las juró; y luego
Airado se fue.
El zagal por dicha
¿Qué me querrá hacer?
Quizá él lo sabrá;
Que yo no lo sé.

LETRILLA XII.

Propension del Amor.

Porque no le quiero,
Me quiere Damon;
Y Alexi no quiere
Que le quiera yo.
Muchas veces digo:
¿A cuál de los dos
Daré yo las llaves
De mi corazon?
Damon las merece,
Que no me gustó;
Y Alexí, á quien amo,
No las mereció.

Todo el gusto pierdo,
Si á Damon me doy;
Si á Alexi, me abato
A un despreciador.
Pues aunque me humille
Y sufra el baldon
De ser despreciada,
De Alexi es mi amor.

LETRILLA XIII.

Oferta.

De buscar mi Alexi
Por un bosque espeso,
Niña tierna y sola,
Catusadita vengo.
Al que me dijere,
En qué prado ameno
Sus ovejas pastan,
Brillan sus luceros;
De marfil un vaso
Yo le daré en premio;
Y á mas de ello encima
Un abrazo tierno.

Que si el zagal mio,
Picado de celos
Tomalle quisiese,
Sintiese perdello;
Para uno que pierda,
Yo le daré ciento;
Y aun mil, hasta tanto
Que se canse de ellos.

LETRILLA XIV.

El Pronóstico.

Ya el rigor del tiempo
Su saña terrible
Descargue en los campos,
Que á espensas de él viven:
Febo enardecido
Con su luz marchite
La pomposa gala
De rosa y jazmines:
Fiero el austro robe,
Cuando airado silbe,
Los amantes lazos
De álamos y vides.

Que si mi sol sale
Lleno de matices,
Serenando el cielo,
De los campos iris;
Fuerza es reflorezca
Cuanto toque y mire,
Que enrame la selva,
Y el valle entapice.

LETRILLA XV.

Los Celos.

Aquel pastorcillo
Que en bosques y prados
Seguir Amor me hace,
Trevieso tirano;
Bien sé que se duele
Del mal que yo callo,
Por mas que lo encubra,
Y aun borre los pasos.
Si á otro zagalejo
Hablo por acaso;
Calla, y se le muda
Su color rosado:

Enójase, y váse;
Y aunque yo le llamo,
Me niega el oido
Y huye apresurado.
Ni para acallarle
Me han aprovechado
Querer regalalle,
Ni al fin regalallo.

LETRILLA XVI.

Tonos Sencillos.

Dos tórtolas tiernas,
Que Alexi en un nido
Se encontró á la aurora,
Me regaló fino.
De miel una orzuela
Yo en pago le envío,
Y mas, si tuviera
Presentes mas ricos.
Que el panal mas dulce
Para el gusto mio
Solo es ver el rostro
De mi pastorcillo;

Y mas cuando ufano
Me da un canastillo
De frescas manzanas
Llenas de rocío.
Luego que en mis brazos
Ve que lo he cogido,
Se rie; y me dice....
Mas no, no lo digo.

LETRILLA XVII.

Juego Amoroso.

Mañanita alegre
Del señor San Juan
Al pie de la fuente
Del rojo arenal,
Con un liston verde
Que eché por sedal,
Y un alfiler corvo
Me puse á pescar.
Llegóse al estanque
Mi tierno zagal,
Y en estas palabras
Me empezó á burlar:

"Cruel pastorcilla,
¿Dónde pez habrá
Que á tan dulce muerte
No quiera llegar?"
Yo así de él, y dije
"¿Tú tambien querrás?
Y ese pececillo
No, no se me irá."

LETRILLA XVIII.

Afanes del Amor.

Yo mi zagal tengo;
Soy su enamorada;
Y que él lo supiera
No poco me holgara.
Cuando llevar suelo
Mi ganado á casa,
Solo en el camino
Se sienta, y me aguarda.
Se oculta, y de un grito
Si voy descuidada
Me asusta, y se burla
De verme turbada.

De hablar mis vecinos
Se huelga en el alma,
Por ver si entre tanto
Le ve su zagala.
Flores de contino
Me lleva, y enlaza
De ellas á mi puerta
Ramos y guirnaldas.

LETRILLA XIX.

De su Pastorcillo.

El mi pastorcillo
En su edad florida,
Del cielo y del prado
Beldad es y envidia.
De solo adorarle
Vivo desde el dia
Que amor puso en ello
Mis mayores dichas.
Víle tierno niño,
Siendo aun tierna niña,
Cuando aun de él no supe
Lo que apetecia.

Y hora, que travieso
Amor me lo avisa;
Mi ventura pongo
En ser su cautiva.
El rey de mis gustos
Él será algun dia,
Y ojalá me llame
Su esposa querida.

LETRILLA XX.

El Desvelo.

Mis siempre queridos
Y amantes palomos,
Que á par de sus hembras
Dan arrullos roncos:
Las tiernas abejas
De la flor en torno,
Con susurro bajo,
Con murmullo sordo;
La tórtola que hace
Su asiento en el olmo,
Y en silencio blando
Gime su divorcio;

El bullicio inquieto
Del risueño arroyo,
Que en fresco poleo
Se baña oloroso;
Todo me convida
Al sueño sabroso;
Y amor me desvela,
Niño inquieto y loco.

LETRILLA XXI.

De una Ausencia.

Mi Alexi que goza
De gentil donaire,
Do quiera que voy,
Va por escucharme.
¡Oh si tambien ahora
Mi voz escuchase,
Cuando de su ausencia
Siento mas los males!
Todo en noche oscura
Me parece yace,
Y que pierde el campo
Su esplendor brillante.

Mas dando sus luces
Los ojos radiantes
Del pastor que adoro,
Mas que el campo amable;
El lirio despliega,
La azucena nace,
Brotan los jazmines,
Los claveles se abren.

LETRILLA XXII.

A su Rebaño.

Corderillos mios,
El mal que teneis,
Cual el que yo siento,
No es de hambre ni sed.
Solo os ven mis ojos
Con hueso y con piel:
No sé qué mal ojo
Mal os llegó á ver.
¡Qué mustio y mal sano:
Mi choto te ves
Por mas que buen pasto
Te doy á pacer!

¡Ai mis corderillos!
Si el peso cruel
Que siento en el alma,
Sentis vos tambien!
¡Ai! que á mi ganado
Y á su guarda fiel
El propio Amor mata
Y ageno desden!

LETRILLA XXIII.

La llama del Amor.

Ya de mis zagales
El canto sonoro,
Y entre ellos las voces
De mi zagal oigo.
Las yuntas cansadas
Tornan al reposo,
Puesto el lucio arado
Sobre el yugo corvo:
La sombra estendida
Del traspuesto Apolo
Cubre las montañas
Con pie presuroso.

Mas la llama ardiente
De mi amor fogoso
Ni cesar la advierto,
Ni menguar la noto.

LETRILLA XXIV.

Los Brazos de Alexi.

¿Qué fuerza, mi madre,
Los brazos tendrán,
Los brazos de Alexi
Pequeño zagal?
Que ayer al descuido,
Al ir á pasar
Un sendero angosto,
Me llegó á abrazar:
Y yo desde entonces
Con fuego abrasar
Me siento, aunque el simple
No lo hizo por mal.
Ya del zagalejo
Me quiero vengar;
Ya me compadezco
Del tierno rapaz:

Ya sufrir no puedo
La llama voraz,
Y hora en este fuego
Me quiero abrasar.

LETRILLA XXV.

El Consejo.

Mi abuela me dice
Que si me enamoro,
Tendré grandes iras,
Pesares y enojos.
Que Amor es un fuego,
A cuyo ardor solo
Nadie fijó lindes,
Nadie puso coto.
Mas la buena vieja
Yo creo que chocho
Tiene ya el sentido,
Como el gusto Boto.
Pues si con mi Alexi,
De Amor ciego y loco,
Traviesa yo huelgo,
Festiva retozo;

Toda la vehemencia
Del Amor fogoso
Que se aplaça siento,
Que se endulza noto.

LETRILLA XXVI.

Gratitud Pastoril.

Vióme Alexi un dia
Cansada, buscando
Dos tiernos corderos,
Que me habian faltado.
Y él sobre sus hombros
Me los trajo ufano
Hasta mi cabaña,
De flores ornados.
Bien sé que me quiere;
Y que bien cuidados
Serán mis corderos
Si con él me caso.
Para cuando él viva,
Si me da su mano,
Yo le cedo todos
Todos mis ganados.

LETRILLA XXVII.

Los Ojos de Alexi.

Mientras mis corderos
Del ameno soto
Pacen la verbena,
Rumian los escobos;
A mis solas pienso
Qué iman podoroso
Tendrán de mi Alexi
Los alegres ojos;
Que á par de ellos vistos,
Oscuros y toscos
Juzgo los luceros
Del celeste globo.
El alma me llevan;
Y pienso que es poco
Valor cuanto valgo
Para su despojo.
Que el placer de verlos
Me sustenta solo;
Y en cosa ninguna
Yo encuentro mas gozo.

LETRILLA XXVIII.

El Premio de Amor,

Mi florido huerto,
Por mí cultivado,
Ser testigo suele
Del pastor que yo amo.
La primer manzana,
Que aun no se ha pintado,
Será solamente
De mi enamorado
Aunque para el gusto
Del zagal lozano
Mas bellas manzanas
Yo conservo y guardo.
Dárselas he en premio,
Dárselas he en pago
De lo atento y fino
Que se me ha mostrado.

Letrillas
DE ESTRIVILLO.

LETRILLA I.

Si el estilo en mis letras
Mucho se humilla;
Como vengo del campo,
No es maravilla.

Cantar, yo cantara
Los campos y flores,
La niñez y amores
Con que me criara:
Mas si es cosa clara
Trivial y sencilla;

Como vengo del campo
No es maravilla.

Si niña agraciada
Un niño pastor
Cantaba á mi amor
Mas de una tonada
Y yo de picada
Mas de otra letrilla;
Como vengo del campo
No es maravilla.

Si á mi talle agrada
Variado pellico;
Y á mi frente aplico
Guirnalda rosada;
Y ando recostada
En mi cayadilla;
Como vengo del campo
No es maravilla.

Dicen que florido
Traigo mi cabello;
Y el seno y el cuello
De rosas guarnido;

Mas si he recogido
Tanta florecilla;
Como vengo del campo
No es maravilla.

Morena me llama
Quien bien no me quiere;
Y á mil me prefiere
El zagal que me ama:
Si del sol la llama
Me trae tostadilla;
Como vengo del campo
No es maravilla.

LETRILLA II.

Pues de amar amores
Leccion tomé en tí;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

Mi rabel que amores
Cantara hasta aquí,
Por tí solo en duelos
Trocado lo ví.

Tañolo ¡ai! y solo
Solo ¡ai! sé decir:
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

De mi amor testigo
Ves la fuente allí,
Do la vez primera
La alma te rendí:
Nó mi verdad ella
Querrá desmentir;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

Tu sol me llamabas
Una vez y mil;
Tu amor, tu alba y rosa,
Tu espejo y pensil:
Y hoy nombre de esclava
No merezco en tí;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

El amor ufano
Juzgué yo que allí

De tan dulce triunfo
Se empezó á engreir:
Y hoy pienso que el odio
Le ha vencido en lid;
Zagal desdeñoso,
Duélete de mí.

LETRILLA III.

Llévame á Zurguen
Do está quien yo quiero:
Andá acá, llévame, carretero.

De mi bien ausente
Muero en esta aldea:
Quien no me lo crea,
La llaga reciente
Sienta, que otra siente;
Y muera cual muero;
Anda acá, llévame, carretero.

Llévame, zagal,
Donde está mi bien;
No sea que haya quien

Me le trate mal;
No otra dicha igual
Al verle yo quiero;
Anda acá, llevame, carretero.

Gloria del Zurguen
Es mi zagalejo;
Su gala y despejo,
Su hechizo y desden
Son del querer bien
Iman verdadero;
Anda acá, llévame, carretero.

Por quien yo suspiro
Es bien mas precioso,
Que lo mas hermoso
Que en los campos miro;
Si de él me retiro,
Se pone el lucero;
Anda acá, llévame, carretero.

Su voz regalada
Al son de su lira
Un ardor inspira,

Que ofende y agrada;
De él estoy tocada,
Y huirle no quiero;
Anda acá, llévame, carretero.

Al salir la aurora
Mi bien saldrá al prado,
De aquella buscado
Que muy mas le adora;
Pues mi amor no ignora,
Que de amarle muero;
Anda acá, llévame, carretero.

LETRILLA IV.

En vano á la puerta llama
Quien no llama al corazon.
Zagal, tus cantares deja
No el dulce silencio alteres,
Ni te quejes á mugeres,
Que no han de escuchar tu queja:
Cesa de observar la reja,
Que rondas sin ocasion;

Que en vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.

De tu voz la melodía
Por mas que agrade al oido,
Si en el alma no ha podido
Hacer igual harmonía;
Tenla por vana y vacía,
Y aun por disonante son;
Que en vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.

Los oidos que están llenos
De los ecos de otro amante,
Por gracias que tu voz cante,
Ni las aman ni echan menos:
Al fin son ecos agenos
Del cariño y aficion;
Que en vano á la puerta llama,
Quien no llama al corazon.

LETRILLA V.

Cuando anuncia el lucero
La nueva aurora,
Orillitas del rio
Jacinta llora.

"Ven, Jacinto, ven,
No seas desdeñoso,
Corre presuroso
Donde está tu bien:
Al pie del Zurguen
Está quien te adora;

Que orillitas del rio
Jacinta llora.

En tí está pensando,
Pregunta por tí,
Y yo ayer la ví
Triste y suspirando:
Sé, zagal, mas blando
Con quien te enamora;

Que orillitas del rio
Jacinta llora.

De sus ojos perlas
Vierte cual luceros;
Si en hilos enteros
Llegaras á verlas,
Fino á recogerlas
Fueras á la hora;
Que orillitas del rio
Jacinta llora.

Llega á consolarla;
Que ella sin recelo
Solo ama el consuelo
Que llegues á hablarla;
Dí sin asustarla:
¡Salud, mi pastora!
Que orillitas del rio
Jacinta llora.

LETRILLA VI.

¡Triste de mí que amo
A quien no lo estima!
Que amar sin retorno
Fue la estrella mia.

Cuando á ver á Alexi
Voy de amor herida,
Curo de agradarle
Y hacerle caricias:
Y él con todo ingrato
Mi amistad esquiva;

Que amar sin retorno
Fue la estrella mia.

Los sus corderillos
Van á la sal mia,
Y de mis collares
Les pongo divisas:
Y él me desconoce
Siendo su cautiva;

Que amar sin retorno
Fue la estrella mia.

A sus mansos chotos
Ato mis esquilas,
Sus cuernos ornando
Con mil clavelinas:
Y él tal vez ceñudo
Las flores les quita;
Que amar sin retorno
Fue la estrella mia.

Panales le envio,
Mi leche y natillas
En orzas labradas
Por mis manos mismas:
Y él los mis presentes
Siempre desestima;
Que amar sin retorno
Fue la estrella mia.

Jugueton su perro
Siempre me acaricia;
Rastréame, y sigue

Por valle y colina:
Y él se va á otro cuento
Si en este me mira;
Que amar sin retorno
Fue la estrella mia.

LETRILLA VII.

Ni tú quitarme puedes,
Ni yo á mi rabel,
Decir, zagal, verdades
Que sabe el Zurguen.

Cantar á la aurora
Que alegra el oriente,
El agua sonora
Que rie en la fuente,
La rosa luciente
Reina del vergel;
Ni tú quitarme puedes,
Ni yo á mi rabel.

Así que el despejo,
Belleza y agrado

Dé quien es espejo
El cielo y el prado,
Cantar no es vedado
A cuantos lo ven;
Que son, zagal, verdades
Que sabe el Zurguen.

Decir que en tí vive
La vega florida,
Yerba y flor recibe,
Toma aliento y vida;
Que dejas vencida
La gala al clavel;
Ni tú quitarme puedes,
Ni yo á mi rabel.

Que al baile por verte
Van muchas pastoras,
Firmes en quererte,
Mas bellas que auroras,
Con voces sonoras
Te canto, mi bien;
Que son, zagal, verdades
Que sabe el Zurgen.

LETRILLA VIII.

Anda, mi zagal, anda,
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.

Galan de mis ojos,
Si á Miranda vas,
Seis claveles rojos
De allá me traerás;
Esto, y nada mas
Tu Elisa te manda;

Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores
Y un ramillo de amar amores.

Mucho hay que entender
En esto de flores;
Pues suele escoger
Tal vez las peores,
Quien tras las mejores
Audaz se demanda;

Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.

En Miranda, dicen,
Que se aprende á amar;
Y otros lo desdicen
Con me replicar
Que en cualquier lugar
Amor triunfa y manda:
Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.

La fuente y la flor,
El bosque y el prado,
Dicen, que de amor
Allí está tocado:
¡Y á mí no me es dado
El ir á Miranda!
Anda, mi zagal, anda;
Tráeme de Miranda flores,
Y un ramillo de amar amores.

LETRILLA IX.

En la floresta un pastor
Su amor á Silvia contaba;
Pero ella le preguntaba:
"¿Qué pajarito es amor?"

Él la dice: «Silvia hermosa,
Desde el punto en que te ví,
En el corazon sentí
Una flecha rigorosa,
Dicen que un niño traidor
Me la arrojó de su aljaba;»

Mas ella le preguntaba;
"¿Qué pajarito es amor?"

Él dice: "aunque por los ojos
Me ha entrado este crudo mal,
Yo jamas sentí otro tal,
Ni que me dé mas enojos:
Cuentan, que aqueste dolor
Clori á su zagal curaba;"

Mas ella le replicaba;
"*¿Qué pajarito es amor?*"

Él dice: "si tú gustáras,
Diérasme un remedio sano,
Tan solo con que tu mano
Al corazon me aplicáras:
Pero si usas de rigor,
Verás que tu Elisio acaba;"
Mas ella le importunaba;
"*¿Qué pajarito es amor?*"

LETRILLA X.

La Rosa de Abril.

Zagalas del valle,
Que al prado venís,
A tejer guirnaldas
De rosa y jazmin,
Parad en buen hora;
Y al lado de mí
Mirad mas florida
La rosa de abril.

Su sien coronada
De fresco Alhelí
Escede á la aurora
Que empieza á reir;
Y mas si en sus ojos
Llorando por mí,
Sus perlas asoma
La rosa de abril.

Veis allí la fuente,
Veis el prado aquí
Do la vez primera
Sus luceros ví:
Y aunque de sus ojos
Yo el cautivo fuí,
Su dueño me llama
La rosa de abril.

La dije: «¿me amas?»
Díjome ella, «sí;»
Y porque lo crea,
Me dió abrazos mil:
El Amor de envidia
Cayó muerto allí,

Viendo cual me amaba
La rosa de abril.

De mi rabel duce
El eco sutil
Un tiempo escucharon
Londra y colorin:
Que nadie mas que ellos
Me oyera, entendí;
Y oyéndome estaba
La rosa de abril.

En mi blanda lira
Me puse á esculpir
Su hermoso retrato
De nieve y carmin;
Pero ella me dijo:
«Mira el tuyo aquí;»
Y el pecho mostróme
La rosa de abril.

El rosado aliento
Que yo á percibir
Llegué de sus labios,

Me saca de mí:
Bálsamo de Arabia,
Y olor de jazmin,
Escede en fragancia
La rosa de abril.

El grato mirar,
El dulce reir,
Con que ella dos almas
Ha sabido unir;
No el hijo de Venus
Lo sabe decir,
Sino aquel que goza
La rasa de abril.

Romances.

ROMANCE I.

El Ramo
De la Mañana de San Juan.

La mañana de San Juan,
Cuando á los alegres campos
A coger verbena y flores
Salen los enamorados;
Entonces, cuando el lucero
Del Alba sale bailando,
Delante la deseada
Aurora mayor del año;

Toma á bien que en tu ventana
Te ponga, zagala, el ramo,
Ramo que en el Val de Otea
Mis niñeces cultivaron.
Tómalo á bien, mi señora,
Recíbelo de buen grado,
La vista pon en sus hojas,
Y á la sombra de él sentaos.
Primicia de mis amores,
De tu gran belleza lauro,
Regocijo de tu calle,
De tu mirador ornato.
Si te parece va pobre
De flores y hermosos lazos,
Arrímale á tu hermosura,
Y será el mas adornado.
Tome él, como yo lo hiciera,
Los claveles de tus labios,
La azucena de tu frente,
Los jazmines de tus manos.
Entre sus hojas reciba
El rocío nacarado
De tu aliento, y la fragancia
De tu pecho soberano.

Que yo, zagala, le juro,
Que él será rey de los ramos,
A quien salva harán rendidos
Ruiseñores y canarios.
Los que por mi mal te adoran
Con placer le irán mirando;
Y las que no te compiten,
Lo verán con sobresalto.
Y yo, zagala, á su dicha,
Esta letra iré cantando;
Que por si no la escuchabas,
Te la puse al pie del ramo:

¡Qué florido estais!
¡Qué dicha teneis!
Ramito de flores
De mi dulce bien.

Decid á la rosa
De tan feliz ramo
Es solo la hermosa
Ventura que yo amo,
Y el dulce reclamo
Del niño Amor es.

Ramito de flores
De mi dulce bien.

ROMANCE II.

La Enemiga del Amor.

De la muerte y de un pastor
Florindo vive envidioso;
Mucha tiene de la muerte,
Pero mas tiene de Mopso.
Juanita la mal hadada
De la hermosura pimpollo,
Que tanto al zagal queria,
La muerte cerró sus ojos.
Nunca le diera los brazos;
Mas sola la fe de esposo,
Que á lograrlos, no viviera
Mortal que llegó á tal colmo.
No vistió luto el cuitado
De la doncella en abono;
Mas si es luto la tristeza
Tres años se vió en su rostro.
En los bailes del ejido

Y en los pastoriles coros
Le pensaron por su falta,
Estar ojeado del lobo.
Como á las sombras el Alba
Siguió á la pena del mozo
El nuevo amor de Crisalda,
Premio á su virtud bien corto.
Porque como nunca viene,
Como dicen, un mal solo;
La que en un tiempo le quiso,
Le faltó mudable en otro.
Por respetos de fortuna
Casó Crisalda con Mopso:
Mopso el rico de la aldea,
Pero el mas simple de todos.
Naturaleza y fortuna
Son de la vida los polos;
¡Feliz el hombre que encuentra
En cualquier de ellos apoyo!
Pero á quien ambos persiguen,
Mal se llamará dichoso;
Si no ignora que es desprecio,
Osabe de amores poco.
Esto le cantó Florindo

A Crisalda junto al soto,
Donde apenas ella pudo
Desentenderse á su tono:
Pero en señal de su enfado
Torció la zagala el rostro:
Calló el pastor, y ausentóse
Por la selva sola solo.

ROMANCE III.

La Firme Resolucion.

Zagala hermosa de Tajo,
Lumbre de sus pastorcillas,
Alma real en cuerpo hermoso,
Tres veces de imperio digna:
Si sobre todos mis males,
Cruel el cielo determina
Que por corona de todos
En tu disfavor yo viva:
¿Qué culpa tendré, Señora,
Que mi corazon oprimán
Torrentes de desconsuelos,
Aguaceros de desdichas?

Si en cerco de los mis ojos
El sueño jamas se mira.
Ni muestra de bello riso
Aparece en mis mejillas;
Si soy doncel desdichado,
A quien el cielo castiga
Como á su mayor contrario,
Léjos de toda alegría;
No armes tu rigor, Señora,
Contra aquesta alma mezquina:
Tu piedad merezca al menos,
Pues es de tu amor indigna.
Que tambien á tí, cuitada,
Perseguirán algun dia
Saetas de desconsuelos,
Enherboladas de acibar;
Bien como amanece ufana
La pomposa clavelina,
Y el granizo la destroza,
O el aquilon la derriba.
No hay prosperidad durable
En esta inconstante vida:
Rápido vuela el deleite,
Pesado el dolor camina.

Por último desengaño
Mi corazon solo aspira
A elevarse en su bajeza
Sobre el telar de la envidia.
Ya el bullicio no me agrada,
Ni la hermosura me inclina,
Ni el oro me lisonjéa
Ni me vale la mentira.
Solo un alma pura y sana
Puedo decir que me hechiza:
Esta busco hasta la muerte,
Y en ella haré mi manida.
Tal me contara Lisardo
Que sois vos, Lisi divina,
Alma, do el saber se hospeda,
Pecho, do el candor se anida.
¿Y querrás que no te adore,
Y dirás que no te siga,
Cuando lo que yo en tí veo,
A llanto y dolor me incita?
Opóngaseme la noche
De la ausencia de tu vista,
Opóngaseme la nube
De la pasion mas temida,

Que siempre ansiaré por tí,
Luz de mis ojos querida,
Alma real en cuerpo hermoso,
Mil veces de imperio digna.

ROMANCE IV.

La Salida de Amarilis al Zurguen.

Venid, venid, zagalejos,
Que al Zurguen sale Amarílis,
Si es que el alba á media tarde
Ver alguna vez quisisteis.
Vereis triscar los corderos,
Cuando á mi pastora miren:
Y que do quiera que vaya,
Balando por sal la siguen.
El canto veréis que esfuerzan
Alondras y colorines;
Y que nacen azucenas
Donde la sandalia imprime.
Que la senda por do pase,

Olor de casia despide;
Y que si los troncos toca,
Producen blancos jazmines.
Veréis como el arroyuelo
Por boca de perlas rie;
Y saltar los pececillos,
Cuando á su estanque se mire.
Salir vereis los zagales
Con flautas y tamboriles;
Los zagales que en prisiones
Da sus rubias trenzas viven.
Tristes vereis las pastoras
Cuando de ellas se retire:
¿Pues qué los tiernos zagales?
Los vereis mucho mas tristes.
Y á mí, en fin, veréisme ufano,
Si es que "¡á Dios zagal!" me dice:
Empero, si no me hablare,
De pena vereis morirme.
Así cantó Arcadio, á tiempo
Que llegó al prado Amarilis,
Vergonzosa en ver que todas
Como á nuevo sol la miren.

ROMANCE V.

La Fina Satisfaccion.

Guárdete Dios, Zagaleja,
De los mis ojos aurora,
Deidad del zagal Arcadio,
Y de sus corderos gloria.
¡Oh! cuán galana á mis ojos
Eres, mi dulce pastora!
¿De dó vienes tan ufana?
¿De dó sales tan graciosa?
Tus ojos despiden rayos,
Vierte dulce miel tu boca,
Tu seno vence la nieve,
Tus plantas producen rosas.
¡Ai! cómo no puede Arcadio;
Aunque asaz fino te adora,
Corresponder al amor,
Con que tú muy mas le adoras!
Tus cabellos oro esparcen,
Tu frente el Alba me asoma,
Tus mejillas me dan flores,

Tus labios me dan aljófar.
¿Sabes tú cuán dulce le amas?
¿O cuán tierna le enamoras?
¿Con cuáles luces le miras?
¿Con cuáles gracias le arrobas?
Así dijo amante Arcadio
En el dia de sus bodas
A Amarílis, que le escucha
Con aquel pudor de novia.
Bien sé que tu amor no pago;
Pero yo bien sé, pastora,
Que dejaré por tus brazos
Del orbe toda la pompa.
Y así déjame, zagala,
Que en sazon tan amorosa
Te pague cuanto me quieres
Con un beso de mi boca.

ROMANCE VI.

En Advertencia.

Quince años tienes, zagala;
Y aun dudo si son cumplidos:

Flor de hermosura, bien digna
De mas honesto retiro.
No ha mucho que te creía
Palomita, que del nido
Aun no sale temerosa,
Besando el materno pico.
Y ya á cuantos ves, los quiere;
Como si fuera lo mismo
Solicitar tú á los quince,
Que otras á los veinte y cinco.
La flor que á abrirse comienza,
Estima el boton nativo,
Mas que la atrevida mano,
Que la arrancó del espino.
Con las pastoras de treinta
Que aman falaces caminos,
En la mitad de su edad
Usas de afeites fingidos.
¡Oh! guárdate, que te llevan
A dar en un precipicio
De dulce entrada, y salida
Mas amarga que torbisco.
Encontrarás mil pastores
En las palabras muy finos;

Mas de tan dañados pechos,
Como el áspid vengativo.
Perseguirán te cual lobos
De ovejas blancas vestidos;
Hasta robarte la prenda
Que guardar no habrás sabido.
Harto te he dicho, zagala;
Si quien te dió tan divino
Rostro, te dió entendimiento
Para estimar mis avisos.
Así á una simple serrana
Requirió Delio al oido;
Y al ver que el rostro apartaba,
Con mas blandura la dijo:

«No fies de los hombres,
Niña no fies;
Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.

La flor de tus años,
Graciosa Lisarda,
Como el oro guarda
De amantes estraños:

No de sus engaños
Tu candor confies;
Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.

Tu bien va contigo,
Échale mil llaves;
Si guardarlo sabes,
Yo seré tu amigo:
Mas no á lo que digo
El rostro desvies;
Que llorarás un tiempo
Lo que ahora ries.

ROMANCE VII.

La Reprehension.

Zagaleja, el ser humilde
(Te lo dice quien te quiere)
No lo imagines impropio
De tu beldad floreciente.
Con quien ignora sus daños
Deja estar las altiveces;

Porque los justos desprecios
Nacen de soberbia siempre.
Cuando mas hinchado el rio
A la sorda peña hiere,
Entonces desbecho en llanto
A besarle el pie desciende.
El ser humilde y discreta
Bien los cielos te conceden:
Pero ser altiva y sabia,
Qnien te lo haya dicho, miente.
No quieras que al vano pavo
Los ancianos te asemejen,
Ave ruda, que del suelo
Jamas alzarse merece.
El honor que dan los otros,
Vano es, zagala, que pienses
Conseguirlo con tu orgullo,
Que antes bien lo desmereces.
Del humo de las cabañas
A no ser altiva aprende,
Que cuanto mas alto sube,
Mas presto se desvanece:
Misterio de la humildad,
Que cuando así se envilece,

Entonces empieza á alzarse
Orladas de honor las sienes.
Tal la planta que mas honda
Echar la raiz pretende,
Alza la florida copa
Corona de los vergeles.
Así que, zagala hermosa,
Si mi consejo siguieres,
Serás querida de todos,
Bendeciránte las gentes,
Daráte la aldea el nombre
Que tu modestia desprecie;
Y aunque se esceda en tu elogio,
No temas, no, que le pese.
Así cantaba Lisardo
A los umbrales de Fénis,
Que cansada de escucharle,
Como quien se agravia, duerme.
Rogáranle otros zagales
Que el cantar en vano deje;
Y él de la ingrata pastora
Se despidió de esta suerte:

«Ser Reina de la aldea

Quieres, zagala;
Pues ve, que en ser altiva
No logras nada.

Ser rey de las flores
El girasol quiso,
Y al sol adulando
Encumbróse altivo;
Mas ya ves que ha sido
Su intencion frustrada,
Así que en ser altiva
No logras nada.

La rosa al contrario,
Que en un botoncillo
De espinas cercada
Amaba el retiro;
Es quien reina ha sido
Del campo nombrada:
Así que en ser altiva
No logras nada.»

Cantilenas.

CANTILENA I.

Por esta selva umbrosa
Busqué anoche á mi amado:
Busquéle congojosa;
¡Ai triste! y no le he hallado
Antes que el sol dorado
Con sus rayos brillantes
Alumbre estas campañas,
Despierte los amantes;
Cercaré las cabañas
De los demas pastores,
Buscando á mis amores
Con un ansia importuna;

Por si le esconde alguna
Zagala codiciosa
Que envidie mi fortuna.
No quedará al fin cosa,
Que mi pasion celosa
No la haya registrado,
Hasta que halle á mi amado,
Que en esta selva umbrosa
Anoche busqué ansiosa
¡Ai triste! y no le he hallado.

CANTILENA II.

Ya la rosada aurora
Por el balcon de Oriente
Descubre de su frente
La vista encantadora.
De un nuevo arrebol dora
Su azul celeste manto;
Y el viso de su coche
Ahuyenta de la noche
El adormido espanto.
Hurta á la luna el oro,

Y á los astros sus brillos;
Mil salvas le hace el coro
De pájaros sencillos.
Con blandos cefirillos
El prado en perlas cuaja
Y entolda de jazmines;
Y á abrir las flores baja
De todos los jardines.
El blando movimiento
De sus rubios candores
En luces baña el viento,
Y en bálsamo las flores.
Los dulces amadores
En llanto enterneciendo;
Y al pecho duro haciendo
Mas blando y amoroso.
Tú, Alexi desdeñoso,
Aprende de la Aurora
Cual los otros amantes;
Y mira cómo llora
Aljófares brillantes
En lágrimas deshechos
De sus cándidos pechos,
Mas si amas mas despojos,

Ven, mírate en mis ojos,
Veráslos perlas hechos.

CANTILENA III.

Ahora que suave
La primavera hermosa
Al año abre la llave
De su cancel de rosa;
¿Qué alma no está gozosa
Y ahuyenta sus martirios
Viendo laz azucenas
De aljófar y oro llenas,
Los claveles y lirios
En que el placer retoza;
Cuando la vista goza
Del tapiz mas lucido,
Y la alfombra mas rica
De cuanto multiplica
Mayo y abril florido?
Ven, Alexi querido,
Ven, ven á la floresta;
Porque ¿qué mayor fiesta
Ni qué mayor recreo,

Hallar puede el deseo
Que oir los ruiseñores
Cantar cabe las fuentes,
Y en campos florecientes
Coger hermosas flores?
¡Oh amor de mis amores!
Ven, ven al bosque ameno
De todo placer lleno;
Verás como cantamos
Debajo de sus ramos
Tan alegres cantares,
Que los duros pesares
A su pesar burlamos.

CANTILENA IV.

Un tiempo inadvertida
Seguí la caza ufana,
Al rito de Diana
En todo prevenida.
La trenza mal prendida
De un lazo sin concierto;
Un pecho y otro abierto;
Debajo de él un cinto
De bello laberinto,

Que en pertrechos brillaba:
De Corinto la aljaba
Con las saetas de oro
A la espalda colgaba
Con un ruido sonoro:
Un venablo liviano
Y una punzante flecha;
Esta en la izquierda mano,
Y aquel en la derecha;
De esta arte satisfecha,
En soledad cerrada
Al jabalí seguia,
Y al corzo noche y dia:
En este afan cebada
De jabalies y osos,
Y varia montería,
Con los despojos via,
Mi casa coronada;
Hasta que importunada
Por tus blandos suspiros
Que son de amor los tiros,
Al cabo fuí rendida,
Y mi altivez vencida;
Cuando me fue mostrado

De pena y alegría
Un no sé qué mezclado
Que nunca visto habia,
Y hacer amar podia
Los mármoles y bronces.
Arrepentida entonces
Del desabrido engaño
De aquel mi afan estraño,
A Cintia le decia:
"Toma desde este dia
Tu bocina, arco y cinto,
Y aljaba de Corinto;
Toma allá, si te agrada
Tus lazos y tus flechas,
Que en redes mas estrechas
Estoy de Amor cazada.

CANTILENA V.

Cual suele en aire obscuro
Centella amortiguada
Rompiendo el azul muro,
Dejar de luz bañada
La bóveda estrellada;

Y á aquel que la columbra,
En su quietud sabrosa,
Le arrebata y deslumbra
La vista tenebrosa:
Tal yo la vez primera
Que ví el claro semblante
De mi adorado amante,
Turbada y pensativa
Quedé en nueva ceguera
De sus ojos cautiva.

CANTILENA VI.

Cual simple pajarillo
Que en una fuente pura
De una falsa hermosura
Le llama el reclamillo;
Acércase sencillo,
Cuando el vuelo atajado
Entre la liga siente,
Su prision no consiente,
Y se halla mas ligado;
Hasta que ya cansado
Por mas que audaz forceja,

De vencido se deja
Quedar en la red preso:
Tal siento yo que opreso
Tengo el suelto albedrío,
Sin ver por qué, sin brio;
Vencido, y aherrojado
Se encuentra sin reposo,
A un sinsabor gustoso
El corazon ligado.

CANTILENA VII.

Para, ruiseñor blando,
Para tus dulces ecos,
Que de esos ramos hueeos
La pompa está escuchando:
Párate, y treguas dando
A las vecinas selvas,
Hasta que á cantar vuelvas,
Serásme fiel testigo
Del disfavor, quebranto,
De la amargura y llanto
Que me dejó mi amigo.
Mas no: sigue tu canto,

Pajarillo sonoro,
No prives del encanto
De tu picuelo de oro
A estas selvas y fuentes,
Que aguardan impacientes
Oir tu lengua harpada,
De reyes escuchada:
Que si Silvio mi grato
Amor, mi fe y recato,
A coronar no viene;
Disculpa propia tiene
Por hombre y por ingrato.

CANTILENA VIII.

Ven, ven, Fileña mia,
Que ya se pasó el dia;
Ven, ven á mi cabaña,
Que de aquilon la saña
Mil yelos nos envia.
Ven, ven, que los pastores
Sus hatos recogieron,
Y á descansar se fueron
Con sus zagalas bellas.

Ven, ven, sigue mis huellas;
Ven, llégate á mis brazos,
Donde en sabrosos lazos
Será mi amor eterno,
Y acabará el infierno,
En que mi pecho pena
Desde zagal muy tierno.
Si noche tan serena
Amor nos ha dispuesto,
Llega á mis brazos presto;
Llega, llega, Filena,
Llega, y.... cante otro el resto
De aquesta cantilena.

CANTILENA IX.

Muchacho inadvertido
Toqué un dulce instrumento,
Cuyo agradable acento
Me cautivó el oido;
Y apenas le hube herido,
Me atrajo su armonía
La gran beldad que adoro,
Por quien suspiro y lloro:

Cuando con melodía
Dando á las cuerdas de oro
Mis voces compañía,
De la que anuncia el dia
Canté las frescas rosas
Que esparce de su falda,
Las ráfagas hermosas
Que arroja su guirnalda,
De rojo, azul y gualda,
Los riscos esmaltando,
Y á cada flor prestando
Los vivos de su tinta.
Tras esto mi voz pinta
Del sol el señorío
Y magestad augusta,
Que no hay fanal que iguale;
Y como huyendo sale
Ante él la sombra adusta,
Medrosa de su brio.
Sobre el cristal sombrío
Su luz temblar parece,
Y á su fogoso aliento
Cuando mas lo desea
El bajo suelo humea,

Y arder se mira el viento.
Mas toda esta hermosura
Y rasgos de grandeza,
Con no sé qué dulzura
Mi voz aduladora
A acomodarla empieza
A mi amante Eliodora,
Cuando ella asi me dijo:
«Muchachuelo prolijo,
Tu gracia lisonjera
Un poco mejor fuera
Que en tí la acomodáras,
Y no me avergonzáras.
No soy alba ó lucero,
Mas te adoro y te quiero:
No soy autor del oro,
Mas te quiero y te adoro.
Y este querer sincero
Tan solo es bien que cantes;
Pues quizá en mil amantes
No le hay tan verdadero.

CANTILENA X.

Un colorin hermoso
Que en torno revolaba
De un arrayan frondoso,
Donde mi amante estaba
Dormida en dulce sueño,
Luego que de mi dueño
Sintió la compañía,
Un punto no queria
Partirse de su lado;
Y asi regocijado
Dulce la saludaba,
Y albagos mil la hacia.
Ya en su alda se ponia;
Ya de ella se apartaba:
A su seno volvia,
Y en su mano posaba;
Ya esforzando su acento,
Segun dulce trinaba,
Parece que contaba
A mi bien su conteuto
No lejos de su oido.

Mas ella con el ruido
Abrió sus ojos bellos,
Y el pájaro que de ellos
La hermosa lumbre vido;
Cayó en su falda herido.

Anacreónticas.

ANACREONTICA I.

Siendo yo niño tierno
Iba cogiendo flores
Con otra tierna niña
Por un ameno bosque.
Cuando sobre unos mirtos
Ví al Teyo Anacreonte,
Que á Venus le cantaba
Dulcísimas canciones.
Vóime al viejo y le digo:
«Padre, deje que toque
Ese rabel que tiene;
Que me gustan sus sones.»

Paró su canto el viejo,
Afable sonrióse;
Cogióme entre sus brazos,
Y allí mil besos dióme.
Al fin me dió su lira:
Toquéla, y desde entonces
Mi blanda musa solo,
Solo me inspira amores.

ANACREONTICA II.

¿Quién es aquella ninfa
Que por esos jardines
Viene dando á las flores
Mil cándidos matices?
¿De púrpura vestida
Con lazos carmesíes,
Que el aire y gentileza
Del bello dueño dicen?
¿Ceñidas sus garzotas
De rosas y alhelíes;
Y de ninfas cercada,
Que obedientes la sirven?
Sin duda será Venus,

La gran deidad de Chipre:
Pues no, zagal, no es ella
Que es mi pastora Nise.

ANACREONTICA III.

Al son de los rabeles
Que en estas selvas tocan
Formando alegres danzas
Zagales y pastoras:
Echa, Batilo, vino,
Y asaz llena las copas;
Brindarás tú á mi Nise,
Brindaré yo á tu Flora;
Y entrambas coronadas
De mirtos y de rosas,
A honor de Baco bailen
Que nos asiste ahora.
Que yo tomaré luego
Mi citara sonora,
Y cantaré contigo
Letrillas mil graciosas.

ANACREONTICA IV.

Si alguna vez me veo
De tristeza cercado,
Que juntas á porfía
Me están atormentando;
Luego, luego á tus brindis
Me entrego, ¡oh Padre Baco!
Y á fe que las tristezas
Huyen mas que de paso.

ANACREONTICA V.

Durmiendo yo á la sombra
De unas frondosas vides,
Soñé que Egon los brazos
Gozaba de mi Nise.
Yo entonces entre sueños
Incorporarme quise,
A vengar con su muerte
Mis zelos insufribles.
Pero desperté en esto:
Y al vér sola á mi Nise,

Reclinado en su seno
Volví luego á dormirme.

ANACREONTICA VI.

Cortó un cabello Nise
De sus doradas trenzas;
Y con él ambas manos
Me ligaba halagüeña.
Yo me reí creyendo
Que fácil cosa fuera,
Quebrantar las lazadas,
Con que amarrarme intenta.
Mas despues lloré ¡triste!
Cuando al querer romperlas,
Aquel blanco cabello
Le hallé dura cadena.

ANACREONTICA VII.

Corra el otro indignado
A las sangrientas lides,
Ansioso de algun triunfo
Que su nombre eternice.

Que yo quieto en mi aldea
Solo correré al brindis
De aquel licor suave
Que á Baco dan las vides:
Licor que es muy sobrado
A hacer que el hombre triste
En sus mayores penas
Se aliende y regocije.

ANACREONTICA VIII.

Debajo de aquel árbol
De ramas bulliciosas,
Donde las auras suenan,
Donde el favonio sopla,
Donde sabrosos tinos
El ruiseñor entona,
Y entre guijuelas rie
La fuente sonorosa;
La mesa, oh Nise, ponme
Sobre las frescas rosas;
Y de sabroso vino
Llena, llena la copa.
Y bebamos alegres

Brindando en sed heoda
Sin penas, sin cuidados,
Sin sustos, sin congojas.
Y deja que en la corte,
Los grandes, en buen hora,
De adulacion servidos
Con mil cuidados coman.

ANACREONTICA IX.

No busco de Alejandro
Los prósperos sucesos,
No envidio sus haberes
Al opulento Creso:
No á Adonis su hermosura
No á Alcides el esfuerzo,
No, no á Platon su ciencia,
No, no su lira á Orféo,
Solo la dulce vista
De la que me ama quiero;
Que estimo en mas sus ojos,
Que todo el orbe entero.

ANACREONTICA X.

Batilo, échame vino,
Llena el vaso, muchacho:
Mira que no le llenas,
Échale hasta colmarlo.
Echa otra vez; pues este,
Lo mismo que el pasado,
De un sorbo le he bebido;
Con la misma sed me hallo.
Échame otra vez, que este
Le consumí de un trago:
Que, ó bien mi sed es mucha,
O me han mudado el vaso.
Otra vez echa, hay cosa!
Que en el vaso que acabo,
El anterior, y el otro,
Efecto no he encontrado.
Pues echa este, otro y otro
Y hasta mil sin contarlos;
Porque, ó mi sed es mucha,
O me han trocado el vaso.

ANACREONTICA XI.

Bebe, bebe, mi Nise:
Come, muchacha, come:
Porque sin Baco y Céres
Se hielan los amores.
Llena, llena la copa
De los dulces licores
Que el alma nos alegren,
Que el seso nos trastornen.
Come, come; no ceses;
Bebe, bebe, no aflojes,
Los vinos se varien,
Los manjares se doblen.
Bebe esta copa y otra,
Y otra y otra; que entonces
Verás hervir tu pecho
De amorosos ardores.
Y que sin recatarse
Se unen los corazones,
Se doblan los abrazos,
Y escitan los amores.

ANACREONTICA XII.

Baja por los vientos
Un rayo despedido
De la suprema mano
De Júpiter divino.
Viólo el Amor, y al punto
Hácia él se fue atrevido,
Y entre sus tiernas manos
Airado lo deshizo.
Y al fin se volvió ufano,
Dando á entender el niño,
Que es el Amor mas fuerte
Que el fuego mas activo.

ANACREONTICA XIII.

Corte, corte en buen hora
El guerrero invencible
Laureles, que en su frente
Su esfuerzo y gloria indiquen.
Y á mí, muchacho, solo
Solo córtame vides;

Y de sus frescas hojas
Mis rubias sienes ciñe.
Que esto á mí me es muy propio,
Que á Baco sirvo humilde,
Que me armo de su copa
Y triunfo con sus brindis.

ANACREONTICA XIV.

¿No ves, Nise, la envidia,
Murmurio y sobresaltos,
Y odios con que en la corte
Vivimos angustiados?
Pues lejos, lejos de ella,
Salgámonos al campo,
Que allí vivir podemos,
La dulce paz gozando.

ANACREONTICA XV.

Vuela, ruiseñor blando,
Vuela, y cuéntale á Nise
Las lágrimas que á Arcadio
Llorar por ella viste.

Dile que ovejas, flores,
Aves, fuentes y vides,
De su desden murmuran,
De mi dolor se afligen.
Dile como en su ausencia
Solo su voz repite,
«Llorad, ojos cansados,
Salid lágrimas tristes.»
Dile en fin, que se acuerde:::
Pero ya nada dile;
Di solo, si gustares,
Di que espirar me viste.

Elisa.

IDILIO I.

El Clavel.

La madre universal de lo criado,
Que con diversas y pintadas flores
De la alma primavera, en mil olores
Adorna el verde manto, que ha bañado
Céfiro en mil olores:

Ya alzando al cielo frescas azucenas
Nacidas al albor de la mañana;
Ya vistiendo á los troncos pompa ufana

De frescas hojas, y de frutas llenas,
De rosicler y grana:

De mi huerto produjo el mas hermoso
Pundonor del jardin, el presumido
Galan de toda flor, astro florido,
En quien se escede el año presuntuoso,
El clavel encendido.

Sus edades se pasan de hora en hora:
Corto vivir le destinó la suerte,
Y solo un sol solemnizarle advierte
En risa el Alba, en lágrimas la Aurora
Su nacimiento y muerte.

Señuelo sea de tu amante lado,
O bello airon de tu galan sombrero,
Por primicia del año placentero,
Y de un alma, que á ti te ha consagrado
Su afecto lisonjero.

Lógrese en tu beldad esclarecida:
Y pues del año fue pimpollo tierno,
Ni le dañe el calor, ni helado invierno,

Y á tu lado consiga eterna vida
En un abril eterno.

IDILIO II.

La Ausencia.

Mírote en noche del helado invierno
Botos tus cuernos, luna amortiguada;
Y entre negros celages ofuscada
Muestras falto de luz el rostro tierno,
De Febo desdeñada.

Tal yo ¡mezquina! entre una niebla oscura
Quedo al desden que el ánimo me hiela:
Sin luz, ni gala mi cariño vuela,
¡Mísera, sola y pobre de ventura,
Y sin tu centinela!

Solo á tí he descubierto mis amores,
Solo á tí he dado cuenta de mi vidá,
Como á la secretaria mas querida,
Que el cielo pudo darme en sus favores,
De que ando despedida.

Que si acaso el cruel, cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegare aquí á sazon, que declarada
Esté ya por la muerte la victoria
De mi vida cansada;

Cuéntale con dolor mi amarga nueva:
Y por corona de mi triste suerte
Dirás ¡ai Dios! que en este paso fuerte
Muy mas su ausencia el ánima me lleva,
Que el brazo de la muerte.

IDILIO III.

Los Celos.

Tú, ruiseñor dulcísimo, cantando
Entre las ramas de esmeraldas bellas,
Ensordeces las selvas con querellas,
Su gravísimo daño lamentando
Al cielo y las estrellas.

Pesados vientos lleven tu gemido

En las cuevas de amor bien aceptado,
Y con pecho en tus penas lastimado
Bien es responda al canto dolorido
De tu picuelo harpado.

¿Quién te persigue? ¿quién te aflige tanto?
Si acaso es del Amor la tiranía,
Consuélate con la desdicha mia,
Que advirtiendo tu mísero quebranto,
Busco tu compañía.

No me desprecies, cuando te acompaño,
Pensando que en dolor me aventajaras;
Pues si mis desventuras vieras claras,
Y al fin te persuadieras de mi daño;
Quizá el tuyo aliviaras.

¡Triste de mí! que en páramo apartado,
Siendo alimento á pena tan esquiva,
Hallé muerte de celos, que derriba
El edificio amante que hube alzado
Sobre agua fugitiva.

IDILIO IV.

Duracion de su Amor.

Plátanos frescos de esta verde falda,
Sombríos sauces, cedros de olor llenos,
Que os olgais con los céfiros serenos,
Y enguirnaldais con cercos de esmeralda
Los prados siempre amenos;

Vos, en quien floreció la primavera,
Y alzais al cielo vuestra frente grata,
Dando ornamento á la luciente plata
De los raudales de esta fiel ribera,
Ya veis cómo os retrata;

Ya que es fuerza mi amor crezca en el suelo;
Crezca: pues lo grabé en vuestra corteza.
Crezca mi amor, mi nombre y mi firmeza,
Mientras os diere su favor el cielo,
Ornándoos de belleza.

Siete años hace ya que mi alma exenta

Con imperio unos ojos han reinado;
Y otros siete en mis venas he guardado
El fuego, el dulce fuego que alimenta
Mi pecho enamorado.

Miro mil veces su beldad sin tasa:
No porque aumento, nó, mi pasion pura;
Que una vez y otra vista su hermosura,
Eternamente el corázon abrasa,
Y el fuego mortal dura.

Llama que eterna duracion alcanza,
Y al vivir del espíritu se estiende,
Ni el horror del sepulcro la comprende,
Ni del tiempo la rígida mudanza
La marchita ni ofende.

IDILIO V.

Ilusiones de la Tristeza.

Deseaminada, enferma y peregrina
La estéril tierra piso:

Ocúltase la luz que me encamina,
Y tiemblo de improviso.
Airado el Aquilon tronca las plantas,
Silbando en las cavernas:
Suspenden sus dulcísimas gargantas
Las avecillas tiernas.
Marchítanse estos prados, cuando miran
El fuego de mis ojos;
Las florecillas de ellos se retiran,
Armándose de abrojos.
Copian mi rostro pálido las fuentes,
Y enturbian sus cristales:
Huyen de mí las fieras inclementes
Con bramidos fatales.
¿Quién les dijo mi mal? ¿Quién les dió cuen-
De mi dolor callado, (ta
Cuando el ardor que el alma me atormenta
Decir me está vedado?
¿No te basta, cuitada, el miedo estraño
Que dentro el alma sientes,
Sin que todas las cosas en tu daño
Se muestren inclementes?
Llora ¡ai mísera! llora, pues el llanto
Solo á tu mal conviene;

Y ni en hombres ni en fieras tu quebranto
Remedio alguno tiene.

IDILIO VI.

Delirios de la Desconfianza.

Osé y temí; y en este desvarío
Por la alta frente de un escollo pardo
Del precipicio donde no me guardo,
Sigo la senda, preso el albedrío
Con pie dudoso y tardo.

Nuevo ardor me arrebata el pensamiento,
Discurro por el yermo con pie errante;
La actividad de un fuego penetrante,
Ni la inquietud que en mi interior yo siento
Huyen de mí un instante.

Por el hondo distrito y dilatado
Del corazon en fuego enardecido
Se esplayó el gran raudal de mi gemido,
Y la dulce memoria de mi amado
Hundió en eterno olvido.

Soy ruinas toda, y toda soy destrozos,
Escándalo funesto y escarmiento
A los tristes amantes, que sin tiento
Levantaron de lágrimas sus gozos,
Gozos de inútil viento.

Los que en la primavera de sus dias
Temieron el desden de sus amores,
Envidien el teson de mis dolores;
Y fuego aprendan de las ansias mias
Los finos amadores.

IDILIO VII.

La Agitacion.

¡Ai! cómo ya la alegre primavera
A su felice estado reducida,
Torna á las plantas nuevo aliento y vida,
Esmaltando de flores su ribera,
Que antes se vió aterida!

Suelta el raudal su risa harmoníosa,

Y canta el ruiseñor con trino doble;
De púrpura se viste el clavel noble,
Y enlaza al olmo con la vid hermosa,
Y con la yedra al roble.

¡Qué de veces me vió rosada Aurora,
Mustia y débil la flor de mi hermosura,
Reclinada del monte en la espesura,
Y en vela inquieta me encontró á deshora
Llorando mi ventura!

Cae del cielo la noche tenebrosa;
Cubren sus alas negras todo el suelo;
Mi dolor se acrecienta y desconsuelo,
Y paz el blando sueño da engañosa
A mi triste recelo.

Que despierto asustada: y mi cuidado
Me lleva á yerma orilla de ancho rio:
Vuelvo en vano á dormir, y desconfio
De poder encontrar puente ni vado
Al triste curso mio.

¡Triste de mí! que sigo temerosa

La luz escasa del funesto fuego,
Que el poder de mis ojos deja ciego;
Y émula de la incauta mariposa,
A su volcan me entrego.

IDILIO VIII.

El Desfallecimiento.

Delicioso vergel, fuente risueña,
Espumoso raudal que al prado esmalta,
Y de la peña que miró mas alta
Al cóncavo enyedrado de otra peña,
Lleno de aljófar salta.

En este soto un tiempo entretenido
La flor mi breve pie pisó contento:
Vi aquí más verde juncia, allí mas viento,
Acá hallé fresco, allá un balcon florido,
De mi delicia asiento.

Pues ya del sol la luz que al mundo alegra
Huye á mis ojos que aman el retiro;

Y ciega del amor con que suspiro,
Y triste y sola entre una nube negra
La fiera parca miro.

¡Cielos! ¿á cuál deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
En tan nuevo rigor quiere que muera,
Y que antes de gozarla, parca airada
Corte mi flor primera?

Del seno oscuro de la tierra helada
Llamarme con terribles voces siento:
Tristes sombras cruzar vi por el viento,
Y que me llaman todas de pasada
Con lamentable acento.

No me aterra la muerte, ni rehuso
El dejar de vivir de edad florida,
Ni he esquivado la muerte tan temida,
Que amaneció con mi vivir confuso
De mi cuidado asida.

Siento haber de dejar deshabitado
Cuerpo que amante espíritu ha ceñido

Y yermo un corazon que tuyo ha sido,
Donde todo el amor reinó hospedado,
Y su imperio ha estendido.

No el morir siento, ¡ai Dios! siento el dejarte:
¿Qué mayor muerte quieres que perderte?
Si me era paraïso y gloria el verte;
¿Qué gozaré, dejando de gozarte,
Sino perpetua muerte?

Eglogas.

ÉGLOGA I.

Emilia quejosa.

En fuego ardiente Emilia se abrasaba
Por Narciso, un pastor que en gentileza
Ningun otro del Bétis le igualaba,
Mas lleno de rigor y de aspereza.
En vano la pastora le buscaba;
Que donde falta amor todo es crueza;
Y cuanto era mayor su desden frio,
Mas la zagala siente su desvio.
Sola Emilia, con solo su cuidado,

Siempre que Febo al mundo amanecia,
Sin esperanza al bosque mas cerrado
A lamentar su mal se retraía:
Y volviéndose al cielo despiadado,
Y al pastor sin piedad que no la oía,
Cebada en su desden la llama fiera,
Cantó cual si presente le tuviera:
"No te duele mi mal, Narciso amado,
Ni oyes mi voz, ni ves mis desventuras;
Ni de humana piedad un solo grado
Pienso que alberga en tus entrañas duras:
Yo en tu amor siento el corazon llagado;
Tú siempre en desamarme te apresuras,
Como si gloria á tu beldad le dieras
Cruël siendo á mis ansias lastimeras.
Mis corderillos buscan la guarida
De la sombra en los álamos mayores;
Entre las zarzas frígida acogida
Procuran los lagartos salteadores;
Náis da en sazon la rústica comida
Con mil yerbas de olor á los pastores;
Conmigo por seguirte entre la arena
Al sol abierto la cigarra suena.
¡Ai triste! mas valiera el zahareño

Desden de Alfesibéo haber sufrido;
Y pues me amaba con tan fino empeño
Mi altivez loca á Tirsi haber rendido:
Bien que es el Tirsi de color trigueño,
Y tú como la nieve esclarecido:
Mas no fies, que siempre vi apreciado
Sobre la blanca flor clavel morado.

Soy el desden de tu altivez ingrata,
Y por tu antojo mis tesoros truecas:
Mis rebaños cubiertos de escarlata,
Y en miel colmadas mis colmenas huecas:
El queso, gruesa leche y fresca nata
No me faltan jamas, ni frutas secas;
Y canto cual Filena ya cantaba,
Cuando oyéndola el valle se pasmaba.

Ni tan disforme soy, que en los cristales
Del rio en una siesta sosegada
Mi rostro viendo y plácidas señales,
No temí ser con Clori comparada;
Ni temeré tu juicio en casos tales,
Ni pensaré de tí ser despreciada;
¡Así no despreciases la floresta,
Su seneillez y juego de la siesta!

El persegnir con flecha enherbolada

El ciervo corredor te venga en grado;
Regir de ovejas una grey nevada
Con el verde tarai no te dé enfado;
Ni te pese morar la regalada
Estancia en que las Diosas han morado;
Que cantando las selvas moraremos,
Y juntos al Dios Pan imitaremos.

Él la pastoral flauta halló con arte,
Él de diversas cañas la ha arreglado,
La variedad de voces le reparte,
Y nos guarda solícito el ganado;
Mas no te pese altivo el adestrarte
Al uso de ella el labio delicado,
Que Alexi se perdia por sabello;
De mil zagalas siendo hechizo bello.

Tengo yo un singular rabel sonoro
De marfil con labores de corales,
Que bube por manda del gentil Lidoro,
Diciendome al morir palabras tales:
"Tú sola herir podrás sus cuerdas de oro
Cantando mis exequias funerales."
Lidoro me lo dió, y quedó corrida
La simple Clori en verme preferida.

Ofrécente del bosque las doncellas

Las rosas y azucenas de su falda;
Y en canastillos delicados de ellas
Las flores del anis, tomillo y gualda:
Del rojo acanto, y de mosquetas bellas
Tributan á tu sien fresca guirnalda:
O entretegido en frescos mirabeles
A tu sombrero un ramo de claveles.

Y yo te cogeré rojas manzanas
Teñidas de su flor, con deliciosas
Naranjas chinas, que en las soberanas
Hojas del lauro irán mas deliciosas;
Y otras frutas, tardías ó tempranas,
Te daré, mas serán inoficiosas,
Que tu gusto en mis dádivas no pones,
Y Alcina no está falta de estos dones.

Alcina.... mas, ¡ai locos frenesíes!
Qué hago perdida en mi dolor vehemente?
Fuego puse al rosal, que en carmesíes
Botones me dió el mayo floreciente;
En el agua lancé los alhelíes
Turbando su cristal resplandeciente;
Mi rebaño olvidé. La rabia ciega
De los celos de amor á tanto llega!

La leona feroz por la colina

Tras el tímido lobo sigue ansiosa;
El carnicero lobo se encamina
Contino tras la cabra revoltosa;
Y la traviesa cabra el paso inclina
En pos de la retama apetitosa;
Yo á tí te sigo, mi delicia amada;
Que arrastra á cada cual lo que le agrada.

Sobre los yugos el luciente arado
Los bueyes tornan ya de sus labores;
El sol huye con paso apresurado;
Las sombras van haciéndose mayores;
Y el fuego en que mi pecho está minado
No mitiga ni aquieta sus ardores;
Que place al ciego amor no dejar hora
De reposo á su llama asoladora.

¡Ah Emilia! ¡Emilia triste! ¿qué locura
Te perdió? que en tu mal abandonada
Dejas errar tu grey por la espesura:
¡Ai! torna ya en tu juicio recordada:
Teje algun canastillo con mistura
De blanca y prieta mimbre delicada;
Que si Narciso te huye desdeñoso,
Otro amante hallarás mas cariñoso.»

EGLOGA II.

Cintia, Poeta.

POETA.

Divina Euterpe, que en el blando coro
De los mancebos árcades presides,
Haciendo resonar tu plectro de oro
En valladares de frondosas vides:
Préstame, musa, espíritu canoro;
Diré con tu favor, no aquellas lides
De Marte insano que fulmina horrores,
Sino tiernas endechas de pastores.

Amaba Cintia un sin igual mancebo,
A un pastorcillo, en quien el Amor puso
El gusto de ella, y la fortuna el cebo
De mil cantares que él á ella compuso;
Aun no estaba florido, no, el renuevo
Que en su querer reverdeció confuso,
Y entre recelos sin sosiego estaba,
Ya fia en él, y en él ya no fiaba.

Y viéndole como hombre al fin mudado,
Desdeñador de aquella fe primera,
Ella en dolor el pecho traspasado
Del miedo los recatos echó fuera,
Y en seco acento al paladar pegado,
La voz quebrada y la congoja entera,
El corazon mostrando por los ojos,
La causa, así cantó de sus enojos.

CINTIA.

"¿Cuál tigre fiero al eco no se mueve
De mi dulce cantar, sin el terrible
Desden tuyo simpar, porque se pruebe
Que á un monstruo no movió canto apaci-
Alza tu vista, porque mas se cebe (ble?
En ver que tu crueldad siempre terrible,
Respira un fuego en mí que va abrasando,
Al frio hielo, mas que tu amor blando.

El dulce canto, un dulce iman ha sido,
Que basta á retener la luna llena;
De Ulises el ejército lucido
Con el canto mudó sagaz sirena;
Con el cantar el áspid mas temido,

En medio el prado su furor serena:
Empero á tí mas fiero que las fieras,
No te atraen canciones hechiceras.
Enseñadas á oir amantes quejas
Oye mi canto el coro de las Musas,
Culpando la impiedad con que me dejas,
Y aprobando mis lágrimas difusas.
En mi bien él no esquiva sus orejas,
Y tú en mi daño tu esquivez escusas;
Ellas aprueban el amor sincero,
Y tú desprecias mi querer primero.»
Vino á escucharme el simple porquerizo,
El ovejero, y el menelca hinchado,
La honesta zagaleja; y «¿quién te hizo
Tan fiero mal, pastora?" han preguntado
Apolo vino, y dijo: «¿Cuál hechizo,
Qué locura, zagala te ha tomado;
Que aquel pastor, por quien amante mue-
De otra zagala sigue los placeres?» (res,
¡Ai pastora infelice! tú perdida
Andas por la montaña y despoblado,
Tras de aquel de que Celia en la florida
Falda reposa con sosiego echado;
O bien ya la contempla enternecida;

O encendido la sigue enamorado,
Holgándose con ella en la floresta
En el estío en medio de la siesta.
Mas duro y desabrido que alto roble
Contra mí de aspereza te previenes,
Así cual eres en valor mas noble,
Mas desigual cruëza que otros tienes;
Que su obstinado corazon y doble
Guarde en sí tales odios y desdenes,
Que al despreciar mis lágrimas ardientes,
Cruël te llaman pájaros y fuentes.
Por tí sufro las iras y fiereza
Del crudo niño Amor, y en mi tormento
Por tí en mi pecho siento una estrañeza,
Que ningun bien me place, ni contento;
Por tí transito sola esta aspereza:
Por ti á mi grey olvido, y no la cuento
Cual hice un tiempo, cuando Dios queria,
Que en tu memoria no estuviera Eulia.
Ni que aborrezcas pido con aquesto
A la que el ciego Amor y suerte loca
Favorecen, ni espero por supuesto
El ablandar tu pecho cual de roca:
Que esperar de piedad un breve resto

En tu crudeza, ya en locura toca;
Y locura es en fin pedirte nada,
Ni aun la muerte, que ya me tienes dada.
Tu zagal, con tu amante afortunada,
Causa cruël del fuego en que me abraso,
En paz te queda, queda en paz amada,
Bien que en darla á mi pecho fuiste escaso;
Y en fin, porque no sientas la arrojada
Muerte de olvido en mi postrero paso,
En ver mi cuerpo puedes complacerte,
Por causa tuya condenado á muerte."

POETA.

Dijo: y dijera mas, si la congoja
Mas ánimo la diera y mas aliento,
Empezaudo á perder la color roja,
Perdió á un tiempo la voz y el sentimiento,
Quedó cual de alheli marchita hoja,
Que de rocío baña el fresco viento;
Y cual la luz quedó de la mañana,
Cuando el sol no la dió color de grana.

EGLOGA III.

Arcadio, Poeta.

POETA.

La guirnalda de lirios
Desecha por el suelo,
El cuerpo en una peña recostado,
El alma en mil martirios,
Los ojos en el cielo,
Y el triste rostro en lágrimas bañado
Yace el mas desamado
Zagal en las orillas
Del Tórmes cristalino:
Y mientras sin destino
Erraban sus cuitadas ovejillas,
Sin dar al llanto pausa,
Asi cantó de su dolor la causa.

ARCADIO.

«Bellísima aldëana,

A mi dolor mas fiera
Que roca hinchada al sonoroso viento,
Si no eres mas insana
Que asiática pantera:
Yo sé que dolerte has de mi tormento;
La pena y sentimiento
Que Sísifo rabioso
Tolera en el abismo.
Y en fin cuanto asimismo
Se padece en el tártaro horroroso:
Yo mejor pasaria
Que un desden solo de la ninfa mia.
Un desden solo, ¡ai ciego!
¡Ai! ai zagal cuitado,
Si un desden solo tanto te atormenta,
Cuánto será tu fuego
Al ver que se ha entregado
Al que de su amor tiene menos cuenta?
No asi, tal vez revienta
Opreso en fuego y agua,
De nublado espantable
El rayo formidable,
Como en el pecho que arde como fragua,
Rebientan desatados

Los celos, en bramidos levantados.
Llora, llora cuitado,
Desde la noche al Alba,
Regando en llanto el marchitado suelo
Que en viéndose inundado
Hará crecer la malva,
Y cañaheja inútil hasta el cielo;
Gozarás del consuelo,
De que no ven tus ojos,
Como ella favorece
A quien no lo merece,
De do nace el tropel de tus enojos:
Mora en el bosque á ciegas;
¿Pero qué tienes alma, no sosiegas?
¡Ai triste! y cómo veo
Mas antes sosegado
Motin de populosa muchedumbre,
Y muy mas antes creo
Parar el alterado
Sillar, que se desgaja de la cumbre
Que no el amor, la lumbre,
La rabia y sobresalto
Del corazon celoso,
Del que un tiempo dichoso

De su ninfa gozó el favor mas alto,
Y hoy siendo su desprecio,
Ve que su pecho da al zagal mas necio.
¡Ai zagal venturoso!
Con tal dolor te veo
Gozar los brazos de tu Silvia hermosa!
Plegue á Amor; que reposo
Tenga ese tu recréo,
Que te causa esa pérfida alevosa;
El su color de rosa,
Aquella su lindeza,
Sus ojos alhagüeños,
Y sus labios risueños,
Todo me aseguraba su firmeza.
Y ¡ai! que aunque faz no muda,
Muda su corazon de tigre cruda.
Pláceme la constancia
Que tuvo hermosa Filis
Hasta morir á su zagal Dalmiro,
Deléitenme en su infancia
Sileno y Amarilis,
A quienes juntó Amor con dulce tiro.
Y al fin, cuando esto miro,
Cupido me enamora,

Me alegra su delicia,
Y á buscar voy propicia
A mi gloria, mi bien y mi señora;
Mas viéndome olvidado
Maldigo el tiempo en el amor gastado.
Maldigo las auroras,
Que por verla salia,
Discantando su amor con dulce avena;
Maldigo aquellas horas,
Que yo en su compañía
Estuve el baile de la noche buena.
Maldigo la verbena,
Que juntos la mañana
De San Juan recogimos,
Y los rubios racimos,
Que en la choza colgué de esta tirana;
Pues me es tormento hoy dia,
Cuando un tiempo me fue dulce alegría.
¿No me dirás pastora
En qué yo te he ofendido,
Para que asi mi bien me desampares?
¡Oh Dios! en qué mal hora
Al mundo fui nacido,
Si fue para sufrir estos pesares:

Plegue á Dios, que si amares
Zagal, que mas te quiera,
Que el que hora has desechado,
De un rayo disparado
Por la mano de Júpiter yo muera;
Empero sino le amas,
Los cielos te consuman en sus llamas.

PORTA.

Mas el zagal diria,
Si la implacable pena
Lugar le diera á proseguir su canto
Y al ver que no podia,
Sobre la rubia arena
Soltó la rienda al lastimoso llanto,
La noche tendió el manto
De fúlgidas estrellas,
Y en el silencio el eco
Volvia el monte hueco,
Doblando las tristísimas querellas
Que el mísero arrojaba,
Si por dicha el dolor lugar le daba.

EGLOGA IV.

Era la noche, y en sereno vuelo
La tarde luna hácia el poniente huia
En silencio escuchándose el desvelo
Del rio que en correr tenaz porfía;
Cuando el carro polar la vuelta al cielo
Daba, anunciando el ya vecino dia,
Y con mayor presura las estrellas
Desparecen en húmedas centellas.

Cuando con débil mano sustentando
Un claro cielo de luceros rojos,
Silvia al seno lo inclina, perlas dando
Al prado los raudales de sus ojos,
Que en suspiros mezclados iba dando
A su amante por últimos despojos;
Como la bella Clicie mustia queda,
Cuando su hermoso rostro el sol la veda.

Vencida de un gravísimo tormento
Al mas duro peñasco enterneciera,
Si en ellos consistiera el sentimiento,
Que su amante falaz tener debiera;
Amante; que mudable mas que el viento

Faltó á la fe que conservar debiera
Al fin muriendo, muerta su esperanza,
No menos muertos ayes su voz lanza.
«Sal ¡oh Lucero! page de la aurora,
Y su esplendor anuncia cual lo sabes;
Sal ante la carroza brilladora
Del dia de quien traes las rubias llaves;
Mira que ya con música canora
Te espera el dulce acento de las aves;
Y yo al sol mismo quiero por testigo
De la ingrata traicion de mi enemigo.
Mientras yo á tí, á la luna, y al sol bello,
Y á todas las estrellas piedad pido,
Y de mi falso amante me querello,
En vil amor trocado el fementido;
Y aunque ningun provecho encuentre en ello,
A todos os descubro el pecho herido,
En esta postrer alba de mi vida;
No sé decir si dulce ó desabrida.
¡Ai Silvio! ¿en quién pusiste tus luceros?
¿Por qué sin pundonor mi fe trocaste?
¿A quién, dí, tus amores das primero?
¿De qué brazos el cuello te anudaste?
¡Ai primicias del alma, ai verdaderos

Amores mios! ¡Cómo los burlaste,
Dejandome en desprecio abandonada
Cual yedra de su arrimo destrozada!
Silvio gentil á Mebia se ha entregado:
¿Qué se podrá dudar de hoy adelante?
¿Qué discordia el Amor no habrá juntado,
Y qué no temerá el mas firme amante?
La cordera paciente, y lobo airado
De hoy mas en sí tendrán union constante;
Y la dulce paloma hará su nido
En el de sierpes de hórrido silbido.
Disponte, ¡oh tosca! tuya es la ventura:
Tus dichas, Mebia, vayan adelante;
Cree que por tí sola de la obscura
Noche sale el lucero mas brillante:
¡Mas qué bien te está, ó Silvio, sin cordura,
El que á todas burlabas arrogante,
Desdeñador de mi color quedrado,
Mi rabel dulce, y mi gentil cayado!
Yo te ví niño, y de tu madre al lado;
De mi diestra llevéte á mis perales,
Do travieso mil piedras has tirado,
Y yo llevaba á bien niñeces tales:
Las bajas ramas ya con brazo alzado

Tocabas de tres lustros no cabales;
Cuando mi alma fuera ya tu esclava,
Que tras tí presa engaño la llevaba.
Ya bastante ¡oh Amor! te he conocido,
En triste hora y horóscopo tremendo,
Ni en nuestro sér, ni sangre, ni sentido
Ni en fin con nuestras señas procediendo:
Solo tu duro orígen has traido
De crudos garamantes, del horrendo
Ródope, ó bien del Ismaro fragoso,
Cuyas fieras azota el mar furioso.
Por tí ya en sus hijuelos insolente
La Maga ensangrentó su mano fea.
¿Mas quién fué de los dos mas insolente,
Tú; fiero Amor, ó tú, feroz Medéa?
Tú un rapaz fuiste de bastardo oriente;
Tú fuiste madre de infernal raléa,
¡Perezcan pues del mundo las edades,
Si caben en Amor tales maldades!
Mas ya siquiera huyendo del pillage
De mansa oveja el lobo atroz se vea;
El jazmin fino al roble dé homenage,
Y negro cuervo al cisne el mundo crea;
Al Arïon Menalca se aventaje,

Arïon en bosque, Orféo en el mar sea,
Y el orbe todo en desigual zozobra
Se anegue, pues á mí todo me sobra.
Vivid selvas, vivid tiempo dichoso,
Las que un tiempo placer me hubisteis dado;
Que yo de un risco al piélago espumoso
Precipitarme al fin he decretado:
Si no te fué servicio delicioso
El primero que te hice, ó Silvio amado,
Quizá, pues que te sobro, este segundo
Aceptarás, no viéndome en el mundo.»
Así dijera, y con el desvarío
Que á la gentil pastora iba cogiendo,
En las olas se echó de cristal frio
El nombre de su amante repitiendo:
Turbóse al golpe el cristalino rio,
Un eco por su márgen esparciendo:
Al cual valles y montes resonáron,
Y la arboleda atónitos dejaron.

ÉGLOGA V.

La suavidad del zéfiro amoroso,
Y del abril la plácida venida,

El invierno ahuyentaban riguroso,
Dando á las flores nuevo aliento y vida:
Cuando tras sus ovejas sin reposo,
De su cruel Lidoro aborrecida,
Al valle salió Elisa mi pastora
Con las primeras luces de la Aurora.

Con blandos ruegos la sazon buscaba
De hallar á su zagal menos altivo;
Mas ni este, ni otro medio aprovechaba;
Que donde falta Amor todo es esquivo:
Cuanto ella á su desden mas se humillaba,
Le daba de esquivez mayor motivo;
Que es el varon, si Amor con fuerza doble
Que á una muger no hiere, áspero roble.

Y viendo cual su pena se dilata:
Y la dureza de su crudo amante,
Y la inconstancia con que Amor le trata,
Y su fatal estrella sin menguante;
De su desden, de su aspereza ingrata
Se querella con voz tan penetrante,
Que al cielo pára, enfrena al viento airado,
Detiene al rio, y enternece al prado.

«Cruël cuanto bellísimo Lidoro,
En tu beldad tan vano, que limitas

Que de humano pincel pueda el decoro
De Adónis copias dar mas esquisitas;
Tú en negros ojos, y en cabellos de oro,
La libertad á mil serranas quitas;
Desentendido del estrago que haces,
Cuando en servir á Amor no te complaces,
¡Ea pastor, si engendra tu nobleza
Piedad hácia el Amor, gracioso niño,
Y grave no te fué de una belleza
Tener esclavo el singular cariño;
Así el cielo conserve la entereza
De tu grey mas nevada que el armiño;
Que á quien te busca tierno y amoroso,
No te muestres de hoy mas tan desdeñoso!
Sacrifico á tu gusto el alma mia
Para que de su fé te satisfagas:
Te ofrezco un corazon que en tí confia,
Lleno por tí de mil ardientes llagas:
Tú con despego anegas mi alegria,
Y el adorarte con desdenes pagas;
¡Ai que mayor tormento se me diera,
Si contra tí otra culpa cometiera!
Sabes que cuando niña llegué á verte,
Mi primer dicha fue rendirte el alma;

Tan poco ¡ai Dios! importa, que en quererte
Ninguna otra á mi amor llevó la palma;
Y solo el dulce bien de obedecerte,
Mi gusto por el tuyo tuvo en calma:
Pon pues tus ojos en mi amante pecho,
Si de mi amor no te hallas satisfecho.

En él verás por mi querer pintada
Aunque tal vez te pese, tu figura,
Tan gentil, y con tal primor copiada,
Que se ve tu desden y tu hermosura:
Y á par de ella la mia trasladada,
Lamentando mi amarga desventura,
Mi mucha humanidad, y el poco aviso
De mi querer, que mas que á sí te quiso.

No con mas lealtad el cristal puro,
Ni sosegada fuente en valle ameno,
Mostró detrás del trasparente muro
A los ojos su limpio y casto seno:
Ni en bien cercado huerto mas seguro
Rebaño fué de sobresalto ageno,
Que tu amor en mi pecho y en mis ojos
Gozando mil dulcísimos despojos.

Si con temor te sirvo y obediencia,
Y adoro tu donaire y apostura;

Si entre mi sufrimiento y tu violencia
Cada hora el oro de mi fe se apura;
Y si es justo vivir en tu presencia,
Siendo mi sol en cárcel tan obscura
Calle yo, y en favor de mi firmeza
Hable tu cortesía y gentileza.

Bien sabes que tus iras he temido,
Como batel pequeño al mar airado;
Y que entre estos recelos te he servido,
Cual por conjuro espíritu apremiado:
Y tú por eso me has aborrecido,
Cual á contrario tuyo declarado;
Y no lo soy; ¡plugiese á Dios lo fuera,
Y que mi rendimiento en tí se viera!
¡Ai! que entre penas vivo, y de esta suerte
Tu aspereza me está martirizando;
Mi esperanza en los brazos de la muerte
El verdor de su pompa marchitando:
Muriendo por el gusto de quererte,
Que es en la ley de Amor vivir triunfando;
Mas muerta ó viva yo, tu altivez cierta
Puede estar que mi fé no será muerta.

Ponme al sol que la seca arena abrasa,
O adonde espira envuelto en tierna nieve,

Ponme al cielo que siembra ardiente brasa:
O al que la escarcha y el granizo llueve;
Por donde el dia con su carro pasa,
O la enlutada noche el suyo mueve:
Que en luz ó sombra, en tierra ardiente ó (fria,
Por ser tuya, pastor, no seré mia »
Dijo: y cual si de mármol blanco fuera
Quedó sin alma, sin color, sin vida;
Solo dió el llanto muestra verdadera
De estar el triste cuerpo al alma asida;
Duro paso de amor que enterneciera
Del Caspio mar la roca mas ceñida:
Y en Lidoro no obrára el sentimiento
Mas que en el duro bronce airado viento.

EGLOGA VI.

LAURITA.

Egloga Piscatoria.

POETA.

Entre unas duras rocas,
Que de la diosa Tétis
Tiene el teson continuo socabadas;
Donde las ondas locas
Del cristalino Bétis
Entran en su furor arrebatadas;
Donde mil enramadas
Cabañas los barqueros
Tienen por sus orillas,
Y redes y barquillas
Atar suelen de rústicos maderos:
Laurita pescadora
Niña en la flor de sus abriles mora.
Amaba á un marinero,

En cuya gentileza
Todos los gustos de ella el Amor puso.
Mil cantares primero
El jóven con terneza
Llenos de mil lisonjas la compuso:
Reverdeció confuso
De amantes esperanzas
En ella algun renuevo,
Juzgando su amor nuevo
Libre ya de recelos y mudanzas;
Así que, sin sosiego
Se abandonaba al encendido fuego.
Mas el gentil mancebo,
Finalmente trocado,
La dejó sin guardar su fe primera:
Ella en dolor tan nuevo,
El pecho traspasado,
Del miedo los recatos echó fuera;
Y á la barca ligera,
En que el garzon huía,
Con voz triste y quebrada,
Medio desesperada,
Con llantos y querellas maldecía;
Y en tono dulce y blando

De esta suerte se estaba suspirando.

LAURITA.

«Si el bien que adoro y temo,
Y mis fatales hados
Me guian á la mas terrible pena:
Y al mas mísero extremo
Que dan astros airados,
A quien el cielo gran castigo ordena;
Por esta húmeda arena
Los tristes ayes mios
Muestren por boca y ojos
Sus mortales enojos,
Que abrasen los helados vientos frios;
Que tal vez ví amansados
Al son de mis acentos lastimados.
¿Cómo el valor se infama
Que siempre amanecía
De tu corazon grato en mi memoria?
Que aunque contó tu fama
Aun ménos que yo vía,
No era menor que mi querer tu gloria.
¿Cómo en queja notoria,

Tirso, con tu mudanza
Quedaré en este suelo
Huérfana, y sin consuelo;
Huérfana ¡ai! de la célebre esperanza,
Con que tuya me hiciste,
Cuando del juego el premio me ofreciste?
Goza el placer dichoso
En tanto del descanso
Que este revuelto tiempo se mitiga;
Y el mar tempestuoso
Se muestra ledo y manso,
Y en ménos olas su arenal fatiga,
Mientras que no prosiga
En rios tumultuosos
El dar turbio tributo,
Y no se vistan luto
Del cielo los celages luminosos,
Cubriéndose el lucero
Que conduce y deleita al marinero.
Ya por mi mal has visto
Gentes en suerte loca
A los dudosos vientos confiada,
Dejarla el no previsto
Rigor de alguna roca

Por el áspero mar toda sembrada:
Pero, ¡ai de mí cuitada!
Si mi pasion penosa
Tan de lejos te hiere;
Que la que bien te quiere
Ni aun alcanza en tu bien ninguna cosa;
Ablande ahora tu pecho,
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.
Ni yo la fe te pido
Del dulce enlazamiento,
Que mi vana altivez me prometía;
Ni por esto en olvido
Dejes cualquier contento
Por el remedio de la pena mia:
Solo que la alegria
De esta ribera gozes
En dulce pasatiempo,
Mientras trocado el tiempo
Refrena el mar sus impetus feroces;
Que aunque yo en tí me hallara,
Ningun grato don te demandara.
Mas que de mí te alejas,
Ya sé barquero altivo,
Fiado de tu gala en el tesoro;

Y en soledad y quejas,
Cruël y fugitivo,
Huyes solo de mí porque te adoro.
En este mar que lloro
Con mil delirios ciega
En tempestad cerrada.
Pues tanto el mar te agrada,
Vuelve, y en él á tu placer navega;
Navega á tu contento,
Que mis suspiros servirán de viento.
Vuelve, y verás el gusto
Que tuve de quererte,
Torcedor hecho de mi amarga vida;
Y cuán cerca al injusto
Cadahalso de mi muerte,
Fué la vana ocasion de tu partida:
Mas la ocasion perdida
No vuelvas; retrocede,
Que solo en verte el alma,
Que aborrecida en calma
De muerte está; por tuya cobrar puede
Nuevo rigor y brio,
Para pena mayor y agravio mio.
Que ese mar espantable,

Cual tú inconstante y vario,
Trono de la fortuna sin asiento,
Si ya para tí afable
Cual para mi contrario,
Paso te ofrece y favorable viento;
Yo espero que violento
Vuelva á su estilo arisco
Que de ordinario coge;
Y tu barquilla arroje
Sobre la dura furia de algun risco,
En que ella y tú fenezca,
Y en lo duro y cruël se te parezca.
Que así se da el castigo
A las almas dolosas,
Que la fé y juramento no cumplieron:
Que es el Amor amigo
De vindicar sus cosas
Con pena ignal al mal que merecieron.
Pero si porque vieron
Que es mia la venganza,
La dejan, yo la fio
A los ayes que envio:
Ellos no dejarán de tu mudanza,
En el soberbio charco;

Reliquia alguna al anegar tu barco.»

POETA.

Las lágrimas ardientes,
El ánimo del pecho,
Con las ansias de verse desamada,
Mil sollozos dolientes,
Que á un corazon no hecho
Al Amor, dieran muerte atropellada;
La triste voz cansada,
Torpe el vital aliento,
La congoja nacida
Del alma entristecida,
Sin pulsacion alguna el sentimiento,
Tanto en ella labraron,
Que á la pescadorcilla desmayaron.

Odas.

ODA I.

A la Noche.

Ya Febo en el Oceano sonoro
Templó su ardiente carro
Privando á los mortales del tesoro
De su esplendor bizarro.
Las rubias Ninfas de su yugo ardiente
Las coyundas desatan
De rosicler; y en magestad decente
Le sirven y le acatan.
Cuál las riendas le toma de la mano
De ardiente pedrería;

Cuál la guirnalda; cuál el manto ufano,
Que al mundo da alegría;
Quién entre tanto á la callada noche
De acero pavonado
Prepara apriesa el enlutado coche
De estrellas mil bordado.
Salen las negras horas, que en beleño
Ciñen la sien severa,
Vertiendo espanto, y derramando sueño
Por toda su carrera.
Pasa Boótes el cénit del cielo,
La vuelta al carro dando;
Con sus ejes de escarcha en todo el suelo
Frio licor sembrando.
Quietud callada en pasos descuidados,
Con silencio profundo,
Señoréa los ánimos cansados
De todo el ancho mundo.
Las estrellas en viva centinela
Con luz mas encendida
Aceleran el curso de la vela,
Y el de la humana vida.
Reinan solo las sombras, en reposo
La tierra sepultada,

La lid de los cuidados al sabroso
Silencio encomendada.
Yo mísero, á quien roban el consuelo
Del sueño mil cuidados,
En vano al cielo vuelto, me desvelo
Con pasos mal guiados.
Silencio voceador anda en batalla,
Con mi sér temeroso;
Sin tregua de quietud mi pecho se halla,
Que llame mi reposo.
¡Oh sueño! entre el brocado y terso lino
Busco á tu paz el centro;
Por mas que imploro tu favor divino,
Huella de tí no encuentro.
Al pastorcillo entre ásperos terrones
De tu cuello enlazado
Tu beso, ¡oh sueño! das, sin las prisiones
De algun mortal cuidado.
Tu cetro humilde al de los grandes trueca
La potestad; que en suma,
Mas bien acorres á la paja seca,
Que á la mullida pluma.

ODA II.

Al Dia.

Qué apacible beldad el nuevo dia
En su rosado manto
Muestra, triunfando de la noche fria,
Y su adormido espanto.
Con visible y blando movimiento
De su tiniebla negra
Escombra y barre el ámbito del viento;
Y al cielo y mundo alegra.
Por el aire sereno en sosegado
Vuelo el aljófar baja;
Y la concha en su seno nacarado
Ardientes perlas cuaja.
Sale el sol con ardiente señorío,
Toda la mar se altera.
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,
Que bate su ribera.
Crecen los rayos de la luz febéa
Con mas pujante aliento;

El bajo suelo en derredor humea,
Y arder se mira el viento.
Las montañas heridas de su lumbre
Se ven de oro bañadas;
Las aves en confusa muchedumbre
Cantando alborozadas.
Las flores su capuz rompen aprisa,
Y el verde prado esmaltan;
Y en el cristal que renovó su risa
Los pececillos saltan.
Mas toda esta beldad que al mundo place
No llena mi deseo;
Si luego que la luz de Apolo place,
La de mi sol no veo.
Ven, ya lucero mio, pues te aguardo;
Y al pie de esta montaña
No hay rosa, ni clavel, jazmin ó prado,
Que tu tardar no estraña.
Ven, que si el Delio Dios no amaneciera
Con sus candores rojos
La luz del dia, el dia no perdiera
Con ver la de tus ojos.
Ven, mi lucero, ven; no desesperes
A un alma que te adora;

Si cual muere de amor, de amores muere
Por su dulce señora.

ODA III.

A una Fuente.

En este fertil huerto,
Que á emulacion de Hesperio se colora;
De la beldad cubierto,
Con que al romper la aurora
Renueva su matriz la culta Flora.
De una chinesca taza
En una y otra el artificio crece
De tan diversa traza,
Que el arte se envanece,
Y al mármol deja atras, que le obedece.
Por sus bocas cien ninfas,
En labor varias, forman las vertientes;
Y recogen las linfas
Cien fannos diferentes
En otras tantas urnas relucientes.
Vénse tantos raudales

Por tanto caño, en proporcion distinto,
Que de agua y de cristales
En bien corto recinto
Se admira un trasparente laverinto.
Admíranla las aves,
La admira el sol, admíranla las flores;
Y en acentos suäves
Los tiernos ruiseñores
Al son de su raudal cantan amores.
Si su beldad te es grata
Ven, Celidora, ven; pues te convida
Quien tu contento trata,
Y en tí tiene su vida.
Ven, Señora, á esta fuente apetecida.
Que no en valde ha pensado
Entre las mas preciosas y caudales
Gozar el principado;
Con tal que sus cristales
Guste una vez tu labio de corales.

ODA IV.

¡Oh humana suerte de inconstancias llena
Con quien no vale gracia ni hermosura!

Ni en su opulenta magestad ni altura
El cetro real que un mundo y otro enfrena,
Constante y firme dura!

No hay dia de esplendor tan refulgente,
Que no vista la noche en negros paños;
Ni alegre sangre en juveniles años
Que esté libre de riesgos, ó se exente
De máquinas de engaños.

Ahora la beldad que el mundo admira
Las flores goce y esplendor luciente:
Y de su fama en el rosado oriente
Suene su voz, y en cuanto Febo gira
Corra de gente en gente.

Ahora el cabello enlace en la garganta
Con las perlas que el mar de Arabia cria,
Y sobre tiria grana en pedreria
Del rico monte Imabo, ostente cuanta
Riqueza á Persia envia.

Todo es sombras y fábulas y engaño,
Despiertos sueños de la humana vida,

Que hasta donde la muerte está escondida
Discurre y vuela de uno y otro daño,
Y en el mayor se anida.

Ni del Tígris las ondas que feroces
En rápidos raudales van bramando,
Ni las aves de Venus que pasando,
Los desiertos del Africa veloces,
Cortan el aire blando.

Ni otro curso mayor medirse debe
Al que el tiempo fugaz la humana vida
Lleva tras sí: la pena desabrida
Parece que es quien solo no se mueve
Del pecho, en que se anida.

ODA V.

En loor de los Héroes Españoles.

¿Cuál héroe invicto, ¡oh sacra Melpomene
Qué hazaña portentosa
Del ibero valor querrás piadosa,

Que en mi agitada cítara resuene,
Siquiera incauto celo
Me instigue, y la pasion al patrio suelo?
Hora mi acento al Ródope aplaudido
Del céfiro llevado
Se vea en donde Orfeo, el encrespado
Cabello de laurel y oro ceñido,
Cantando en docta lira
Del oso y del leon domó la ira.
Cuando el cristal mil Náyades rompieron
Por oir la hechicera
Música de su voz; y en la carrera
Las mas rápidas ondas se tuvieron;
Y los vientos veloces
Enfrenaron sus ímpetus feroces.
Allí donde los plátanos mostraron,
Y fecundos olivos
Dar aplauso á su son, cuando festivos
Sus pomposas guirnaldas reclinaron,
Los ramos estendian,
Y atentamente pareció que oian.
¿Mas cuál furor mi espíritu levanta?
¿De cuál númen llevado,
Que en el globo inmortal jamas tocado

De otros mortales pies fijó la planta;
Y el mundo abandonando,
Por los campos etéreos voy vagando?
¿Qué no vista palestra, qué estandarte,
Qué bélico alboroto
De inmensos escuadrones miro y noto?
¿No es este el reino del sangriento Marte?
¿No oigo de sus inquietas
Cajas el son y horrísonas trompetas?
Sobre un carro agilísimo rodante
Descubro al Dios horrendo,
Sus feroces cuadrigas impeliendo,
De pié á cabeza armado de diamante,
Tras la lanza el membrudo
Brazo blandiendo el fulminante escudo.
La virtud militar su rostro hermoso
El fuego al sol hurtando
Las garzas del morrion al viento ondeando,
Valor infunde el ánimo fogoso:
A sus atletas fieles
Mil triunfos prometiendo y mil laureles.
Seguida de varones esforzados,
A los demas cual soles
Los deslumbran los claros españoles

En la sublime rueda colocados;
Y atónitos los miran
Los que los eternales cercos giran.
Mi pecho enardecido en viva llama
Del antiguo deseo
De celebrar las glorias, en que hoy veo
El ejemplo feroz que tanto inflama
La hispana valentía,
Con nueva agitacion así decia:
«¡Salve ínclitos Iberos no domados,
Cuyos fuertes pendones
Dieron del frio Sur á los Trïones
Sombra, y asombro en pueblos ignorados!
Poniendo justo freno
Del fin del orbe al mas oculto seno.
A vos la tierra se postró rendida,
Sus límites abriendo;
Por hijos os juzgó de Jove horrendo
Dejando su estension estremecida;
Y absorta en la pujanza
Con que mil rayos vuestra diestra lanza.
Yo cantaré el primero
Al padre de la hispana Monarquía,
Aquel feroz guerrero

Que de Roma al furor freno pónia,
Por quien nos vino todo
El pundonor y prez del valor godo.
¡Oh Viriato! tu indómita constancia
Yo cantaré tras esto,
Cuyo invencible arresto
Burló del Capitolio la arrogancia;
Y subiré de punto
La gloria de Numancia y de Sagunto.
Tu gran valor, ¡oh noble Recaredo!
Decir ya determino,
Restaurador divino
De nuestra fe, de Francia, y Roma miedo,
Y la feliz estrella
Que España consiguió en seguir tu huella.
Mus á tu gloria, ¡oh triunfador Pelayo!
Cuál otra habrá tamaña
Que á la ofendida España
Volver hiciste del mortal desmayo,
Sér nuevo dando y vida
A su esperanza y libertad perdida.
La invicta espada, y esgrimir sonoro
En celebrar ya tardo
Del feroz leonés simpar Bernardo,

Que al frances rinde, y doma al pueblo mo-
Cuyo valor y arresto (ro
Será por grande un tiempo en duda puesto.
Tambien diré el valor de un nuevo Alcides
De Hernan Gonzalez luego,
Y en dulce son á lá region del fuego
Haré subir las inmortales lides
De Lara, en siete infantes,
Del castellano honor astros radiantes.
Pero constante Cid, honor de España:
¡A cuál esfera alzado
Serás tú, á quien el moro ha respetado
En el frio atäud, grandeza estraña,
Cuando con ceño altivo
Tambien triunfabas muerto como vivo?
Cual despues de esfos capitanes cante
Pensando estoy dudoso,
O al que para su triunfo al sol fogoso
Paró en la lid, ó aquel que al arrogante
Monstruo venció, que hacia,
Indigno ultraje al ave de María.
No callará mi musa el fiel caudillo,
Que en armas Marte insano
Nunca vió tan leäl, el castellano

Nuevo Abraham, el que arrojó el cuchillo,
Para que á su hijo bello
El moro sitiador pase á degüello.
Mas canta, ¡oh Musa! aquel que luego
El ignorado mundo; (halla
Susnaves rompe, y echa al mar profundo,
Siete imperios ganando en la batalla,
Cuyos feroces reyes
Aherrojó y trajo á las hispanas leyes.
O al que gran Capitan nunca vencido
Llegó á alcanzar por nombre
Cuyo esfuerzo y renombre
No en padrones de mármol esculpido
Dejó al mundo memoria,
Mas toda Italia celebró su gloria.
O al que el reino rigió con feliz freno
De Neptuno espumoso,
Marqués de Santa Cruz, héroe famoso,
Quien si despues de mil victorias lleno
Atroz parca no cierra
Sus ojos, diera asombro á la Anglia tierra.
Del Marqués invencible de Pescara,
Despues haré memoria
A quien el Cielo en singular victoria

Prometió un triunfo de grandeza rara,
Y á España un gran tesoro
En el rey preso de los lirios de oro.
Oalque bajo la anciana barba el claro
Toison pendiente muestra,
Que salió siempre con triunfante diestra;
El gran Toledo de la patria amparo
De leales amigo,
Y de rebeldes áspero castigo.
¡Quién de cien trompas de sonante bronce
Me concediera el eco;
Para cantar del Aguilar, Pacheco,
Cerda, Bazan, Giron, Dávila y Ponce,
Cada cual aguerrido,
Famoso capitan nunca vencido.
La fama de estos ínclitos varones
Veo crecer cual plata
Que al cielo con los años se levanta,
Dilatando sus lenguas y pregones;
Pero ya se me ofrece
Quien como sol entre ellos resplandece.
Esto es, el joven de Austria que en Le-
Despues que de Granada (panto,
La morisma dejó desbaratada:

Al espanto del mundo puso espanto,
Y al turco imperio ciego
Arrojó al mar desecho en humo y fuego.
Diré en fin de Filipo el animoso,
Aquel que de las guerras
Civiles é intestinas de sus tierras
Volvió á la España á un sin igual reposo,
Siendo entre tantas lides
Alejandro novel; hispano Alcídes.
Mas tú de este gran padre respetado,
Gran hijo, y heredero
Carlos, escudo del imperio Ibero:
Tú del gran César eres el traslado;
Mandar dos orbes puedes
Rey, César, y Señor, que no le cedes.
A pesar de fortuna y de los hados,
Tus bélicos pendones
Del Sur á los Trïones
Darán sombra en los pueblos ignorados,
Poniendo justo freno
Del fin del orbe al mas oculto seno.
Tú la tierra rigiendo,
A tí inferior se postrará humillada;
Y con el trueno horrendo

Guerra le harás, quedando escarmentada
Cuando el rigor la alcance
Del feroz rayo, que tu diestra lance.
Así yo enardecido prorrumpia.
Absorto en los campeones
De nuestra patria indómitos lëones;
Cuando desfalleciendo mi osadía,
Advierto que oso en vano
Subir, donde no osára orgullo humano.
Que si aquel globo altísimo defiende
En sus etéreos techos
La inmortal gloria de los altos pechos,
Que en bélico furor Mavorte enciende;
En vano humana lira
A competir su eternidad conspira.
Y si en una empresa tan difícil y alta
De bajo al númen culpa;
Solo intentarla basta por disculpa,
Cuando la fuerza, y no el deseo falta;
Y yo en haberla osado
Seré con gloria en otra edad nombrado.

Traducciones

de Horacio.

ODA I.

Jam satis terris nivis atque dirae, etc.

Ya el padre Omnipotente
Cubrió de nieve y de granizo el mundo:
Y con su mano ardiente
Batiendo el sacro alcázar sin segundo,
A Roma puso en un temor profundo.
En un espanto horrible,

Y miedo puso á todos los vivientes;
Pensaba que el terrible
Siglo tornaba, que ahogó á las gentes
En agua y copiosísimas corrientes.
Pirra se condolia
Viendo mil novedades prodigiosas,
Cuando allí conducia
Proteo el ganado y focas espantosas
A los montes y peñas cavernosas.
Y mil varios pescados
Se vieron de los olmos en la altura
Subidos y pegados
Do fundó la paloma simple y pura
Bien conocida casa, y mal segura.
Los gamos y las fieras
Con un temor cobarde y sobresalto
Olvidan sus carreras,
Nadando sobre el mar tendido y alto,
Dando en el agua un salto y otro salto.
Vimos el agua roja
Del Tíver, que violento sus corrientes
Del mar toscano arroja;
Retorciendo sus ondas y vertientes
Contra los edificios mas potentes,

Parece que mostraba
Dar gusto el rio al mugeril deseo;
Que mucho se aquejaba
Ilia, y el Tíber con atroz meneo
Le promete vengar el hecho feo.
Abre con desatino
Por el siniestro lado un ancho seno;
Talando va el vecino
Campo romano, de braveza lleno;
Lo cual no aprueba Júpiter por bueno.
Los mozos descendientes
Tendrán memoria del cruël estrago;
Y afilarán las gentes
El hierro cortador, y un ancho lago
Dará de sangre á nuestro vicio el pago.
¡Ai! ¿cuánto mejor fuera
Volver el duro y riguroso acero,
Y el odio y rabia fiera
Contra el Parto feroz bravo guerrero,
O contra el duro scita y persa fiero?
¿A cuál deidad pues luego
El pueblo invocará para el caido
Imperio? ¿Con qué ruego
Las Vírgenes piadosas, y gemido

Fatigarán de Vesta el sordo oido?
Y el Padre soberano,
¿A quién dará el divino y santo cargo
Que con remedio sano
El daño limpie, y cure mal tan largo,
Volviendo en dulce risa el llanto amargo?
Ven, pues, ¡oh favorable
Apolo, anunciador de la alegría!
Descubre el agradable
Rostro hermoso, y un dichoso dia
Vestido de una blanca nube envia!
¡Oh tú, Venus graciosa,
Si te place demuestra el bello riso,
Donde el gozo reposa,
Y do el amor alegre nacer quiso,
Que vuelve al mundo en dulce paraiso.
Y tú, ¡Marte encendido!
Los ojos vuelve al pueblo que engendraste;
Que despreciado ha sido,
En quien tu brava furia apacentaste;
Tan largo juego ya de espada baste.
A tí los alharidos
Y el confuso gritar, y las celadas
Lucidas y bramidos

Te agradan; y del moro las espadas
(Que puesto á pies mas fiero) ensangrenta-
Tú, que de grande altura (das.
A la hija de Atlante nombre diste,
Mudada tu figura,
En vuelo venturoso descendiste,
Y de este bello jóven te venciste:
Gustando de llamarte
De César vengador ¡oh jóven claro
Al cielo que es tu parte
Muy tarde vuelvas, y con gozo raro
Des al romano pueblo eterno amparo.
Y algun ligero vuelo
No te nos quite, aunque los vicios nuestros
Te ofenden en el suelo;
Primero en él tus grandes trunfos diestros
Canten del sacro monte los mäestros.
Ten por blason honroso
Ser dicho padre y príncipe estremado:
Y al Medo belicoso
No consientas correr en campo armado
Sin la pena debida á su pecado.

ODA II.

Quis multa gracilis te, puer, in rosa, etc.

¿Qué lascivo mozuelo
Blando, y con mil olores rociado,
¡Oh Pirra! sin recelo
Te tiene con sus brazos anudado
El cuello estrechamente
En tu agradable gruta y lecho ardiente?
Y tú con tez sencilla,
Sin engañosa falsedad de afeite
Una y otra mejilla
Le muestras, con que enciendes su deleite;
Y tus rubios cabellos
Destrenzas, y le tiendes red con ellos.
¡Cuántas veces el necio
Mozo imprudente llorará su daño,
Tu falsa fe y desprecio,
Los contrarios amores y el engaño;

Y temerá los vientos
En el áspero mal de sus contentos!
Y el fácil y creible,
Que de tu hermosura goza agora,
Seguro y apacible,
Piensa que nunca le has de ser traidora;
Y no ve el miserable]
Que tu querer es viento deleznable.
¡Ai de los desdichados
Aquellos á quien tu lustrosa cara
Aplace! no enseñados
A conocer tu fe mudable y cara;
Que en tus serenas calmas
Anegan los contentos de sus almas.
Yo sufrí con afrenta
Naufragios en el mar de tus engaños:
Mas ya de la tormenta
Colgué los rotos y mojados paños;
Y al Dios del mar amigo
Pinté una tabla, de mi mal testigo.

ODA III.

Lydia, die per omnes, etc.

Por los dioses te ruego
Me digas: Lidia, cómo alliges tanto,
Y quitas el sosiego
A Sibaris el mozo que con tanto
Amor te quiere y ama:
Y tú lo abrasas en su ardiente llama.
¿Por qué aborrece, dime,
Sufriendo el polvo y sol sin pesadumbre
Al campo Marcio, y gime?
¿Por qué enseñado á militar costumbre;
No juega y arremete
Entre tanto y gallardo igual ginete?
¿Por qué ya no corrige
La feroz boca del frison briöso;
Ni con freno la rige
De brida, que es mas duro y riguroso;
Ni su cabeza enhiesta
Con yelmo cubre y penachada cresta?

¿Por qué tanto rehuye
Tocar del Tíber las bermejas ondas?
¿Por qué mas teme y huye,
Que á la sangre de víboras hediondas,
Al lucio aceite y grueso,
Que häce al luchador mas fuerte y tieso?
¿Y de la dura malla
No viste al jaco, ni arma mano y dedos:
Y ya de la batalla
En los brazos nervosos y molledos,
No muestra cardenales,
Ni de gloriosos golpes las señales?
Mil veces con gallardo
Semblante hizo en la contienda raya,
Tirando el fuerte dardo;
Y arrojando un gran peso y azagaya,
Con tiro muy derecho,
Abrazó mas del señalado trecho.
Agora está escondido,
Y se hurta á los ojos de la gente:
Como el jóven nacido
De Tétis antes de la guerra ardiente
De Troya, á quien engaños
Y amor vistieron mugeriles paños.

ODA IV.

Vides ut alta stet nive candidum, etc.

¡Oh Talïarco hermano!
¿Ves el Soracte monte levantado,
Con honda nieve cano;
Y el bosque de gran carga trabajado:
Y en penetrable yelo
Cuajado el rio y apretado el suelo?
Templa con buen sosiego
El acerbo rigor del duro frio,
Echando sobre el fuego
Los leños que guardaste en el estío;
Y saca largamente
Del oloroso vaso el vino ardiente.
Y los demas cuidados
Entrega á Dios, que con prudencia sabia
De los vientos hinchados
Enfrena en el furioso mar la rabia;
Y guarda y asegura
Al cipres alto y á la encina dura.

Con sutileza vana
No busques el futuro tiempo incierto;
Ni qué ha de ser mañana:
Y en cualquier dia que tuvieres cierto,
Haz cuenta que en el trance
Postrero echaste un provechoso lance.
Y pues la flor empieza
De tu verano corto, y edad breve;
Y está de tu cabeza
Ausente la pesada y fria nieve;
Coge en las tiernas flores
Los dulces frutos de placer y amores.
Y agora frecuentado
El campo sea, y eras deleitosas
Al tiempo concertado,
Las pláticas lascivas y amorosas
Entre silencio y risa
Hablando, cuando la razon avisa.
Y aquel suäve riso
Que del rincon mas íntimo resuena;
Y da señal y aviso
De la mozuela oculta que allí suena:
Que se escondió á sabiendas
Para hallar mas dulces sus contiendas.

La prenda arrebatada:
Digo sortijas, ó manillas de oro,
O lo que mas te agrada
Algun precioso y rico igual decoro,
Quitado de los dedos,
Que fingen hacer fuerza, y están quedos.

ODA V.

Quem vivum aut heroa lyra vel acry, etc.

¡Oh Clio, Musa mía!
¿A qué varon celebrarás agora
Con versos de alegría,
Con lira dulce, ó flauta muy sonora;
A quien del valle hueco
En su alabanza me responda el eco?
O ya agora resuene
En las umbrosas faldas de Helicona;
O ya en el Pindo suene
Mi voz, á quien la dulce tuya entona;

O ya en el Hemo helado,
O en el Ródope monte celebrado.
De donde se movieron
Las selvas á la voz del Tracio Orféo:
Los rios detuvieron
Su curso rapidísimo y rodéo;
Y los lijeros vientos
Enfrenaron sus varios movimientos.
Y tambien las encinas,
Sonando el instrumento y voz, mostraron
Maneras peregrinas;
Porque sus altas cumbres inclinaron,
Y con ramos tendidos
Parece que alertaban los oidos.
¿Pues qué diré primero
Que las horas con mas razon contadas
Del padre verdadero,
Que con prudencia sábia gobernadas:
Y mando poderoso,
Las cosas tiene en órden amoroso?
Y templa el mar y tierra;
Y el mundo rige en tiempos diferentes:
A donde no se encierra
Casa mayor, ni fuerzas tan potentes.

Tras de esto el alabanza
Pálas en trecho muy distante alcanza.
Y no olvidaré agora,
¡Oh Baco! en las batallas animoso,
Tu fuerza vencedora:
Ni á tí, Virgen, de brazo poderoso;
Que con flechas ligeras
Persigues en los montes á las fieras.
Tampoco callar quiero,
¡Oh santo Febo! tu valor temido
En el tirar certero.
Diré de Alcides el jamas vencido;
Y á los hijos de Leda
Diré, con tal que decir pueda.
Al uno y otro hermano,
Cástor y Pólux, cada cual honrado
En arte sabrehumano;
El uno diestro en lucha, el otro usado
A mil glorias triunfantes
Corriendo los caballos espumantes.
La estrella de los cuales
Luego que luce, al navegante alegra;
Destierra los mortales
Recelos tristes de la muerte negra;

Y al piélago revuelto
En paz lo deja, y en virtud resuelto.
Pierde su furia el viento;
Huyen las nubes su presencia santa:
Y el húmedo elemento,
Que en valientes escollos se quebranta,
Muestra con alegría
Sus ondas de luciente argentería.
Pensando estoy dudoso
Si tras de aquestos cantaré primero
Al bravo y belicoso
Rómulo, ó de Pompilio rey severo
Pacífico y divino;
O el imperio soberbio de Tarquino.
O si del atrevido
Caton diré la honrosa y dura muerte:
Con pecho agradecido
Tambien la lastimosa indigna suerte,
De Marco Atilio digo,
Que fe guardó y palabra á su enemigo.
Y cantarán mis versos
A los Escauros graves y constantes,
En mil casos adversos:
Y al cónsul Paulo entre otros semejantes,

El cual con pecho ufano
Dió la vida al furor del africano.
A Fabricio y Camilo;
Y á Curio de cabellos mal peinados,
Diré en el mismo estilo:
Los cuales fueron en la guerra osados:
Y sin tener bajeza
Se honraron con el áspera pobreza.
La fama de Marcelo
Cual árbol en oculto tiempo crece:
Y de Julio en el cielo
La estrella entre las otras resplandece,
Como entre otras estrellas
La clara luna con sus luces bellas.
¡Oh hijo Omnipotente
Del Padre antiguo! ¡Oh Padre, fiel reparo
De aquesta humana gente!
Tú del gran César tienes el amparo.
Gobierna pues el mundo;
Siendo rey, César, y señor segundo.
O ya los Partos bravos
Que están á Italia siempre amenazando,
Como á viles esclavos
Sujete al yugo de su fuerza y mando:

O ya de la India gente,
O de los Seras triunfe en el Oriente.
Que rigiendo la tierra
Será inferior á tí de buena gana:
Y tú moverás guerra
Con truenos de potencia soberana:
Y tú harás castigos
Arrojando mil rayos enemigos.

ODA VI.

Pastor quum traeret per freta navibus, etc.

El pastor fementido
Páris, al tiempo que iba el mar surcando
Contento y engreido
Con sus ligeras naves, y llevando
A Helena, hecho ultrage
A la debida fe del hospedage:
Al inquïeto viento
En este punto sosegó Neréo:

Y dijo el triste cuento;
Y amargos fines de aquel hecho feo;
Y los funestos hados
A Troya por tan grande mal guardados.
" ¿Cómo con mal agüero
Llevas á la muger de agena casa?
¡Ai! cuánto griego fiero
Canjurado; sin número y sin tasa,
Te romperá el contento;
Y deshará tu infame casamiento!
De Priámo el imperio
Antiguo, noble, rico y celebrado
Caerá con vituperio.
¡Ai! qué sudor, y aprieto está guardado
A muchos escuadrones
De caballos, y de ínclitos varones!
Y ¡qué espantoso estrago
Mueves á la troyana triste gente!
De tu traicion el pago
Verás muy presto; que Belona ardiente
Ya percibe celada,
Escudo y carro y rabia ensangrentada.
En vano confiado
En el auxilio de tu Venus fiera,

Ufano y descuidado
Peinarás la cabeza lisongera;
Y en lira blanca y verso
Darás solaz al tierno sexo adverso.
Tambien huirás en vano
Las muy pesadas armas inquietas
Al tálamo profano;
Y del Cretense fiera las saetas;
Y el temeroso estruendo
De Ayax ligero, que te irá siguiendo.
Mas ¡ai! que al fin revueltos
Verás esos cabellos muy peinados,
Y en polvo y sangre envueltos!
¿No ves tantos ardides fabricados,
Y al hijo de Laerte,
Que será de tu patria total muerte?
¿No ves al prudentísimo
Nestor? y como el Teucro Salamino,
Y el otro sapientísimo
Estenelo en batallas, peregrino,
Que el carro va guiando,
Que con redondas alas va vogando?
¿Te siguen con horrendo
Furor en triste y temeroso trance?

¿No escuchas el estruendo
De Merïon, que ya te va al alcance?
Y al hijo de Tidéo
Rabiando por ganar de tí el troféo?
A Diomédes digo,
Mas que su padre fuerte y mas valiente:
Del cual bravo enemigo
Con pecho mugeril cobardemente
Huirás, cual tierna cierva
Que viendo al lobo olvida pasto y yerva.
¿No prometías esto
A Helena, cuando echabas mil blasones
Con amoroso gesto?
Y aunque la armada, y fuertes escuadrones
De Aquiles enojado
Dilatáran de Troya el triste hado;
Desques de nueve ïños
El fuego griego, á quien tu amor atiza,
Ardiendo por engaños,
A la alta Troya volverá en ceniza:
Y quedará desierta
De negros humos, y de hollin cubierta.

ODA VII.

Neloxamocunm saepe Lucretilem, etc.

De su dulce acogida,
Que en el Liceo monte el Fauno tiene,
Con ligera corrida
Al suelo fértil de Lucrétil viene,
Para tomar contento
En este dulce sitio y fresco viento.
Este lugar defiende
Mis cabras siempre del fogoso estío:
Tampoco les ofende
Aquí la fria escarcha, ni rocío;
Ni los recios inviernos
Pueden dañar los corderillos tiernos.
Seguramente pacen
Buscando aquí y allí las tiernas gramas
Que en este bosque nacen;
El cítiso, y tomillo y otras ramas,
Que á las cabras engruesan,
Y de substancia y leche las retesan.

Apriscos y rediles,
Do están los cabritillos encerrados,
No temen las sutiles
Mordeduras de sierpes, ni pintados
Lagartos, ni los robos
Que hacer suelen los hambrientos lobos.
¡Oh Tíndaris hermosa!
Cuando mi dulce caramillo suena,
El valle y selva umbrosa
Y el monte Ustica en rededor resuena;
El monte á cuya cumbre
Se sube sin trabajo y pesadumbre.
Su gracia y alegría
Me aspira Dios, y mi piedad le agrada,
Y aquesta Musa mia:
De aquí la copia gozarás colmada,
Que aquí derrama el cuerno
Benignamente flor y fruto tierno.
En este valle y flores
Huirás de la canícula el gran fuego;
Y cantarás amores
Con la sonora cítara del griego
Pöeta Anacrëonta:
Que entre amorosos cisnes se remonta.

Cantarás las pasiones
De Penélope y Circe, y los rezelos
De entrambos corazones:
Y de una y otra los rabiosos celos:
Que cada cual muy fuerte
Trabaja por el hijo de Läerte.
A la sombra hölgando
Agotarás aquí los vasos llenos
Del vino Lesbio blando;
Y el padre Baco, y Marte muy serenos,
Quïetos amorosos
No mezclarán combates sanguinosos.
Ni zelos inhumanos
De Ciro tu protervo y duro amante;
Ni las violentas manos
Temerás del villano, que delante
Te quite la guirnalda,
Y airado rasgue tu inocente falda.

ODA VIII.

Mater saeva Cupidinum, etc.

La madre cruel ufana

De los Amores, y el mozuelo fuerte
De Sémeles tebana,
Y el ocio (que es de las Virtudes muerte)
Me impelen vuelva luego
Al amoroso ya dejado juego.
El rostro bello y claro,
Y la tez mas bruñida y espejada,
Que mármoles de Paro,
De mi Glícera dulce enamorada
Me enciende en blanda llama;
Y en su veneno mismo amor me inflama.
Enciéndeme el sentido
Su gracia y natural desenvoltura;
Y el melindre atrevido,
Y del semblante tanta hërmosura;
Que el que á mirarla empieza,
Con ojos, alma y corazon tropieza.
Dejó á su Chipre amada
Venus, y edificar su templo quiso,
Y hacer su morada
En mi pecho, su antiguo paraiso;
Y tiéneme ocupado
Ageno de cualquiera otro cuidado.
No consiente que cante

Del indómito Scita bravo y fiero
El osado semblante:
Ni al animoso Parto, que ligero
Revuelve y espolea
Al caballo, y huyendo mas pelea.
Ponedme pues las aras;
Aquí esparcidme rosas y yerbenas:
Vaciad las copas claras
De ardiente licor llenas;
Y dad incienso al fuego,
Que la víctima hecha, vendrá luego.

ODA IX.

Traduccion libre de una de Safo, etc.

¡Salve, Venus hermosa,
La mas dulce mäestra
De amor en la palestra;
De Jove, hija preciosa;
Cuyo núnen sagrado
En tantas aras siempre fue invocado!
¡Salve! y mi voz atiende:

No dejes que á millares
Me maten los pesares;
Antes acá desciende
Cual un tiempo solias
Grata acudir á las plegarias mias.
Movida de mi ruego
Tal vez á mí bajaste;
Tal vez por mí dejaste
El celestial sosiego,
Que del gran padre amado
Gozaste en alcázar estrellado.
Yo vi en ligero vuelo
Tirar tu carro uncidas
Tus aves mas queridas;
Y descender del cielo,
Cortando con sus alas
Del aire vago las etéreas salas.
Y cuando á mí llegabas
Tú misma, ¡oh dulce diosa!
Con vista cariñosa
Que risas de amor dabas,
La causa me pedias.
Del dolor, que en mi rostro conocias.
¿Por cuál razon demando

Tu auxilio sin sosiego,
Quién á mi dulce ruego
Quiero atraer mas blando,
O á quien prender queria
En las amantes redes que tendia?
Acuérdome cuán grata
Me dijo allí tu boca;
¿Quién tu furor provoca?
Mi bien, ¿quién te maltrata?
Si hubiere quien por caso
Huya de tí, tras tí, volverá el paso.
Si no recibe dones,
Los dará afectuosos
Si es libre, y desdeñoso,
Verás en tus prisiones;
Si sin amor le vieres
Luego amará, y hará cuanto quisieres.
Ven, ¡oh de amor princesa!
Ven, ven, como solías
En los antiguos dias
Pues tu deidad no cesa;
Ven, y libra mi vida
De insufribles tormentos oprimida.
Ven, y en tan fuerte instante

Tu auxilio en mí se vea;
Cumple lo que desea
Mi corazon amante;
Y en mi favor armada
Conmigo mire tu deidad sagrada.

FRAGMENTOS.

VIRTUD MILITAR.

La *virtud militar* aquí se advierte
Su hermoso rostro ardiendo en vivas llamas
Y las garzas del yelmo al viento ondeando,
Brillar su peto de ásperas escamas,
Asiendo de una mano el asta fuerte,
Y en la otra el pavés cóncavo embrazando:
Veloz discurre hácia uno y otro bando,
Y entrando por los gruesos batallones,
Los blandos corazones
Luego, luego á lid bélica movía,
Atizando el incendio que ya ardía
En las contrarias bélicas Naciones:

Así que en rencor, iras, odios, sañas
De unos y de otros hierven las entrañas.

FUROR BÉLICO.

En esto el *furor bélico* indignado
Sobre un carro agilísimo rodante
Las ligeras cuadrigas impeliendo,
De furias cruelísimas cercado
De pie á cabeza armado de diamante
Acá y allá furioso va corriendo;
Con jamas visto estrepitoso estruendo
Por entre los atletas gira agudo;
Y con brazo membrudo,
Que hace crugir el animoso viento,
Hora juega el estoque violento,
Hora rebate el fulminante escudo,
Ira y rabia infundiendo en las voraces,
Y mas que nunca ensangrentadas haces.

MUERTE.

A cuantos ¡ai! delante se le ha puesto
Entre una negra nube encapotada
La imágen de la muerte irrevocable,
De opio y adelfas mustias coronada,
Pálida la color, airado el gesto,
Medio arrastrando un luto miserable:
La cual con hoz sangrienta formidable
Mas que nunca veloz ha descargado
Su brazo no cansado.
Al que hiere de horror se atemoriza,
Los dientes cruge, el pelo se le heriza,
Palpita el corazon; y al fin helado
El curso de sus dias les parece,
Cual humo ante Aquilon se desvanece.

ANTES DE AMAR TUVE CELOS.

GLOSA.

Siendo niño en nuestro prado,
Florinda hermosa, te ví
Dar abrigo á un alhelí
Entre tu seno nevado,
De verle tan regalado
Empezé á sentir recelos;
Y en mis años pequeñuelos,
Sin saber lo que era Amor,
De aquella inocente flor
Antes de amar tuve celos.

INDICE

de lo contenido en este tomo.

Letrillas. *Al dios Pan.* Pág. 1
De sus cantares. 2
La solicitud. 3
De su pastor. 4
De su afecto. 5
Juguete sencillo. 6
El sueño y el deseo. 7
Confianza. 8
Resolucion. 9
Simulacion amorosa. 10
De un baile. 11
Propension del amor. 12
Oferta. 13
El pronóstico. 14
Los celos. 15
Dones sencillos. 16
Fuego amoroso. 17

Afanes del amor. 18
De su pastorcillo. 19
El desvelo. 20
De una ausencia. 21
A su rebaño. 22
La llama del amor. 23
Los brazos de Alexi. 24
El consejo. 25
Gratitud pastoril. 26
Los ojos de Alexi. 27
El premio de amor. 28
Letrillas de estrivillo. 29
Romances. *El ramo de la mañana de San Juan.* 50
La enemiga del amor. 53
La firme resolucion. 55
La salida de Amarilis al Zurguen. 58
La fina satisfaccion. 60
La advertencia. 61
La reprehension. 64
Cantilenas. 68
Anacreónticas. 83
Idilios. *El Clavel.* 95
La ausencia. 97

Los celos. 98
Duracion de su amor. 100
Ilusiones de la tristeza. 101
Delirios de la desconfianza. 103
La Agitacion. 104
El desfallecimiento. 106
Eglogas. *Emilia quejosa.* 109
Cintia, Poeta. 115
Arcadio, Poeta. 120
Egloga piscasoria. 136
Odas. *A la noche.* 144
Al dia. 147
A una fuente. 149
En loor de los héroes españoles. 152
Traducciones de Horacio. *Jam satis terris nivis atque diræ, etc.* 162
Quis multa gracilis te, puer, in rosa, etc. 167
Lydia, dic per omnes, etc. 169
Vides ut alta stet nive candidum, etc. 171
Quem vivum aut heroa lyra vel acry, etc. 173
Pastor quum traeret per freta navivus, etc. 178

Velox amœnum sæpe Lucretilem, etc. 182
Mater sæva Cupidinum, etc. 184
Traduccion libre de una de Safo, etc. 186
Fragmentos. *Virtud militar.* 189
Furor bélico. 190
Muerte. 191
Antes de amar tuve celos. 192

"¿Ves Pepe esta colcha azul?
pues seis duros me costó."

Lit. de Aragon

POESIAS

DE

D. JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

ÚLTIMA EDICION,

conforme á la original primitiva;

Y AUMENTADA

CON UN APENDICE DE VARIAS POESIAS.

TOMO II.

Madrid:

Imprenta de la Venta Pública,

calle de Preciados, n.º 23.

1840.

Se hallará en dicha Venta Pública, *con otros muchísimos libros muy baratos, cuyas veinte y cinco listas clasificadas por órden de materias y alfabeto están de manifiesto. Se admiten encargos y comisiones.*

INDICE

de lo contenido en este tomo.

Epígramas. Pág. 1
Odas. 39
Letrillas satíricas. 72
Romances jocosos. *La raza poltrona.* 166
A Elisa contra madama Laura. 171

INDICE

Epígramas.

EPIGRAMA I.

Yo canto á aquella heroïna
Que tanto mi patria alaba,
Doña María la Brava,
Valerosa Salmantina.
Cosas diré de ella nuevas,
Que acaso nadie habrá oido....
Mas, lector, si lo has creido,
Qué bravo chasco te llevas.

EPIGRAMA II.

¿Si con trompa resonante
Que oiga cuanto alumbra el sol,

Diré el esfuerzo español,
En ambos mundos triunfante?
No, que por cantar soy muerto
Los chistes de mis muchachas,
Y decir tambien sus tachas
Que á uno y otro me divierto.

EPIGRAMA III.

Si es el festivo epigrama
Como la hermosa muger,
Que cuanto mas gentil dama,
Mas comun se viene á hacer:
Yo, merced de Ines, tan vario
Seré en esparcir sus flores,
Que al gusto de mis lectores
Pique por estraordinario.

EPIGRAMA IV.

Riendo Ines con Anton,
De hito en hito le miraba,
Sin que supiese el simplon
Lo que esta risa indicaba.

Mas lo que de risas tales
Se le vino á originar,
No lo puede Anton negar,
Que aun se le ven las señales.

EPIGRAMA V.

¿Por qué traes, le dije á Ines,
Tanta pata descubierta;
Si están una y otra tuerta?
Tápalas por tu interes.
Respondióme, no te azores;
Porque como moda fuera,
Piernas al aire anduviera,
Aunque ellas fueran peores.

EPIGRAMA VI.

Un dia en cierta pendencia
Me echó un alguacil la traba,
Y afianzado me llevaba,
Por mas que alegué inocencia.
Que no me podia librar
De él ni el Papa pensé yo;

Mas llegó Ines, por mí habló,
Desatóme, y.... eché á andar.

EPIGRAMA VII.

Contándole yo á Colasa
El cuento del almirez,
Que del mortero una vez
Concibió dentro una nasa.
«No eres tú muy mal mortero,"
Dijo ella: y yo; "ni tú mala
Almirez».... cuando en la sala
Se nos entró el peluquero.

EPIGRAMA VIII.

Noche de carnestolendas,
A Blas se le soltó un rizo:
Y él, parando el sarao, hizo
Esclamaciones tremendas.
Mi Ines paso le advirtió
Que no fuese impertinente;
Y él gritó: "Si usted no siente,
¿Qué culpa le tengo yo?»

EPIGRAMA IX.

Viendo una vieja á un balcon
Yo ayer torciendo el hocico,
Y viendo de frente á un mico
Remedar la misma accion,
De risa hube de morirme;
Y aun llegó á sobrevenir
De esto el tener que reir,
Y no dejar de reirme.

EPIGRAMA X.

Con palabras de gragea,
Y otros mil confites mas,
Me dijo Grégoria: ¡ai Blas!
¡Cuánto el amor te desea!
Mas al punto hice memoria
De cierta (aun no sana) herida,
En tan dulzura cogida,
Y la dije: «Agur, Gregoria.»

EPIGRAMA XI.

Sin crédito en su ejercicio
Se llegó un médico á ver,
Y él por ganar de comer
Ya se ocupa en nuevo oficio.
Mas tan poco se desvia
De la aficion del primero,
Que hoy hace sepulturero
El que antes médico hacia.

EPIGRAMA XII.

Yo vi en París un peinado
De tanta sublimidad,
Que llegó á hacer vecindad
Con el ala de un tejado
Dos gatos que allí reñian;
Luego que el peinado vieron,
A reñir sobre él se fueron,
Y abajo no los sentian.

EPIGRAMA XIII.

Hízome señas Teodora,
Ayer desde su balcon,
Y dije: "¡Qué tentacion
De risa tan á deshora!"
Subí á ver lo que queria,
Salí á su balcon; y luego...
Se puso á la puerta un ciego
A tocar la sinfonía.

EPIGRAMA XIV.

Buscó, á fin de no pagarme,
Un tramposo de por vida,
En un letrado salida
Para la deuda negarme.
Al fin consiguió su intento
Mi deudor, y de contado
Pagó mas al abogado.
¡Qué justo agradecimiento!

EPIGRAMA XV.

Preguntó á su esposo Irene:
"Blas mio, cuando te ausentas,
Sin que tú me dejes rentas,
¿Qué dirás que me mantiene?"
No lo sé, «respondió Blas»
Y ella le dijo: «inocente,
Mira un espejo de frente,
Quizá en él lo advertirás.»

EPIGRAMA XVI.

Díjela á Beatriz: «Pues eres
La prenda que mas adoro,
Y estás bella como el oro,
Presa con mil alfileres;
Quiéreme, que yo sospecho
Que no lo sabrá tu tia.»
Y ella: «Sí, sí,» (me decia)
"Pero ¡qué maula te has hecho!"

EPIGRAMA XVII.

Jamas hallé en diccionario:
Ni otros libros que he leido
Quien me declare el sentido
De la fe de un secretario.
Esta fe, unos, lo primero,
Dicen verdad significa;
Otros que mentira indica;
Y yo digo que dinero.

EPIGRAMA XVIII.

Paseábame Juana ayer
Con compas á la prusiana:
Y la dije: «tienes, Juana,
Algun fuerte que vencer?»
Respondióme: «el mismo Marte
No saldrá bien de mis garras.»
Y añadió puesta de jarras;
"O somos, ó nó del arte."

EPIGRAMA XIX.

Luisa adrede me mojó,
Y yo comencé á enojarme,
Mas ella por aplacarme,
Cual quise me acarició.
No le debió de pesar
Del despique á lo que entiendo,
Pues siempre me anda diciendo;
«Pepe, ¿te vuelvo á mojar?»

EPIGRAMA XX.

Un casado se acostó,
Y con paternal cariño
A su lado puso el niño;
Pero sucio amaneció.
Entonces torciendo el gesto,
Miróse uno y otro lado,
Y esclamó desconsolado:
"¡Ai amor, cómo me has puesto!"

EPIGRAMA XXI

Blas vió andar á los umbrales
De su puerta á Dorotea;
Y con labios de grageá
Dijo; «Mi bien, ¿donde sales?»
Y ella, con boca de mieles,
Le dijo: ¿A qué vienes, Blas?
Y no se dijeron mas
Este par de mirabeles.

EPIGRAMA XXII.

Empinando una botella,
Luisa á placer me miraba:
Si yo los tragos doblaba,
Doblaba las risas ella.
Mas de tanto risotear,
Con el taburete Luisa,
Dió en el suelo: y yo de risa
Tambien me tiré á rodar.

EPIGRAMA XXIII.

De toda la vida mia
Los agüeros mas siniestros
Fueron el tener mäestros
De quien el buen gusto huía.
Y si bien de ellos me rio,
Si yo llego á tener fama,
Vereis como alguno esclama:
"¿Ese? es discípulo mio."

EPIGRAMA XXIV.

Preguntó á su esposo Ines:
«¿Qué cosa es la que tropieza
Un marido con los pies
Llevándola en la cabeza?»
Puesto el pobre á discurrir,
Respondió que no acertaba;
Y ella echándose á reir,
Con dos dedos le apuntaba.

EPIGRAMA XXV.

Cediendo un dia un señor,
A mi Ines el quitallueve,
La dijo de buen humor:
«¡Jesus, muchacha, qué breve
Es en sus versos tu amor!»
Díjole ella; cual el oro,
Señor, en poco lugar
Encierra mucho tesoro;
Tal es el número que adoro;
Y usía ha de perdonar.

EPIGRAMA XXVI.

Tocando ayer Luisa un pito,
«¿Qué avisas, di?» la pregunto,
Y dijo un su pagecito:
«Es que está un pájaro á punto
De caer en el garlito.»
Ella lo fue á desplumar,
Que era un pichon delicado,
Criado en buen palomar;
Y apenas lo hubo pelado,
Volvió su pito á tocar.

EPIGRAMA XXVII.

Luis pretendió acariciar
A Juana despues de siesta;
Y por su fuego probar,
Juana dijo en jarras puesta:
«¿Tiene usted gana de bolgar?»
Dijo él: «Quien á esto se atreve:
Quizás á mas se atreviera.»
Y ella le respondió en breve:
«Voy por mi garapiñera,
Pues tengo cerca la nieve.»

EPIGRAMA XXVIII.

A solas en su aposento
Preguntó Blas á Gregoria,
«¿Qué cosa á tu pensamiento
Le causa mayor contento,
Y mas gusto á tu memoria?"
Ella toda se reia,
Sin dejarle de mirar,
Y halagüeña respondia:
«Bobon, yo te lo diria;
Pero, voime á merendar."

EPIGRAMA XXIX.

Cierto poderoso echó
A un pueblo una estafa tal,
Que perdido lo dejó;
Y á sus espensas fundó
Un magnífico hospital.
Díjole uno: ¡«Singular
Obra! mas no creo os sobre;
Pues si á él se viene á curar
Todo el que está por vos pobre,
No hay casa para empezar.»

EPIGRAMA XXX.

Mostróme un su guardapiés
Inés, y echa una jaléa,
Me dijo: «Juan, de aquí á un mes
Me casan:» Díjela: «Inés,
¡En hora feliz te sea!»
Mas ella se deshacía,
Y con gran sigilo á hablar
Comenzó, y cauta decía,
«Mira, Juanito, aquel dia,
¡Oh...! ¡y lo que hemos de bailar!

EPIGRAMA XXXI.

«¡Qué frio tengo!» decia
Luisa, y á mi se arrimaba
No estando en casa su tia;
Pero yo la replicaba:
«Pues no está esta sala fria.»
De que yo no la entendiera
Ella se empezó á aburrir;
Y es que la Luisa quisiera
Que yo mismo la dijera,
Lo que ella pensó decir.

EPIGRAMA XXXII.

Ayer un mendigo, viendo
Junto á un templo á un coronel,
A pedirle fué corriendo,
Y le importunó diciendo
Rogaria á Dios por él.
Dióle un real que tuvo allí
El gefe, y le dijo así:
«¡Con linda flema te vienes!
Ten, y ruega á Dios por tí,
Que mas necesidad tienes.»

EPIGRAMA XXXIII.

Por ver lo que respondía,
A una dama de teatro,
Que el papel de reina hacía,
Dije: «Déme, reina mia,
Esos brazos que idolotro.»
Y ella que ama su provecho,
Dijo: «Al instante majito;
Pero pagadme el derecho;
Que sin tributo á mi pecho
Ningun vasallo admito.»

EPIGRAMA XXXIV.

Viéndose puesta en olvido,
Beatriz á Blas dió mil quejas
Diciéndole: «¡Fementido!
Si en invierno me has querido,
¿Por qué en verano me dejas?»
Mas él por darla mas pena
Dijo; «¡Paciencia, Beatriz!
Pues me eres como el tapiz,
Solo para invierno buena.»

EPIGRAMA XXXV.

Paula con gana de holgar,
Le dijo á Blas una tarde:
«¿Quieres conmigo luchar,
Que yo he llegado á pensar
Que eres un poco cobarde?»
Blas luchó á mas no poder;
Y aunque ella es moza fornida,
Fingió dejarse vencer;
Que es máxima en la muger
Quejárse de ser vencida.

EPIGRAMA XXXVI.

Conmigo Inés se jugaba,
Y viendo yo que indecisa
En decir su amor estaba,
Deciala: «Inés, acaba.
¿Qué temes, que estás remisa?»
No Pepe, «(Dijo): que eso es
Dar poco indicio de casta:»
Y yo dije: »Basta, basta;
Ya estás entendida, Inés.»

EPIGRAMA XXXVII.

Juana me dió una pisada,
Y yo juzgué que era acaso;
Dióme otra, no tan paso:
Tampoco la dije nada;
Ibame á dar la tercera,
Yo la dije: «¡Tente, Juana!
Que si yo tuviera gana,
Bastaba con la primera.»

EPIGRAMA XXXVIII.

«¡Qué malo que eres, Ramon!»
(Ramona me dijo á mi:)
«¡Vaya chico! no creí
Que eras ya tan picaron.
¡Ai chico! ya en picardía
Bien puedes echar el resto.»
Así me dijo; y... en esto
La empezó á llamar su tia.

EPIGRAMA XXXIX.

Un dia á Inés dije yo:
«¿Qué pones á que te olvido?»
Y ella replicó; «¡Ai querido!
¿Cuánto va que yo á ti nó?»
Yo antes no la ví jamas;
Mas de paso esta terneza
La oí: volví la cabeza;
Y no la he vuelto á ver mas.

EPIGRAMA XL.

«¡Ayer la suegra de Ruiz,
Yo no sé lo que mascaba,
Que su barba á su nariz
Varios besos la pegaba.
«¡Oh edad! (me puse á esclamar)
«Que causas tantos escesos!
Y al punto otros tantos besos
A mi jarro empecé á dar.

EPIGRAMA XLI.

Con sombrero de á tres picos
Iba un charro de mi tierra,
Llamando al són de cencerra
De un arrabal los borricos.
Y mientras tres que lo vieron
Rieron de ver tal paso,
Los burros no haciendo caso
Tras el buen hombre se fueron.

EPIGRAMA XLII.

Contándome ayer Lucía
El cuento de los compadres,
Que oyó á Blas, cuando sus padres
Fueron á una romería.
Muchas veces le empezó,
Rió y volvió á proseguir,
Y en comenzarle y reir,
La tarde se nos pasó.

EPIGRAMA XLIII.

Amaba el bien de la tierra
Un cirujano piadoso,
Y en rezar se halló dudoso,
Si por la paz, ó la guerra.
Mas al ver las ocasiones
Que le dan Vénus y Marte
De hacer lucrativo su arte,
Salió de estas confusiones.

EPIGRAMA XLIV.

Miramos desde un balcon
De frente, Ines y yo puestos,
A una vieja hacer mil gestos,
Comiendo un agrio limon.
¡Oh, y qué risa! yo y Inés
Del balcon nos retiramos;
Mas en la pieza que entramos,
Mayor risa hubo despues.

EPIGRAMA XLV.

Hablando de cierta historia,
A un necio se preguntó:
"¿Te acuerdas tú?" y respondió:
«Esperen que haga memoria.»
Mi Ines, viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento;
«Haz tambien entendimiento,
Que te costará lo mismo.»

EPIGRAMA XLVI.

Por enero Ines se halló,
De su faldon en lo interno,
Una pulga, y esclamó:
«¡Qué áun hay pulgas en invierno!"
Blas asiéndola la mano:
«No estrañes, niña, el encuentro,
(La dijo): porque ahí adentro,
Yo apostaré á que es verano.»

EPIGRAMA XLVII.

Mostróme Beatriz su lecho
Con colcha azul, fleco y randa,
Y yo viéndola tan blanda
Dije para mí: «Esto es hecho.»
Luego aparte me llamó;
Y dijo junto á un baul:
«¿Ves, Pepe, esta colcha azul?
Pues seis duros me costó.»

EPIGRAMA XLVIII.

Majo de zapato blanco
A ciertos toros salió,
Y un zapato se manchó
Contra el puerco pié de un banco.
Él alborotó el meson
Por yeso para limpiarle,
Y como no pudo hallarle,
No salió á ver la funcion.

EPIGRAMA XLIV.

Dijo Paula á su velado;
«Si visto con tal primor,
Echo mano del valor
Del dote que yo he llevado.»
Él la replicó: «¿Eso sabes?
Yo cerraré bien el cofre;»
Y ella dijo; «¡Ai pobre Onofre!
Lo que me sobran son llaves.»

EPIGRAMA L.

Motejaron á un soldado
De que con impropio alarde
Seguia á Venus cobarde,
Mas que al fiero Marte osado.
Él replicó: «¡Linda charla!
Antes obro muy prudente:
Pues Venus sabe hacer gente,
Y Marte solo quitarla.

EPIGRAMA LI.

Por cierto barrio pasaba
Noche estiva, y á una reja
Miré acaso, y ví una vieja
Que las pulgas se miraba.
Juzguéla infernal dragon:
Dí un grito, y la hice la cruz;
Y apagando ella su luz,
Despareció la vision.

EPIGRAMA LII.

De cierto amigo en la casa
Me puse á leer la gaceta;
Y por ser demas de inquieta
Me perturbaba Colasa.
Dijela: «Repórtate,
Y ten por un rato seso:"
Y esclamó ella: «¡Bueno es eso!
Otra vez yo no querré."

EPIGRAMA LIII.

Viéndola, dije á Malena
No sé qué de su hermosura:
«Niña, deja de ser dura,
Y dále alivio á mi pena."
Respondióme: «Sí, al momento:
En eso pensaba yo."
Mas la niña no mintió,
Que no gasta fingimiento.

EPIGRAMA LIV.

Ya al mas sublime elemento
Los hombres se osan alzar,
Y en aereo carro á volar
Sobre las alas del viento.
De quien la idea tomaron
No se sabe con certeza....
Mas sí que de la cabeza
De un poëta lo saçaron.

EPIGRAMA LV.

Un hijo de frágil madre,
Del bajo linage hablaba
De Gil, y le preguntaba:
"¿Dinos, pues, quién fue tu padre?"
A lo que Gil respondió:
«¿Si á tí aqueso te pregunto,
Qué dirás, cuando ese punto
Tu madre no le aclaró?"

EPIGRAMA LVI.

Quejábase enamorado
Uno de su dama flaca:
Cuando en este tiempo saca
Verde librea á un criado.
Díjole uno: «¡Buena está
La librea! No se os pierde;
Que con este nuevo verde
Vuestra dama engordará."

EPIGRAMA LVII.

Un médico en una calle
El santo suelo besó;
Es decir que se cayó
De su mula alta de talle.
Empezábale á zumbar
La gente que andaba allí;
Y él dijo: «así como así
Yo me iba luego á apéar.»

EPIGRAMA LVIII.

A una dama visitaba
Un caballero muy bruto,
Que siempre, sin sacar fruto,
Mil libros leyendo andaba.
Ella habiéndole sondeado
Dijo: «¡Ai! yo bien lo temía,
Que este á su gran tontería,
Añade el ser porfiado.»

EPIGRAMA LIX.

Al andaluz mas valiente
De todos los andaluces,
Cuya charpa omnipotente
Pobló estos barrios de cruces.
Cierta noche á la una dada
En el conejal hallé;
Me miró, yo le miré;
Y. .. fuese sin decir nada.

EPIGRAMA LX.

Fingí quitarla á Leonor
Un anillito de un dedo,
Y gritóme: «Estáte quedo....
¡Qué hombre tan enredador!"
Saqué yo otro singular,
Y á su dedo se le aplicó;
Y entonces dijo: «así, ¡ai chico!
Yo te dejaré enredar."

EPIGRAMA LXI.

Dorotea se sentó
Cerca de Tais, cortesana;
Y viéndola tan liviana,
De ella con gran prisa huyó.
Díjola Tais, «Dorotea,
No huyas con presteza tal,
Que no se pega mi mal,
Sino es á quien lo desea."

EPIGRAMA LXII.

El chiste mas escelente
Que en mi vida pensé oir
Me contó Inés, y escribir
Se lo mandé á mi escribiente.
Fue el caso... Mas él notó
Que iba el principio mal puesto,
Pensé enmendarlo, y con esto
El chiste se me olvidó.

EPIGRAMA LXIII.

Dije á Ines, harto lo siento
Pero licencia te pido
Para ponerte en olvido:
Y ella dijo: «sí, al momento.»
No pensó lo que decia;
Mas luego que lo advirtió
Dijo halagüeña: "eso no,
Eso no," y se concomía.

EPIGRAMA LXIV.

Notó Inés que trastejaba
Cierto albañil con su hijo
Un pajar, y este á aquel dijo,
Que muy bueno no quedaba.
El padre á risa lo toma,
Y dice: «Yo bien lo haré;
Pero, hijo mio, ¿de qué
Quieres que mañana coma?"

EPIGRAMA LXV.

En su huerto ayer Colasa
Cogió una naranja china;
Mas al picarla una espina
Gritó: "¡Fuego! y cómo abrasa!"
Díjela en risa: «Mi bien,
Me alegro de la picada;"
Y ella con la burla airada,
A mí me picó tambien.

EPIGRAMA LXVI.

Cierto alguacil que rondaba,
Solos á Tais y á otro halló;
Y ni á Tais presa llevó,
Ni al que con Tais solo estaba.
Dudan hoy gentes curiosas
Si en él esta accion propicia
Fue liviandad, ó codicia,
Y yo juro que ambas cosas.

EPIGRAMA LXVII.

Díjela á Ines: «Tus mejillas
Dulces, tus dulces ojuelos,
Y labios de caramelos,
Me sacan de mis casillas.»
Ella echándose á reir
Dió cierto en un disparate.
Que fue... Pero tate, tate,
No todo se ha de decir.

EPIGRAMA LXVIII.

Supo Ines que un oficial,
De gálico muy lisiado,
En su casa habia mandado
Que en nada le echasen sal.
Y dijo en risa: «No entiendo
Como la sal causa enfado
A este, que por mas de un lado,
A prisa se va pudriendo.»

EPIGRAMA LXIX.

Mirándole frente á frente
Díjole Blas á Teodora:
«Niña, tu rostro luciente,
Tus ojos, labios y frente,
Y tu garbo me enamora;"
Mas lo que del caso sé,
Fue que por no malograr
Tanto amor, ternura y fe,
Ella... donde iba se fué,
Y él no la ha vuelto á buscar.

EPIGRAMA LXX.

Al bosque fue Ines por rosas
Una mañana de mayo,
Cogióla un cierto desmayo,
Divertída en ciertas cosas.
¿Qué desmayo este sería?
Juguete acaso de amores;
Y es que cuando fue por flores,
Perdió la que ella tenia.

EPIGRAMA LXXI.

Paula á Andres mil fiestas hizo,
A quien cazar pretendía:
Y de condicion de erizo,
Y frialdad de granizo,
Juguetona le argüía.
«Cállate tú, buena maula,»
Andres la empezó á decir.
Mas enternecióse Paula:
Andres lo llegó á sentir,
Y por fin cayó en su jaula.

EPIGRAMA LXXII.

Díjome Ines: «Esta tarde
Se va á Toro mi marido,
Yo la dije comedido;
«¡Dios de ladrones le guarde!»
Ella se empezó á reir,
Como que no la entendia.
Ahora bien. ¿qué me queria
La taimada Ines decir?

EPIGRAMA LXXIII.

Ayer Tais me guiñó el ojo,
Hablando yo con Leonor;
Y yo entre mí dije: «Amor,
¿Me traerás algun despojo?»
Mas saliendo Leonor fuera:
«¿Qué me quieres, Tais amada?»
La digo; y Tais dice: «Nada,
Solo que Leonor se fuera.»

EPIGRAMA LXXIV.

Entrando en los Cayetanos
Una dama á un charro vió,
Y le dijo: «¿Se acabó
La misa de los villanos?
Viendo él trazas tan livianas,»
Respondió: " se acabó ya;
Pero entrad, que ahora saldrá
Otra de las cortesanas.»

EPIGRAMA LXXV.

Con Ines salí á pasear,
Y ella poquito á poco iba,
Cuando con voz compasiva
Así me empezó á rogar.
«Blas, si no te da molestia,
Pues esta liga me aflige,
Aflójamela ;» y la dije,
« Me cautiva esa modestia.»

EPIGRAMA LXXVI.

Cuando yo canto mis sales,
Muchacho ágil me resuelvo,
Y en una palabra envuelvo
La envidia de mil mortales.
Si hacen de mi humor desden
No tienen mas que gustallo,
Mientras por tonto echo el fallo
A quien no le sepa bien.

La Lira

de Medellin.

ODA. I.

Tomé osado en la mano
La gran trompa de Homero,
Y aplicada á mis labios,
Siempre me sonó á cuerno:
Cantar quise á Paredes
Y su asombroso esfuerzo,
Y de un caracol bajo
No distinguí mi acento.
Arméme de paciencia,

Y en mas bellacos versos
Canté, y al punto á oirme
Mil gentes se pusieron.
Yo quiero darles gusto;
Tú, valiente Estremeño;
Para tus triunfos busca,
Busca cantor mas cuerdo.
Que yo á fin tan glorioso,
Ya preparé mi aliento,
Y una y otra vez, y otra,
Siempre me sonó á cuerno.

ODA. II.

En estas mis letrillas
Que de madera al aire
Dispuse en nueva lira,
Cual en Medellin tañen,
No aquel profundo abismo
De que las causas nacen,
Lo sutil de las ciencias,
Lo ameno de las artes,
No una moral sublime
De apólogos notables;

No fábulas que roben
El tiempo á las verdades:
No arrojados asaltos
De bravos capitanes,
Ni trágicos sucesos
De muertes miserables:
No mímicas escenas,
Ni ternuras de amantes,
Ni sandez de pastores,
Miedo hayáis que yo cante,
Sino aquel ronco estruendo
Que el hueco cuerno esparce,
Llamando á los sufridos,
A ver pintar su imágen.

ODA III.

Dame, dame muchacho
Dame la lira ¡ea!
Y guarda no la cambies
Con la de heróicas cuerdas.
Tráeme sí, la que tiene
De Medellin la empresa,
Con dos torcidas trompas

En media luna puestas.
Que con esto, y la innata
Furia que me desvela,
Diré de los sufridos
Graciosas cantinelas.
Y si rehuye oirme
La humanidad modesta
Lo bajo del asunto,
Que el número me encomienda;
Oiganme los sufridos
Que sobran por la tierra;
Si entretener ociosos
Virtud es manifiesta.

ODA IV.

De Arquimédes alumno
Fabrícame una copa
De plata: pero en ella
Lides de amor no pongas.
Guarda que de Lucrecia
Aquí grabes la historia
Ni de ningun marido,
Muerto por tener honra.

Por su ornato la Lira
De Medellin me forja
Cornetas, caracoles,
Y silbatos de concha.
Si gustas á Vulcano
Pon con su pata coja,
A quien Vénus y Marte
De hueso la sien ornan.
Tintero de muchachos
Lucerna de luz tosca,
Mil higas y mil testas
De ciervos bien ramosas.
Esto no mas te pido
Que en el tazon me pongas;
Que en don tengo que darle
A un maridin de moda,
Y si á perderlo llega,
Razon es lo conozca
Por las señas, que es suyo,
Mas que su muger propia.

ODA V.

Vender ví en una feria,
De ciervo un cuernecito,
Con su engaste de plata,
Asaz mono y pulido.
Pedí al platero el precio;
Y él liberal y fino,
Por lo que quise darle,
Darle sin tardar quiso.
Cogíle y á mi casa
Llevé el dije conmigo,
Y á mi muger la ruego
Le acepte por ser lindo.
Ella exclamó riendo:
«¡Válgame Dios, marido!
¿Quien compra lo que tiene
De sobra en su recinto?
Si de vender hubieras
De aquestos dijecillos,
No bastára una lonja,
Ni un pueblo á consumirlos.»

ODA VI.

Notando sus aumentos
Cierto sufrido jóven,
Muy hueco en este apodo,
Hizo estas reflexiones.
«Pensé cuando era niño,
Que ser cornudo un hombre
Fuera con mil pesares
Vivir, y sinsabores.
Mas despues mozalvete,
Dorila encabrestóme,
Muchacha de tal gracia,
Que sin querer los pone.
Y hallé desengañado
Que aunque cuernos me sobren,
Tambiem me sobra el vino,
Las truchas y pichones.»

ODA VII.

Por no estorbar un dia
En una oculta pieza,

A sí mismo un sufrido
Se habló de esta manera:
"Pues Jove me lo manda,
Venga, venga paciencia;
Que es toro autorizado,
Y obedecerle es fuerza.
Verdad es que al principio
No le rendí obediencia,
Por ignorar los daños
De la hambre dura y negra.
Y en ella me sostuve
Siete lunas y media,
Hasta que amor ser manso
Me señaló por renta.
Manso, tengo vestidos,
Manso, comida y cena;
Y manso, no hay delicia
Que yo en el mundo pierda.»

ODA VIII.

Refiriéndole un sueño
A su esposa taimada

Su paciente consorte,
La dijo estas palabras:
Durmiendo yo á la sombra
De cierta cornicabra,
Este bellaco sueño
Se me vino á mi cama.
Soñé que un don Pelote
Me puso una guirnalda
De pitones de ciervos
De cornatos de vaca.
Y que con ella puesta
Me metí en una danza,
Donde con ciertas niñas
Muchos mozos bailaban.
Y que unos bien bebidos:
Con lengua desbocada,
De mi testa decian
Injurias y alharacas.
Quise vengarme de ellos,
Mas todos se me escapan,
Cuando de nuevo el sueño
A su quietud me llama.»
Dijera asi; y su esposa,
Respondió: «caso no hagas,

Marido, de esos sueños;
Que todo es patarata.»

ODA IX.

La popular industria
Dió al hombre oficios propios
Con que ayudarse puedan
Los únos á los otros.
La invencion de las artes
Les inspiró á los doctos;
Los bélicos ardides,
Dió al capitan heróico.
Enseñó al navegante
Poder surcar el Ponto,
Y al uso del viajero
Domar los duros potros.
Al labrador humilde
Le dió el arádo corvo,
Y entregó al artesano
A oficios laboriosos.
Y á vueltas de mil otras
Que hilan delgados copos;
A Tais de su hermosura

La toleró hacer logro.
Mas nada de todo esto
Le concedió á su esposo,
¿Pues qué le dió? Paciencia,
Peciencia, y esto solo
Le adquirió mas haberes,
Le amontonó mas oro,
Que el trabajo, las artes,
E ingenio de los otros.

ODA X.

Píntame, honor de Iberia,
Cópiame, ¡oh gran Velazquez!
A un maridin de moda,
Cual yo te lo dictare.
Delíneale ante todo
Los ojos penetrantes,
Negros, fogosos, vivos,
Que al mas audaz espanten.
La faz rizada y fiera
Que anhele por vengarse,
Y el espumoso hocico
Mas negro que azabache.

Los cuernos siempre agudos
Crugir hagan los aires;
Y el ancho cerviguillo
Que rizos mil reälcen.
El cuello alto y erguido,
El lomo hermoso y grande,
La piel en colorido
Al signo de abril gane.
La mano de uña hendida
Con que la arena escarve,
Y una estendida cola
Que casi al suelo arrastre.
Airosas banderillas
Le pondrás por remate,
Ya caigan al brazuelo
Ya sobre el cerro se alcen.
Igual al mismo fuego
Su rubicunda sangre
Aquel tiznado pelo
De trecho en trecho manche.
En cerco de mil gentes
Que tiemblen su semblante,
Ya de lejos le silben,
Ya de cerca le llamen.

Y él que en veloz carrera
Atras deja los aires
Como menuda arena,
Tropas de gente esparce.
¿Qué mas?.... Pero sin duda,
En vez de muda imágen
Me das vivo al que pido.
¡Ea, novillo, entradme!

ODA XI.

Cual la borla en bonete
Señal es de graduado,
O cual suele ser signo
De la taberna el ramo:
Yo así luego que veo
Algun marido manso,
Le reconozco, y silbo,
Y á mi capa le llamo.
Porque Jove en sus frentes
Les pone por penachos
Las airosas señales,
Que él por Europa trajo.

ODA XII.

Dicen que han de arrojarme
Al sur, ó helado Norte,
Si prosigo cantando
De los chibos barbones.
Y ¡qué! en cualquier provincia
Que por dicha me arrojen,
¿No se han de dar chibatos,
Con que el número desfogue?
El fértil suelo bético
Cria caballos nobles,
Y el campo salmantino
Los toros mas feroces.
Castilla es quien produce
Los fuertes campeönes,
Y en dar monarcas grandes,
Su gloria Aragon pone.
Empero los sufridos
Que yo aturrullo á golpes,
Cualquier region del mundo
Los cria á cual mejores.

ODA XIII.

Paseábase un sufrido,
Lleno de franjas de oro,
Y ufano en sus arbitrios,
Hizo este soliloquio:
"Como lo hace el letrado,
Yo de lo que sé cómo,
Y él se rompe la testa,
Mientras yo me la adorno.
Andese enhorabuena,
El marido celoso,
De bestias coronadas
Comparándome apodos.
Que yo mientras paseo
Su calle majo y gordo,
A su hambre y su miseria
Mayores higas pongo.
Y creo que mi patria
Me aplaudirá con gozo,
Porque ella es cual ninguna
Aficionada á toros."

ODA XIV.

Viendo una gitanilla
A un novio horro de pelo
Las rayas de la mano,
Le aventuró todo esto:
«Cuanto mas, calvo amigo,
Se te aumente el cabello,
Tendrán tanto mas auge
Tu hacienda y tu dinero,
Pues cuídalo en buen hora,
Y da á tu frente aumento;
Que no mas que las armas,
Y renta, te va en ello.
Que si el hado no miente,
Tú serás caballero...
De aquellos que señalan
Los chicos con los dedos.»

ODA XV.

La que á mí me criaba,
Muger en grado sumo

Fanática observante
De encantos y conjuros;
Teniéndome en su brazos,
A adivinar se puso
Mis hados, y agorera
Dijo á un compadre suyo;
"No morirá este niño
A manos de verdugo,
Tósigo, acero, ó bala,
Ni á tabardillo agudo.
Yo pienso que despojo
Será al fin de algun bruto;
Pero no como Adónis,
De puerco colmilludo.
Pues quien ha de matarle
Será animal cornudo;
Pues todo se me altera
Con cuernos viendo alguno.
¡Hu! hu! hu! hu! les grita
Con inquieto murmullo,
Y á su mandil los llama
Con ademan muy cuco.

ODA XVI.

Paseaba por un monte
Cierto marido humilde,
Y oyó como allí un cuco
Sus cánticos repite.
Y al ver como le apunta
De su testuz el timbre..
Piensa que con él habla,
Y así responde y dice:
«Parlero cuco amigo,
Vuela á mi esposa, y díle
Que á deletrear mis armas
Gracioso te pusiste.
Dile que aquí las flores
Aves, fuentes y vides
De su estafar murmuran,
De mi paciencia rien.
Cuéntale que en su ausencia
No echo ménos sus dijes...
Mas no, díle tan solo
Los cuernos que me viste.

ODA XVII.

¿Por qué, di, te molestas,
Retórico enfadoso,
En persuadirme mude
De objeto, lira y tono?
Dícesme que es bajeza
Que á mi número heróico
De asunto que sin miedo
Jamas pronuncia el tonto.
Y añádesme muy serio:
«No vale un cuerno solo
Tu número malogradro.»
Al fin, yo te lo otorgo.
Que yo el valor de un cuerno,
Ganar no me propongo,
Sino que con mi Musa
Se quiten unos pocos.

ODA XVIII.

Un manso de los que hacen
Gala del sambenito,

Contando las sus cuitas,
A su muger la dijo:
«Dícenme las mozuelas
¡Qué lindo estas! ¡qué lindo,
Cornelio! y para verlo
Toma el espejo limpio,
Verás entre tus sienes
Cuál adornan tus rizos
Las ramas de los ciervos,
Del caracol los signos.»
Yo respondo: muchachas,
Cierto será; prescindo
De si otros me los plantan;
De si ellos me han nacido.
Lo bien que como y bebo
Solo podré deciros:
Y que esa sobra, ó falta,
Jamas yo la he sentido.»
Oyérale su esposa,
Y respondióle: «¡Ay hijo!
¡Qué envidia que te tienen;
Viendo como te cuido!

ODA XIX.

Yo vi á cierto sufrido,
Y á fe que de los guapos,
Decir tales fanfarrias,
Consigo mismo hablando:
« Manso soy: mas á todos
Los fieros con ser manso,
Excedo en los despojos
Que en mi paciencia gano.
Mi renta es ser paciente;
Los cuernos son mi amparo;
Que yo de utilidades
No conozco otro ramo.
Quien quiera tener guerra,
Con guerra tenga el plato;
Y á mí dadme que coma
Y beba con descanso
Que juege, gaste, y triunfe
A costa de otros francos;
Y si alguien lo fisgare,
Para él será el trabajo.»

ODA XX.

Cierto marido franco
Pasar vió por su calle
Otro celoso y pobre,
Y así empezó á esplicarse:
«¡Qué malo que está el año!
Y este pobrete amante
Sin duda va pidiendo,
Por despedir al hambre.
Y es un gran mentecato
Pues como se humanase
Cual yo, y fuese sufrido,
No hubiera tantos males.
Con no estorbar ¡qué ciencia!
Se hallara en un instante
Con casa llena, y mesa
Variada de manjares.
Pero pues no, que pene;
Que á mí mientras me hacen
Otros de plata el plato,
No hay mal que me amenace.»

ODA XXI.

Si prolongar pudiera
Mi vida con los cuernos,
Sin duda los buscara
Por ambos hemisferios.
Así de la atroz parca
Templara el rigor fiero,
Con una sarta de higas
A su forzoso tiempo;
Pero ya que no es dable
Hacer del hado juego,
¿De qué sirven las puntas
Y ramos de los ciervos?
Pues ¡sus! venga mi lira
Que yo juro de nuevo
Burlar del que los tiene,
De su estómago y pecho.
Y al sol todos los trapos
Sacar... pero callemos,
Que al sol cual caracoles,
Los sacan ellos mesmos.

ODA XXII.

Yo ví cierto sufrido,
Que porque le picaban
Dos amigos burlones,
Así esclamó con gracia:
«Amo á aquel que los tiene;
Amo á aquel que los planta,
Porque estos me socorren,
Y aquellos me acompañan.
Si apuntan, ó no apuntan,
Solo es aprension vana;
Lo cierto es que los cuernos
Moneda son contada.

ODA XXIII.

¿Quién es aquel que viene
Con tanta gritería,
Por cima de la frente
Dos astas muy crecidas;

Al cuello una maroma,
De quien mil chicos tiran;
Al cerviguillo puestas
Un par de banderillas;
En cerco de él las gentes
Con regocijo silban;
De él huyen unos, y otros
Tras él corren aprisa?
¿Qué ha de ser? un novillo
Que corren en la villa.
Pues no, que es el marido
De la honesta Dorila.

ODA XXIV.

Salió Fabio á los toros
En un bayo de frisa,
Con su sombrero blanco
Y verde jaquetilla.
Volvió á casa bufando,
Lleno el frisón de heridas,
Rota la blanca cofia;
La ala al sombrero hendida.

Háblanle, y no responde,
Grítanle, y no replica;
Pregúntanle qué tiene;
No hayas miedo lo diga.
¿Pues qué le habrá pasado?
Su frente claro indica,
Que en cuanto fue á los toros,
Le hizo toro Dorila.

ODA XXV.

Casadillo el mas casto
Que en celibato eterno,
De tu muger disgusto,
Marido eres mostrenco,
¡Oh, cuántos dió tu esposa
A luz pimpollos tiernos,
Del jardin de Cupido,
De la granja de Vénus;
Que ni viste, ni oiste,
Ni palpaste un momento;
Y por tuyos los traga
Tu gaznate no estrecho!

Siquiera la ballena
Tenga ancho el tragadero,
No es posible que iguale
Al tuyo ¡oh gran Cornelio!

ODA XXVI.

Tú las guerras de Malta
Cantas, y aquel las Turcas;
Pero yo cabiloso
Las canto mas agudas.
Porque no el blason de armas
Las testas que hay cornudas
Por inofensas pierden,
Por indefensas frustran.
Y yo celebro frentes,
Que ofenden con sus puntas
Al que no dá, y defienden
A todo el que las unta.

ODA XXVII.

Noche en invierno oscura
Sentadito á la lumbre,
Y aguardando á su esposa,
Asi un simplon discurre:
« Pacientes nos portemos;
Pues entre las virtudes,
Sempre fue la paciencia
De grande estima y lustre.
Pacientes aguardemos;
Pues tonto es quien no guste
Que en casa le den ciento,
Por uno que le apunte.
Pacientes ..» Pero en esto
Por la escalera sube
Su esposa, y un padrino
Que su tardar disculpe.
Los tres luego en paz quieta
Cenaron unas ubres,
Brindáronse; y dijeron:
«¡Afuera, pesadumbres!»

ODA XXVIII.

Estando con un canto
Machando yo almendrucos,
A mí se llegó un viejo,
Que fue sin duda brujo.
Y díjome: « Muchacho,
Parece que están duros!
Pues así en adelante
Lo han de ser tus asuntos,
Que luego que su ingenio
Llegue á tener tres lustros,
Por aficion innata
Por natural influjo;
Mil huesos aun mas fuertes
Con incesante estudio
Has de morder entonces,
Que éste es el hado tuyo.»
Así dijera el viejo;
Y que lo dijo juzgo,
Quizá porque sus armas
Machaco á los cornudos.

:

ODA XXIX.

Cantando yo una letra
Un manso me escuchaba
Y airado á mí viniendo,
Me tiró estas palabras:
«Dinos ¿adónde apuntan
Los cuernos que les plantan,
A esos que tú sufridos
En tus cantares llamas?
Dinos, si tan pequeñas
De un manso son las astas,
Que á percibirlo apenas
El ojo humano basta;
Dínos si tienes lente,
O microscopio, ó maña
Que alcance á descubrirte
Lo que ninguno alcanza.
Si nó ¿por qué en cantarlos
En valde el tiempo gastas?
Que al fin, si ellos nacieran,
Feyjoo nos lo explicara.

Enfrena, pues, trastillo,
Tu lengua desbocada:
Que á ser por mí, tu lira
Ya estuviera quemada.»

ODA XXX.

«¿Qué será, Don Hernando,»
(Me dicen muchas niñas),
«Que siempre cuernos cantas,
Y nunca sus heridas?»
Pero yo las respondo:
«Bachilleras de Esquivias,
Hay los unos que hieren,
Y otros que no lastiman.
Los unos en los brutos
Son armas defensivas;
Los otros en no brutos
Del hambre medicina.
Los bravos con los bravos
Allá tengan sus iras:
Mientras que yo á los mansos
Me huelgo en poner higas.

Mas si estos como aquellos
Por alto ya me tiran,
Aprenderé paciencia
De su paciencia misma."

ODA XXXI.

No quiero que la Fama
Fatigue al hueco bronce
Mi débil son llevando
A incógnitas regiones.
Déjenme con mi lira,
Y nadie me lo estorbe,
De Medellin los ecos,
El armazon y el nombre;
Pues que sola ha cantado
De los chivos barbones,
Las gracias y desgracias
De la irrision del orbe.

ODA XXXII.

Con nueva voz, por nuevo
Estilo, en nueva lira,
Que alzada de la luna
Hasta los cuernos viva:
Vuestro ocio y conveniencia,
Vuestro timbre y divisa,
Vuestro carácter propio
Con todas vuestras dichas,
Pacientes, ya he cantado.
Pues ¡ea! á toda prisa
Pedid prospere Apolo
De Medellin la lira.

Letrillas

SATIRICAS.

LETRILLA I.

Oiganme, que empiezo,
¡Hola! ¿con quién hablo?
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.

Con diente y tenaza
Voy á caza al pindo,
Y mi aspecto lindo
Sirve de añagaza,

Al tonto que caza
Pasa mi venablo;
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.

Del Sopfhí mas grave
Yo á placer me vengo;
Que en mi pico tengo
De la sal la llave.
Él mil gracias sabe
Formar de un vocablo;
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.

Grandes señorones
Por docto me tienen:
Todos se entretienen
Con mis invenciones,
Y aun mil bendiciones
Dan á mi retablo:
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.

Yo solo recibo

De un modo inconexo,
Del mas bello sexo
Lo mas expresivo:
Con el dulci esquivo
Sistema que entablo,
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.

A nadie en el orbe,
De hoy mas necesito;
Porque mi esquisito
Saber se lo sorbe:
Y no hay quien me estorve
Nada de lo que hablo,
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.

LETRILLA II.

Si el ser deslenguado
Tú, miron, me apodas,
Que lo bas acertado;
Ahí me las den todas!

Si al son de un cencerro
Canto una letrilla,
Sin darme golilla
Nadie en el entierro;
Y al fin husmeon perro
Soy de todas bodas:
Ahí me las den todas.

Si hoy en los estrados
Se acredita cuerdo:
Quien da mas de un muerdo
A nuestros pasados,
Y hace sean loados
Los usos de Rodas;
Ahí me las den todas.

Si en vivir ocioso
Niña distraida,
Por galas perdidas,
Le puso á su esposo
Signo indecoroso
De las prendas godas.
Ahí me las den todas.

Que incauto Narciso
Se aniquile un hombre
De gran casa y nombre,
Por falta de aviso;
Porque así lo quiso
La ley de las modas;
Ahí me las den todas.

Si hay quien mi letrica
A mal me la tome,
Señal que ajos come,
Pues él se la aplica;
Y al fin si le pica
Con chuzos y escodas;
Ahí me las den todas.

LETRILLA III.

Mi número parlero,
Al son del pandero,
Produjo este tono
De estilo asaz mono
Que siempre repito;
¡Mira qué bonito!

Amiga Quiteria,
Sabrás que esta feria,
Mi cortejo amado
De cristal dorado
Me regaló un pito;
¡*Mira qué bonito*!

Ayer don Mateo
Yendo de paseo
Me quitó el bonete;
Y me dió un billete
Con su sobrescrito;
¡*Mira qué bonito!*

Estando en visita
Con doña Pepita,
Este alfiletero
Me dió el compañero
Del Monge Benito;
¡*Mira qué bonito!*

Ya sabes que viejos
Tuve seis cortejos;
Mas, de ellos cansada,

Solo estoy prendada
De don Agapito;
¡Mira qué bonito!

Sabrás que don Diego
Viéndome en el juego,
Como es tan garboso,
Me dió este donoso
Faldero perrito;
¡Mira qué bonito!

Una tarde fresca
Estando de gresca
Con don Fructuoso,
A mi caro esposo
Le hicimos cabrito;
¡Mira qué bonito!

LETRILLA IV.

Siglo friolera
Ví en atisvo ocioso,
Érase qué se era,
Y es cuento gracioso.

Érase un vejete
Mas blanco que cisne,
Que á fuerza de tisne
A cuervo se metè:
Jordan se promete
Su tintero ocioso;
Érase qué se era
Y es cuento gracioso.

Por matar ligero
El médico Naba
Yendo caballero
Su mula mataba;
Y á cuantos pulsaba
Mató valeroso;
Érase qué se era,
Y es cuento gracioso.

Érase un letrado,
Que el buen parecer
Que halló en su muger
Le dió un puesto alzado,
De frente elevado,
De barba velloso;

Érase qué se era,
Y es cuento gracioso.

Robusta mozuela
Que á un viejo podrido,
Mandó con su abuela
Un recien nacido,
Que el viejo ha admitido,
Y es su padre el coso;
Érase que se era,
Y es cuento gracioso.

LETRILLA V.

A aquel que atencion
Me dé á lo que diga,
¡Ai San Anton,
San Anton le bendiga.

Santucho piadoso,
Que osa regalarse
Por mortificarse
Con vino precioso,

De cuerpo monstruoso,
E hinchada barriga;
¡*Ai San Anton,*
San Anton le bendiga!

Moza que se queja
Del mal que no tiene,
Y allá se entretiene
Sin aspar madeja,
Con el que ella deja
Que le ate la liga;
¡*Ai San Anton,*
San Anton la bendiga!

Si muestra la frente
Armada un marido,
Que en valor ha sido
Cual toro valiente;
Y de asta luciente
Se adorna y loriga;
¡*Ai San Anton,*
San Anton le bendiga!

Cuando mas se inflama

El jóven cadete,
Peinado el copete
A par de madama,
Y su asedio trama
A toda fatiga;
¡*Ai San Anton*,
San Anton le bendiga!

Musa la mi musa
De número parlero,
Que á hablar lo que quiero
Jamas se me escusa;
Y á nadie rehusa
Dar mas de una higa;
¡*Ai San Anton*,
San Anton la bendiga!

LETRILLA VI.

Este siglo es pasmo
De virtud estraña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.

Apártense á un lado;
Que quiero al instante
Hacerme adulante
Del siglo ilustrado;
Pues no es bien mirado
Ceño que se ensaña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.

Hoy es ser famoso
É invicto soldado
Andar muy soplado
Filis y oloroso,
Ageno, y ocioso
De lid de campaña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.

Dicen mil bribones
Que hoy dia maestro
De aulas es ser diestro
En pujar cuestiones,
Con pasta y pulmones,
Voceando con saña;

Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.

Haciendo la rosca
Diz que han visto juez
Ser blando al soez,
Si suena la mosca,
Mostrando faz osca
Al que oro no taña:
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.

Gritan que afear
En comun el vicio,
Es taimado oficio
Del vil murmurar;
Y no sofocar,
Nociva cizaña:
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.

LETRILLA VII.

Yo que nada bueno
En el mundo toco,
Hácia mi taberna
Me voy poco á poco.

Vaya el otro chibo
Tras la cauta dama;
Confiese que la ama
Cual nadie espresivo,
Ya muerto, ya vivo,
Ya cuerdo, ya loco.
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.

Váyase á embarcar
Corsario avariento;
Y sufra el violento
Combate del mar,
Muerto por sacar
Plata al orinoco;

Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.

Váyase el señor,
Casero y lampiño,
A pasear su niño
Por el corredor;
Y con babador
A limpiarle el moco;
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.

Váyase á la armada
El feroz guerrero,
Maneje el mortero
Cual yo la empegada;
Diga que á su espada,
Todo el orbe es poco;
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.

Vaya otro imprudente
A sondear la vieja,
Que virgen no deja,

Que astuta no tiente;
De niñas serpiente,
De niños el coco;
Que yo á mi taberna
Me voy poco á poco.

LETRILLA VIII.

Aunque del mundo
Cerquen la bola,
Cual mi fortuna
No verán otra.

Segun barrunto,
Nací en una hora
Que estaba el hado
De hocico y mosca.
Mil alti-bajos
Quizá su potra
Le cantó entonces,
Y hoy se le logran;
Cual mi fortuna
No verán otra.

Dióme una patria,
Pais de monas,
De tarariras
Maestra propia:
Donde aunque viven
De gerigonzas,
Son sus colonos
Estafas sordas;
Cual mi fortuna
No verán otra.

Tuve un mäestro
De letras gordas,
Que de ignorancias
Llenó mi chola.
Milagro ha sido,
(Sea á Dios la gloria)
Que de sus uñas
Saqué memoria:
Cual mi fortuna
No verán otra.

Dióme un colmillo
Que aunque no coma,

Si es que no muerde,
No hace otra cosa.
Mis mesmas faltas
No las perdona,
Las de los otros....
Rómpase Troya;
Cual mi fortuna
No verán otra.

Dióme una suerte
Frágil y astrosa,
Con mas reveses
Que andadas ropas;
Por mas que asiento
Fije en mis cosas,
Patas arriba
Me las trastorna:
Cual mi fortuna
No verán otra.

Mas faltas tengo
Que cien pelotas;
Bienes no encuentro,
Males me sobran;

Los tontos me aman,
Los sábios me odian;
Y aun para malo
No valgo cosa:
Cual mi fortuna
No verán otra.

LETRILLA IX.

¡Qué enfermo y malo
Que se halla el mundo!
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.

¡Qué de patrañas
Ví, qué de embudos,
Cuando tuviera
Mi razon uso!
Gran tren de polvos,
Afeites y untos,
Fue el primer mueble
Que él me propuso:
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.

Vime en estrados
De pocos lustros
Con un Don Mono,
Trasgo importuno:
Máquina que habla
Yo en mi le juzgo;
Palabras muchas,
Seso ninguno:
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.

Cada Madama
Vi con su Cuyo
Por cierto imperio
Vago é intruso.
Ante estos locos,
Con gresca y gusto;
Ante sus dueños
Con rostros mustios:
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.

No queda trapo
Por negro y sucio

Que allí no saquen
Al sol de julio.
Se habla de faltas:
Hay gran murmullo;
Vénse otros cuernos,
No ven los suyos:
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.

Y estas hurracas
De estos majuncios,
Son de la vida
Polos nocturnos.
Por ellas mandan
Mil zamacucos,
Por ellas solas
Padecen muchos:
Quien no lo crea,
Tómele el pulso.

LETRILLA X.

Musa, pues eres
De edad tan tierna,

Tú que no puedes,
Llévame á cuestas.

Si un sabio estudia
Jurisprudencia,
Gasta siete años
Para aprenderla;
Y en siete dias
La Violeta
Le embute á un tonto
Todas las ciencias:
Tú que no puedes,
Llévame á cuestas.

Ve el mayorazgo
Raras lampreas,
Y por ser caras
Se va sin ellas;
Llégase un pobre
Lleno de deudas;
Y aunque sea á duro,
Compra la pesca:
Tú que no puedes,
Llévame á cuestas.

Lleva la usia
Noble y con rentas,
Una basquiña
De como quiera;
Y una infelice
Söez ramera
Con desden viste
Joyante seda:
Tú que no puedes,
Liévame á cuestas.

Goza el caballo
Cuadra muy buena,
Regalo eterno
Siempre de huelga;
Y el pobre burro
Anda diez leguas,
Lleno de hambre,
Palos y leña;
Tú que no puedes,
Liévame á cuestas.

Vemos á un grande,
Que le molesta

Que le estén dando
Siempre excelencia;
Y si á la esposa
De un vende-esteras
Su mercé omito
No da respuesta:
Tú que no puedes
Llévame á cuestas.

Los capitanes
Con diez pesetas,
Dicen que casi
No hay para vueltas;
Y en siete cuartos
Quieren que tenga
Plato el soldado,
Juego y mozuela:
Tú que no puedes
Llévame á cuestas

LETRILLA XI.

Ve aquí la vida
Que los mas pasan,

Hacer que hacemos
No hacemos nada.

Graves tribunos
Que de la patria
Sois mas padrastos
Que un juez de Holandas;
¿Qué haceis poniendo
Por nuestras plazas
Postura al nabo,
Ley á las habas?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.

Escribas fieros,
Que en vuestras causas
Armais mas lazos
Que á un raton trampas,
¿Qué haceis llenando
Mas hojas blancas,
Que tiene tiznes
La mala fama?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.

Sabios de escuelas
Que en vuestras aulas
Entrais mas anchos,
Que diez tinajas;
¿Qué haceis pujando
Cuestiones vanas,
Mas gritos dando,
Que remo en playa?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.

Mis eruditos
De aire de Francia,
Postes eternos
Junto á madama:
¿Qué haceis mintiendo
Máquinas que hablan,
De cuando en cuando:
¡Laran, larara!
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.

Maridos francos
De esposas francas,

Que por milagro
Veis vuestras casas;
¿Qué haceis temiendo
Que encima os caigan,
Pues salís de ellas
Cual toro á plaza?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.

Vos, letrilleros,
Pöetas ranas,
Escarabajos
De agenas faltas;
¿Qué haceis sacando
Coplas sin gracia,
Vano el celebro;
Floja la panza?
Hacer que hacemos,
No hacemos nada.

LETRILLA XII.

Aunque es difícil
Hallar fortuna,

Si esta no es dicha
No hay dicha alguna.

Tenebron número
De negra musa.
Rey del Parnaso
Sé quien le jura,
Y es que no entiende
Su catadura:
Si esta no es dicha,
No hay dicha alguna.

Reciente hidalgo
Brillante y lucia
Su ejecutoria
Tal vez promulga:
Cuando de moros
Sé que es su alcurnia:
Si esta no es dicha,
No hay dicha alguna.

Yo sé marido
Sin renta alguna
Que no trabaja,

Trata ni estudia;
Mas come y viste,
Se huelga y triunfa:
Si esta no es dicha,
No hay dicha alguna.

Monstruo se acuesta
De frente á nuca,
Quien ángel bello
Despues madruga;
Por tener de ello
Receta oculta:
Si esta no es dicha;
No hay dicha alguna.

Yo sé de bestia
(Bien que haya muchas)
A quien asisten
Gentes agudas;
Y que es su ingenio
Claro, le juran;
Si esta no es dicha,
No hay dicha alguna.

A osposo inepto
Falto de injurias,
Sus coadjutores
Tal vez le ayudan,
Y á costa de otros
Mece sus cunas:
Si esta no es dicha,
No hay dicha alguna.

LETRILLA XIII.

¿Tá que no sabes
Me das lecciones?
Déjalo, Fabio,
Ne te incomodes.

Porque de niño
Gozo aun los dotes,
Dices que cante
Dulces amores,
Mas ¡ai! qué poco
Mi humor conoces,
Acedo y lleno

De indigestiones!
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.

Dices que trate
Gentes de corte,
Que me enriquezcan
De ideas nobles:
Cuando aturdidos
De uno á otro coche,
Corre, ve, y diles
Son sus pensiones:
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.

Dices no admito
Los ricos dones
Que hacerme quieren
Grandes señores;
Yo sé que al aire
Nadie da golpes,
Y lo que tengo
Creo me sobre:
Déjalo, Fabio,

No te incomodes.

Diz que el estudio,
Con sus tesones,
Mi tez de rosa
Fuerza es que robe.
Si tan bonito
Soy, que me arropen,
Sin que al sol vea,
Dentro de un cofre;
Déjalo, Fabio,
No te incomodes.

Dices, y dicen:
(Dios os perdone!)
Que tengo en suma
Duro el cogote:
Si fuese estátua
Yo en él con goznes
Fuera defecto;
Pero acabóse:
Déjalo, Fabio:
No te incomodes.

LETRILLA XIV.

Faltando yo es cierto
Que habrá nombradía:
¡Qué gran boberia,
despues de yo muerto!

Diz que mi gran musa
Heróica me llama
Con póstuma fama,
Sin tener escusa,
Vanidad intrusa
Del vulgo inesperto;
¡*Qué gran bobería*
Despues de yo muerto!

A hacer de las mias
Dicen que me aplique,
Que casa edifique,
Torre y galerías
Sin ver que mis dias
No han instante cierto,

¡Qué gran bobería,
Despues de yo muerto!

Diz que si yo falto
(Mi Dios me perdone!)
Harán se empadrone
Mi nombre tan alto,
Que llegue de un salto
Al polo mas yerto:
¡Qué gran bobería
Despues de yo muerto!

Diz que otra Artemisa
Hará un mauseolo,
Al funeral solo
De mi hora precisa;
Y morir de risa
Yo tengo por cierto:
¡Qué gran bobería
Despues de yo muerto!

Diz que mi retrato
(¡Qué cosa tan mona!)
Grabará Carmona

Con su buril grato,
De frente á zapato
De laurel cubierto:
¡Qué gran boberia
Despues de yo muerto!

LETRILLA XV.

¡Qué hechicero tono!
¡Cómo al gusto brinda!
¡Qué dije tan mono!
¡Qué cosa tan linda!

Que un rapaz flamante,
Que al mirar lo alegra,
De momo se plante
La máscara negra,
Mordiendo cual suegra
Cuanto se le alinda:
¡Qué dije tan mono!
¡Qué cosa tan linda!

Que una damisela

Pintadita al olio,
Con saber nos muela,
Cuestion, testo y folio;
Y en cualquier escollo
Singular prescinda:
¡*Qué dije tan mono!*
¡*Qué cosa tan linda*!

Ver á don Pancracio,
Guapeton de fama,
De cuidados lacio
A par de madama,
Si dice que la ama,
Mas blando que guinda,
¡*Qué dije tan mono*!
¡*Qué cosa tan linda*!

Ver un rapaz tierno
Hecho una gragéa,
Con dije de cuerno
En danza pigméa,
Fingir la jaléa
Que en su edad no brinda:
¡*Qué dije tan mono*!

¡*Qué cosa tan linda*!

Si yo impertinente
Hablo una simpleza,
Notar que una gente
De seso y grandeza
Vuelva la cabeza,
Y atencion me rinda:
¡*Qué dije tan mono*!
¡*Qué cosa tan linda*!

LETRILLA XVI.

Que no tiene juicio
Quien mi musa estraña,
Yo me lo malicio,
O el juicio me engaña.

¡Afuera, que quiero
Vaciar cual puchero,
Lo que hube tragado,
Que estoy infestado
De tanta cizaña!
O el juicio me engaña.

Hoy dia es ser rico
Acortarse el pico
Prestar con ribete,
Y estafar por siete
Con sutil maraña;
O el juicio me engaña.

Hoy dia es ser maja
No darse una paja
Por la honradez goda
Y hacerse por moda
De ninguno estraña;
O el juicio me engaña.

Hoy es ser muy mono
Mostrar grande encono
A nuestros estilos,
Y hacer mallas de hilos
Cual sutil araña;
O el juicio me engaña.

Hoy dia es ser Crego
Darse al ocio luego;
Chupar lo asignado,

Y andar de sobrado
Cual hoja de caña;
O el juicio me engaña.

Hoy dia el juzgado
Hacerse es del lado
Del que mas presenta;
La ley es la renta;
El juzgar cucaña;
O el juicio me engaña.

Hoy es ser poeta
El zurcir con treta
De antiguos escritos;
Porque hay infinitos
Tontos de esta maña;
O el juicio me engaña.

LETRILLA XVII.

Si hablar mal es mengua,
Pues ponen hocico;
Atemos la lengua,
Callemos el pico.

Si en boca cerrada
Diz que no entra mosca,
Y hay gente tan hosca
Que luego se enfada;
Si la mas cendrada
Verdad les predico:
Atemos la lengua,
Callemos el pico.

Si un tal reverencia,
Grado tiene y borla,
Y un victor con orla
Publica su ciencia;
Y yo en mi conciencia
Sé que es un borrico:
Atemos la lengua,
Callemos el pico.

Si el vulgar concepto
Hoy tiene por sabio
Al que mueve el labio
En nuevo dialecto,
Chanfutre en aspecto,
Y en ademan mico:

Atemos la lengua,
Callemos el pico.

Si no es bien que riña
Que un tal Caperucho,
En vicios muy ducho
Por la socaliña,
Con faz no lampiña
Se finge Santico:
Atemos la lengua,
Callemos el pico.

Pues es grande carga
Remendar mal viejo
Y el agrio consejo
A todos amarga,
Si con lengua larga
La murria espotrico:
Atemos la lengua,
Callemos el pico.

LETRILLA XVIII.

Señor de encomienda,
Que no recomiendo,
A otro se las venda,
Nó á mí que las vendo.

Hidalgo de á marca
Por papelería,
Que en genealogía
Mil padres abarca,
A Heródes Tetrarca
Su raiz haciendo;
A otro se las venda,
Nó á mí que las vendo.

Pedantes visitas
De erudito vario,
Que en un Diccionario
Se entró de patitas,
Y alzara mil gritas
Sobre la voz *cuendo*:

A otro se las venda,
Nó á mi que las vendo.

Consejo maduro
De algun calvo verde,
Que si el pelo pierde,
No pierde lo obscuro
Del unto venturo
Que lo irá tiñendo:
A otro se las venda,
Nó á mí que las vendo.

Decir que al Parnaso
Va sutil Poeta,
Y sigue cometa
El vuelo al Pegaso,
Y en el éter raso
Gira con estruendo:
A otro se las venda,
Nó á mí que las vendo.

LETRILLA XIX.

Si yo, cuando á otros muerdo,
Mordido me hallo;
Es que no hay hombre cuerdo,
Si monta á caballo.

Si un baron mirado
Sube al magistrado,
Y hace cual magnate
Mas de un disparate,
No es mucho su fallo:
Que no hay hombre cuerdo,
Si monta á caballo.

Si un viejo en visita
Con doña Pepita,
En dime y diréte
Hielo hecho arremete,
No hay porque estrañallo:
Que no hay hombre cuerdo,
Si monta á caballo.

Si un docto por grado,
En su aula sentado,
Pensando que esplica,
Más y más se implica;
Callár, y aguantallo;
Que no hay hombre cuerdo,
Si monta á caballo.

Un novel cadète;
Pensando es ginete
Mas que Gerifalte,
No es mucho que salte;
Y brinque cual gallo;
Que no hay hombre cuerdo,
Si monta á caballo.

Si á un ruin miserable,
Ines se hace afable,
Cuando allá lo coge,
Que él la bolsa afloje
Por hecho contallo;
Que no hay hombre cuerdo,
Si monta á caballo.

Si un cuerdo Estadista
Cae en ser coplista,
Y enfada en sus versos
A cien universos;
No hay mas que dejallo;
Que no hay hombre cuerdo,
Si monta á caballo.

LETRILLA XX.

Si me sale al paso
Lo que no quisiera;
Tódo es friolera;
Vamos, pues, al caso.

Si el número vinagre
Que airado me sopla,
Se arma en cada copla
De mordiente usagre;
Por mas que la almagre
Y vista de raso:
Tódo es friolera;
Vamos, pues, al caso.

Si Paula y Fructuoso,
Merendando en gresca
Una tarde fresca,
Brindan con reposo
A honor del esposo,
De cuerno en un vaso:
Tódo es friolera;
Vamos, pues, al caso.

Si con falsas llaves,
Saliendo el marido
De su lecho y nido;
Aquel que tú sabes,
Que es de los mas graves,
No es en dar escaso:
Tódo es friolera;
Vamos, pues, al caso.

Si á risa provoca
Fingida beata,
Que á una patarata
Retuerce la boca,
Cuando por su toca
De Amor se vé un paso;

Tódo es friolera;
Vamos, pues, al caso.

LETRILLA XXI.

Diz que un caballero,
Dicho don Dinero,
Pierde y atropella
La niña mas bella,
De mas pundonor;
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!

El diz que minora,
Y aun de virtud dora
El crimen mas grave,
Y al recto juez sabe
Quebrar el rigor:
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!

El diz que al anciano
El jóven Lozano

Lo vuelve y trabuca,
Y á su edad caduca
Da inútil verdor:
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!

Él al mas ocioso,
Mas vil y vicioso,
Colma de favores,
Y aun da de señores
Un perpetuo honor:
Madre, la mi madre;
Qué triste dolor!

Él á un tonto ha dado
El premio colmado,
Que hubo merecido
Un sabio entendido,
Pobre, y sin favor:
Madre, la mi madre,
Qué triste dolor!

Él en la opulenta
Mesa en que se sienta

Tódo hace que sobre,
Arrojando al pobre
Del hambre al rigor:
Madre, *la mi madre*,
Qué triste dolor!

Diz que él pretendido,
O ya conseguido,
Siempre da cuidado;
Y de ayes cercado
Tiene al poseedor:
Madre, *la mi madre*,
Qué triste dolor!

LETRILLA XXII.

Cada dia este mi número
Sale con su estraordinario:
Canario!

Al son de mi castañuela,
Mas que una pascua contento,
Diré verdades sin cuento,

Que mi gaznate no cuela.
De hablar clarito en la escuela
Soy pájaro voluntario:
Canario!

Yo sé que antes solian ser,
Indias bravas las que amaban
Con un vidrio se engañaban,
Prendiólas un alfiler;
Y hoy un hombre ha menester
Para preludio un erario:
Canario!

Mirando á cierta ventana,
Que juzgué recoleccion
Ví una Tais tras el doblon,
Mas que la antigua liviana,
Que el beso de paz ufana
Dá, si hay oro, á su contrario:
Canario!

Bien sé yo quien se embelesa
Y en amor corre, ó recula,
Hablando á un mozo de mula,

La que con torno, ó con rueca;
Sino en San Fernando, en Meca
Debiera ganar salario:
Canario!

Yo, en fin, no sé que remiendo
A este desbarate le eche,
Ni acierto con qué escabeche,
En sazon se irá poniendo
El pago que dá, si entiendo,
A quien se sigue ordinario:
Canario!

LETRILLA XXIII.

Cuanto mas cachaza gasto,
Mi número trae mayor prisa,
¡Ai, qué tentacion de risa!

Cúlpanme varios censores,
Que un muchacho no es bien cante
Con estilo mordicante,
Ni acentos murmuradores,

Que cante églogas de amores,
Hecho pastor de Belisa:
¡*Ai, qué tentacion de risa*!

Que en una conversacion,
Que un anciano no osa hablar
Un mocoso descifrar
Se ofrece á todo un Newton;
Y de si es lo del cabron
Lana ó pelo, nos avisa:
¡*Ai, qué tentacion de risa*!

Que de hidalgo en sí no quepa,
Quien á Hércules da su origen
Y sus fincas no le exigen
Dos cornados de esta cepa;
Y por barruntos se sepa
Que como él; muere en camisa:
¡*Ai, qué tentacion de risa*!

Si la gazmoña en rezar
Se arroba: ¿qué es necesario
Que yo entienda lo contrario?
Que tengo muy mal pensar;

Y para esto reiterar
Arrumacos indecisa
¡*Ai, qué tentacion de risa*!

LETRILLA XXIV.

De que el señor cura tenga
Por ama una moza alegre,
Siendo mejor una vieja,
Para que su ajuar gobierne:
¿*Qué se infiere*?

De que tan caritativo
El otro esposo se muestre,
Que á cuantos van á su casa,
Cortés á todos la ofrece:
¿*Qué se infiere*?

De que los padres maestros
A predicar se presenten,
Citando autores gentiles
Para instruir á las gentes:
¿*Qué se infiere*?

De que en casa del letrado
Se mantenga mas la gente
Con el buen parecer de ella,
Que no con sus pareceres:
¿*Qué se infiere*?

De que una niña se ponga
Opilada algunos meses,
Y nunca de nueve pase,
y siempre á los nueve llegue:
¿*Qué se infiere*?

De que el sastre á su muger
Diga que faltan que haceres,
Y que busque ella por sí
Modo para mantenerle:
¿*Qué se infiere*?

De que haya tantos asuntos
De que habla bajo la gente,
Y siendo justificados:
Ninguno alzar la voz quiere:
¿*Qué se infiere*?

LETRILLA XXV.

Caiga el que caiga; y si el número
Hoy su látigo enarbola;
Ruede la bola.

Una bola es este mundo,
Que harta está de mal rodar,
Y los dos hemos de andar
A túndame que te tundo:
Si digo lo que en profundo
Silencio tiene mi chola;
Ruede la bola

Si un tonto debe gozar
De la tierra la abundancia,
Y en partos de su arrogancia
Sus productos disipar;
Y el pobre en brazos quedar
Del hambre pálida y sola;
Ruede la bola.

Ver que un Don Lindo soldado,
Olvidado del valor
Del gótico pundonor,
Y el español desenfado,
El rostro, ropa y peinado,
Riza, pule y arrebola;
Ruede la bola.

Que un Don Trasgo revoltoso,
Sin quien le tire la rienda,
Se porte en toda contienda
Lenguaraz y sedicioso
Sin que el juez de temeroso
Se atreva á su camisola;
Ruede la bola.

Que yo piense en reprender
Cosas que esceden mi brio,
Sin temer el nûmen mîo
Lo mal que lo puede haber;
Pues no me hacen recoger
Entre las piernas la cola;
Ruede la bola.

LETRILLA XXVI.

Que quieran que no, mi número
Vuelve á su antigua faena;
Dios te la depare buena.

Con gritos censuradores
Allá vas, mi cartapacio:
Si das en algun palacio
Con tropel de aduladores,
Sé rival de sus humores,
Y si tienes mala estrena;
Dios te la depare buena.

Si un Don Pelon, sin saber
Leer dos líneas consentido,
Sin ver como lo han subido
Donde él no pudo creer,
Y no sabiendo juez ser;
El bien comun desordena;
Dios te la depare buena.

Si la que al gusto da coces,

Y la dicen que su rostro
Se lo ha quitado á algun monstruo,
Comienza en gritos feroces
A echar su mal pleito á voces
Con pícara cantinela;
Dios te la depare buena.

El que agarbado en su lecho
De un ligero resfriado,
Llama á un médico afamado:
Quien juzgándolo á provecho
Las venas le saja, y de hecho
En dos dias lo despena;
Dios te la depare buena.

Cabeza de gran bonete
Sin natural entusiasmo,
Que á si mismo ser el pasmo
De las musas se promete;
Si al fin, fiero le acomete
Un flujo de árida vena;
Dios te la depare buena.

LETRILLA XXVII.

Con mas sabrosito humor
Empiezo hoy la escarapela
Canela!

Lo que hable la lengua mía
A ninguno ha de amargar!
Que bien he de sazonar
Todo mi plato este dia;
Será dulce especería
La que mi mortero muela;
Canela!

Placer es ver retocada
La que es pasa como guinda,
A poder de polvos linda,
A fuerza de untos rosada,
Cuando no hay en su quijada
Memoria de que hubo muela:
Canela!

Gusto es ver cuán poco escasa

Tais es en baile y meneo,
Que á medirlo su deseo
No tuviera fin, ni tasa;
Y si ha de barrer la casa,
Necesita tanta espuela:
Canela!

Rió en ver que otra en quince años
Siempre está, y busca mancebos
Los mas implumes y nuevos,
Que han de pelar sus engaños;
Y aunque cañones estraños
Crien, ella al fin los pela:
Canela!

Mas esto, vaya cual vaya,
¿A mí en ello qué me va?
Antes bien, quien zurre habrá
A aquel que en zurrar se ensaya;
Haciéndole que esté á raya,
Y la cabeza le duela:
Canela!

LETRILLA XXVIII.

Yo quiero que sepa el mundo
Quien soy, y se desengañe;
Que el que las sabe las tañe.

Yo be llegado á ser muy necio,
A ninguno sé engañar
Todos me la han de pegar:
Y me la pegan de recio;
De hoy mas tan solo haré aprecio
De aprender de quien me engañe;
Que el que las sabe las tañe.

Yo nunca sola una flor
Supe decir á una dama,
Como otro que las derrama
Con labio lisonjeador,
Y hace que en agua de olor
Se meta, revuelque y bañe;
Que el que las sabe las tañe.

Yo no me sé divertir,

Ni jugar cosa maldita,
Como el que de una garita
Ganoso suele salir
Cargado de oro, y reir
Lo que otro ha perdido y plañe;
Que el que las sabe las tañe.

Yo no sé de caza ó pesca,
Ni en el bosque, ni en el rio,
Como el que al bochorno y frio
Anda con bulla y con gresca,
Cogiendo la pieza fresca
Por mas que se le enmarañe;
Que el que las sabe las tañe.

Yo sudo en hacer dos versos,
Y á mi ingenio no doy fama;
No como otro que urde un drama
En cuatro horas, puro y terso,
Haciendo que el universo
Como ave rara lo estrañe;
Que el que las sabe las tañe.

LETRILLA XXIX.

Diz que de este inferior globo
La máquina anda trocada.
No sé nada.

Diz que hay cosas en el orbe
Que no se pueden tragar,
Que obligan á provocar
Al que incauto se las sorbe,
Sin que justicia lo estorbe,
Porque está enferma y sangrada.
No sé nada.

La moza de mi vecino,
De las pascuas puso el nombre
A su madre, ¿y diz que al hombre
A jugar luego se avino,
Y que ser es su destino
Cobertera autorizada?
No sé nada.

Diz que en falsa compostura,

Blas dió en hipócrita vano,
Solo por respeto humano
Y lograr racion segura,
Y en contrahecha figura
Es fantasma corcobaba.
No sé nada.

Diz que es gusto ver la viuda
Si la ruegan, y hay quien cante
Cómo el lloroso semblante
En baile y respingo muda;
Y esto es que á nada la ayuda;
Ser tórtola retirada.
No sé nada.

Diz que un .. (tente) que cogido
Fue en adulterio soez,
Se alzó de él con altivez,
Y con cerviguillo erguido,
En un trabuco al marido
Le mostró la muerte airada.
No sé nada.

LETRILLA XXX.

Pues en zurrar mil picañas
Hoy mis musas se festejan;
¡Oste, puto, que retejan.!

Merlo, vamos con cuidado,
Que diz que el diablo anda suelto
Y en este rio revuelto,
En que á muchos han pescado,
Para el pico desmandado
Mordazas mil aparejan:
!*Oste*, *puto*, *que retejan*!

Tú, Tahur, que sin destino
A la garita te vienes,
Y con otro tal te avienes
En pelar á un palomino;
Pues al que con pluma vino
Implume tus uñas dejan;
¡*Oste*, *puto*, *que retejan*!

Tú, Mozuela, que te huiste

De tu casa, y con gran porte
Te has puesto á dama de corte
Sin saber lo que perdiste;
Pues tras tu bulto se embiste
Y la jaula te aparejan;
¡*Oste*, *puto*, *que retejan*!

Tú, holgazan, que en breve rato
Socorrida arte aprendiste,
Flexible diestra estendiste,
Prendiendo cual garabato;
Pues hoy dia á un solo gato
Huestes de gatos aquejan;
¡*Oste*, *puto*, *que retejan*!

Tú, al fin, cualquiera que fueres
El que á sombra de tejado
Andas de un cuarto vedado,
Mil ofreciendo alquileres;
Pues los vivos alfileres
Un minuto no te dejan;
¡*Oste*, *puto*, *que retejan*!

LETRILLA XXXI.

Pues de cantor traigo el nombre
Y el arma en el vericú....
¡Alhajú, que mas alhajú!

Que viendo ufano el delito,
Sin censor que le castigue,
Y á un rapaz su musa obligue
A alzar en su burla el grito,
Diga adulador maldito
Que le sopla Belcebú:
¡*Alhajú, que mas alhajú*!

Ver la doncellita andante
Huerfanita, y sin arrimo,
Que halla algun indiano primo,
A quien se arrima bastante,
Señora de guardainfante,
Con su terno de tisú:
¡*Alhajú, que mas Alhajú*!

Atolondrado doncel

Pierde las mas ricas horas
Émulo de las señoras
De un espejo mirabel;
Puesto al ladito un clavel,
Y un ramo de almoradú:
¡*Alhajú, que mas alhajú!*

Que el otro, eterno holgazan:
Con casa que mantener,
Encomiende á su muger
Este primitivo afan,
Mientras robándole están
Las venas de su Perú:
¡*Alhajú, que mas alhajú!*

Los que oyen mi escarapela,
Y que en sus cosas me meto,
Sin guardar algun respeto,
Hincándoles tanta espuela.
Gritan ¡qué gran bagatela!
Habló el buey, y dijo ¡mú!
¡*Alhajú, que mas alhajú!*

LETRILLA XXXII.

De tí, ¡oh musa!, que en mi infancia
Me instruyes, saber deseo,
A quién de muchos que veo,
He de arrendar la ganancia.

Al jóven que con su niña
Vive en vicio encenagado:
Y al cabo se vé robado
De estas aves de rapiña,
Pegándosele cual tiña
El mal que vino de Francia;
No le arriendo la ganancia.

Al gefe, que ardiendo en ira
Por vivir despues de muerto;
Muestra el pecho descubierto
Al contrario, que le tira:
Do á la menor bala espira
La mas altiva arrogancia,
No le arriendo la ganancia.

Al maridillo impotente,
En quien manda su muger;
Dejándose someter
A su dominio el paciente,
Mostrándonos en su frente
Símbolo de tolerancia;
No le arriendo la ganancia.

Al que en su cuarto encerrado
Enferma á puro estudiar,
Y muere por alcanzar
Lo que ninguno ha alcanzado,
Puesto que el mas sabio ha hallado
Que es su saber ignorancia;
No le arriendo la ganancia.

Al que cual camaleön
Está al magnate adulando,
Mil sobarbadas pasando
Por lograr su pretension,
Solo por necia ambicion
De ser hombre de importancia;
No le arriendo la ganancia.

LETRILLA XXXIII.

Que una mozuela en el prado
Se presente, y deje ver
Con basquiña de moer,
Y un reloj á cada lado,
Con su eminente peinado,
Y remontada escofieta,
Buen dinero es la Gaceta!

Que blasone el militar
Que la furia de su espada
Se mira reverenciada
En la tierra y en la mar,
Y que él solo pudo entrar
Al fuerte de la Goleta:
Buen dinero es la Gaceta!

Que corteje el otro viejo,
Que no se puede tener,
Queriéndole dar placer
A su arrugado pellejo,
Sin querer que otro cortejo

Donde él se mete se meta....
Buen dinero es la Gaceta!

Que el otro tras el venado
Ande saltando bardales
Picado con los zarzales,
De sol y frio quemado;
Mientras de su esposa el lado
Ocupa el otro en paz quieta
Buen dinero es la gaceta!

Que llegándome yo á ver
Lleno de necesidad,
Piense mi simplicidad
Que he de llegar á valer,
Porque versos sepa hacer
Como el mas docto Pöeta...
Buen dinero es la gaceta!

LETRILLA XXXIV.

Yo, Talía, en despedirte,
Y tú en que me has de querer;
Tijeretas han de ser.

No es espantajo estafermo
El ingenio que me asiste,
Y sabe morder con chiste;
Que ya en poblado, ó en yermo,
Ya con salud, ó ya enfermo,
En morder y mas morder;
Tijeretas han de ser.

El que ganar quiere á Creso,
Y avaro entró en su arqueton:
Sepultó mas de un millon;
Por ser cual sin hondo vaso
En juzgarse de oro escaso,
Y estar sediento de haber;
Tijeretas han de ser.

Hueso y pellejo con ojos
La vieja que da en ser maja,
Aunque esté seca cual paja,
Y gaste palo y anteojos,
Como dé usar de remojos
Para mejor parecer;
Tijeretas han de ser.

De Cupido en los afanes

Gladiator amartelado,
Si en su hueste ha militado
Riñe con los gavilanes;
Por mas que los tafetanes
Sus heridas dejan ver;
Tijeretas han de ser.

El que se volvió gabacho
Y veces mil fue beödo,
Aunque con risa en el lodo
Le eche uno y otro muchacho,
En buscar el vino macho;
Y zorro permanecer;
Tijeretas han de ser.

LETRILLA XXXV.

Mi lengua echada en remojo,
Cansada está de callar
Lo que no puede tragar,
Agua va! que allá lo arrojo:
Si alguien por delante cojo,
Sabiendo que hay quien ofenda;
Quien tiene tienda, que atienda.

Que un indiano, que las minas
Heredó del rubio oriente,
Lascivo comprar intente
Con costumbres peregrinas;
Con piedras falsas ó finas,
Del honor la mejor prenda;
Quien tiene tienda, que atienda.

Pues mil niñas bien criadas,
Sin pedirles yo favor,
Me hacen por mi bello humor
Sus caricias regaladas,
Y ellas se dan por pagadas
Aunque yo lo desentienda;
Quien tiene tienda, que atienda.

Si osa el otro majadero
Buscar una hembra propicia
Y le saja su codicia
Como al pobre el usurero,
Y exige un tributo fiero,
Despues de una gran merienda;
Quiene tiene tienda, que atienda.

LETRILLA XXXVI.

Pues es baldío el dominio
De escardar vidas agenas,
De las malas y las buenas
Hagamos un escrutinio;
Acertado es mi designio:
Y si dicen yerro en eso;
A otro can con ese hueso.

Que quieran tenga contigua
A mi bolsa y á mi lado,
(En santa paz sea mentado)
Una damisela antigua
Con un rostro de estantigua,
Sin sentir el contrapeso,
A otro can con ese hueso.

Yo sé que el doctor Cazorla,
Como lo hubiera pagado,
Su mula hubiera graduado:
Y él piensa por tener borla,

Y un víctor de oro en la orla,
Que á mí me aventaja en seso:
A otro can con ese hueso.

Que un viejo de vano casco,
De ageno pelo vestido,
Mas que corcho desabrido,
Mas áspero que un carrasco,
Piense que no ha de dar asco,
A quien llama su embeleso;
A otro can con ese hueso.

Que quiera el otro bellaco
Que hace de hipócrita mueca,
Y á lo callantron lo peca
En sus costumbres verraco,
Siendo mas ladron que Caco,
Pasar por santo profeso;
A otro can con ese hueso.

LETRILLA XXXVII.

Que me sea ingrata Lucía,
Porque soy un pobreton;

Y en entrando un Señor Don
Le diga: «¿Qué manda Usía?»
Y se le dé cortesía;
Por no despreciar su ruego:
Fuego!

Que á Ines agrade aquel majo,
Siendo cual de Ines el tiesto,
En lo hediondo que le han puesto
Las quiebras de su trabajo,
Con que por cima y por bajo
Anda el zaumerio de espliego:
Fuego!

Que Juana, que cuando están
Sus padres dentro de casa,
Aun á hablar no se propasa;
Luego que á fuera se van,
Llame á solas á Don Juan,
Y ande el baile, trisca y juego:
Fuego!

Que Beatriz sin enfermar
Diga que se está muriendo,

Que llamen á Frai Rosendo
Que la venga á confesar;
Y él con ella haya de entrar
Quedándose á fuera el lego:
Fuego!

LETRILLA XXXVIII.

Préstame, Fabio, atencion
Para oir esta letrilla;
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

¿Admiraste del marido
Que sin renta, y holgazan
Sale al Prado tan galan,
Como un Adónis lucido?
Pues mira, esto ha conseguido
Por ser manso de la villa.
O en buen romance cabron:
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

Preguntas que ¿por qué esceso

En el mas triste lugar
A los frailes han de dar
Pan, vino, tocino y queso?
Pues creete que por eso
Nos llaman con campanilla
En la cuaresma á sermon:
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

¿Espántaste de la maja,
Que cuando sale á paseo,
Con sus galas y meneo
A la mas chusca aventaja?
Pues mira, tanto trabaja,
Que por trabajar se humilla
Bajo de cualquier varon;
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

Pregúntasme que ¿en qué penda
Que otros con poco estudiar
Se atrevan hoy á sacar
De la corte una prebenda?
Pues mira, aunque no se venda,

O ya por faldas se pilla,
O ya por mucho doblon:
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

¿Lastímate el ver tomando
A Don Martin las unciones,
Que quiebra los corazones
Verle amarillo, y babeando?
Pues mira, para eso holgando
Con su amiga Mariquilla
Gozó harto tiempo el bribon;
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

¿Admíraste del letrado
Que á Juan sin tener derecho
Se lo hizo tener, y de hecho
Se ha en su favor sentenciado?
Pues sábete que ha logrado
Una lucida bajilla,
Y *ainda mais* un talegon;
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

Dices, por fin. ¡que cuán bruto
Es el que se pone á hacer
Versos, sin echar de ver
Que no aguarda premio ó fruto!
Pues mira, yo lo reputo
Por la mas quieta, sencilla,
Y racional diversion:
Porque no se da morcilla
A quien no mata lechon.

LETRILLA XXXIX.

Que quiera que yo haga cuenta
Que única en amarme ha sido,
La que el corazon partido
Tiene (no es mucho) en ochenta;
Y que intente que mi renta,
En sus caprichos se apoque;
No hay emboque.

Que quiera el otro ermitaño
Vivir eterno holgazan,
Y de mi bolsillo y pan

Mantenerse todo el año,
Porque me libre del daño
De peste el señor San Roque;
No hay emboque.

Que presuma de mí Ines,
Por ser muchacha bien quista,
Que la mantenga y la vista
De la cabeza á los pies,
Y vivir del interes
Sin que á sus faldas la toque;
No hay emboque.

Que pretenda el otro ganso
Que salió el barrio á correr,
Mientras quedó su muger
Con Don Narciso en descanso,
Que yo no le llame manso,
Porque trae daga y estoque;
No hay emboque.

Que Beatriz, que hasta los huesos
El mal humor la ha pasado,
Piense que yo enamorado

Gaste en servirla mil pesos,
Por mas que con mil escesos
A liviandad me provoque;
No hay emboque.

Que quieran que las hazañas
Cante del Cíd Campeador;
Y cónociendo mejor
De los viciosos las mañas,
Me digan que estas patrañas
En mis versos no las toque;
No hay emboque.

LETRILLA XL.

En eso de que por tema
De no ceder á ninguno,
Sin esperar premio alguno
Me ponga con mucha flema
A escribir un gran Poema;
Como el pobreton del Taso;
Paso.

Mas en que por diversion

Se suelte mi tarabilla
En cantar una letrilla,
Donde saque á colacion
Tanto esposo chibaton,
Como á cada paso encuentro;
Entro.

Que yo cual camaleon
Esté á un gran Sofi adulando,
Mil sodarbadas pasando
Por lograr mi pretension,
Cautivo de la ambicion
De sueño, y de gusto escaso.
Paso.

Mas en que mis gustos ame,
Donde hallo fortuna cierta,
Y cuando mas me divierta,
Ningun cuidado me llame,
Pues buey suelto bien se lame
Por defuera y por de dentro:
Entro.

Que quieran que á una funcion

Vaya yo en diciembre helado,
A beber de convidado
Aguas de agraz y limon
Que dejen mi corazon
Tal helado, como el vaso;
Paso.

Pero que con mi vecino,
Y otros amigos de broma
Sentado en un corro coma
Buenas lonjas de tocino;
Y un gran pellejo de vino
Haya por copa en el centro;
Entro.

En que vestido de gala
Dance yo serio un amable
Sin que toque, y sin que hable
A las damas de la sala;
Pues me echarán noramala
Si á algo de esto me propaso;
Paso.

Mas en el ir á enredar

A los bailes de candil:
Donde pueda yo entre mil
Con las chicas retozar.
Apagar la luz, y andar
A esta cojo, á la otra encuentro:
Entro.

LETRILLA XL.ª

Al que por sola aprension
De que perdió su mozuela,
U otra cualquier bagatela
De aqueste mundo bribon,
Se le lleva el corazon
De mortal melancolía;
Le cayó la lotería.

Al militar que impaciente
De lograr algun honor,
Se presenta con valor
Del enemigo á la frente,
Donde le coge en caliente
Un tiro de artillería;
Le cayó la lotería.

Al que por tener sospecha
De si está, ó no resfriado,
Llama al doctor de contado,
Quien juzgando que aprovecha
Le manda sangrar, y le echa
En la sepultura fria;
Le cayó la lotería.

Al que buscó á su entender
Por novia una muger casta,
Y siendo él de buena pasta,
Y ella de buen parecer,
La que le hizo novio ayer,
Le hace novillo este dia;
Le cayó la lotería.

Al jóven, que sin saber
Qué cosa lujuria fuera,
Por sola la vez primera
Que visitó á una muger,
Ve el triste que ha menester
Entrar en Santa María;
Le cayó la lotería.

LETRILLA XLII.

Dicen que soy displicente,
Que á todos enfado y muelo,
Que no debo formar duelo
De lo que no me contente,
Que con necios neciamente
Sea necio en su necio bando:
Ya voy que me estoy peinando.

Quieren que el rostro estringido
Deje que suelo tener,
Que humano me deje ver
Con afeite el mas florido,
No siendo yo su marido
Con cualquier dama paseando:
Ya voy que me estoy peinando.

Diz que la filosofía
De algun escolar no aprecio,
Que me debo dar de recio

A estudiar la algarabía
De tanta distincion fría,
Que usa el sofístico bando:
Ya voy que me estoy peinando.

Notan que dinero hacer
No sé cuál mil de mi estado,
Y que mas que un obligado
Pudiera yo enriquecer,
Solo con apetecer
Lo mismo que me están dando:
Ya voy que me estoy peinando.

Porfian que á un impresor
le dé á imprimir mis conceptos;
Y qué pues son tan perfectos,
Los publique con valor;
Pues gran provecho y honor
De ello me irá resultando:
Ya voy que me estoy peinando.

LETRILLA XLIII.

¿Ves aquel señor graduado,
Roja borla, blanco guante,
Que *nemine discrepante*
Fue en Salamanca aprobado?
Pues con su borla, su grado,
Cátedra, renta y dinero,
Es un grande majadero.

¿Ves servido un señoron
De pajes en real carroza,
Que un rico titulo goza,
Porque acertó á ser varon?
Pues con su casa, blason,
Título, coche y cochero,
Es un grande majadero.

¿Ves al jefe blasonando
Que tiene el cuero cosido,
De heridas que ha recibido

Allá en Flándes batallando?
Pues con su escuadron, su mando,
Su honor, heridas y acero,
Es un grande majadero.

¿Ves aquel paternidad,
Tan grave y tan reverendo,
Que en prior le está eligiendo
Toda su comunidad?
Pues con su gran dignidad,
Tan serio, ancho y tan entero,
Es un grande majadero.

¿Ves al juez con fiera cara
En su tribunal sentado,
Condenando al desdichado
Reo que en sus manos para?
Pues con sus ministros, vara,
Audiencia y juicio severo,
Es un grande majadero.

¿Ves al que esta satirilla
Escribe con tal denuedo,

Que no cede ni á Quebedo,
Ni á otro ninguno en Castilla,
Pues con su vena, letrilla,
Pluma, papel y tintero,
Es mucho mas majadero.

Romances

JOCOSOS.

ROMANCE I.

La Raza Postroma.

En el archivo del tiempo,
Entre polvo y telaraña,
Hallé una genealogía
De una familia asaz larga.
Esto era un rollo bien grueso

De pergamino, que ataba
Cierto cordon sin herrete,
O agujeta esflacbada.
Sacudíle bien el tamo,
Plantéme al punto las gafas;
Y oprimiendo mis narices
Leía con la voz ganga:
«Generacion de los necios»
(En paz sea dicho) empezaba;
« Y Alcurnia que salió inmune
Del mordaz Tizon de España.»
Despues de este titulon
Pintado un árbol estaba,
Con góticos caractéres
Escritas estas palabras:
«El señor *tiempo perdido*:
«Primer tronco de estas ramas;
«De nuevo volvió á perderse
«De amor de doña *Ignorancia*.
«Casó con ella, y dos hijos
«Dió á luz timbre de su raza,
«Que *Pensé-que y Entendi-que*
«Los denominó la fama,

«*Pensé-que*, con *Poca-edad*
«Se casó, mozuela incauta,
«En quien tuvo á *Quien-creyera*:
«*No-di-en-ello*, *Quién-pensára*.
«Doña *Quién-creyera*, luego,
«Con el *Descuido* se casa,
«Y tuvo *Ya-estoy-en-ello*,
«*Bien-está*, y *Se-hará-mañana*.
«El poltron *Tiempo-hay*, tomó,
«A *No-di-en-ello* por dama;
«Casó en fin con ella, y madre
«La hizo de un monton de maulas.
«Estos fueron *Descuidé-me*,
«*Yo-me-entiendo*, *No-me-engañan*;
«*No-se-miente*, *Degese-eso*;
«Y *Por-mí-nadie-lo-pasa*.
«*Yo-me-entiendo* casó luego
«Con doña *Presuncion-vana*,
«En quien tuvo: *Aunque-les-pese*,
«*Modas-quiero*, y *Muda-galas*.
«La señora *Modas-quiero*
«Con *No-faltará* se enlaza,
«De quien *Comamos*, *Bebamos*,

«Y *Holguémonos* se propagan.
«Y asi mismo á la *Desdicha*
«Con *Poco-seso* casada,
«Quien tuvo á *Bueno-está-eso*,
«Y *A-mi-no-me-aturden-trampas.*
«Tambien á *Preso-por-mil*,
«A *Salga-por-donde-salga*,
«A *Nadie-se-murió-de-hambre*,
«Y *A-mi-no-se-me-dá-nada*
«Viuda doña *Modas-quiero*,
«A segundas nupcias pasa
«Con *Preso-por-mil*, de quien
«Dió á luz á *Qué-patarata.*
«Tambien parió á *Tijeretas*,
«*Quién-en-pelillos-se-para*,
«*Yo-me-saldré-con-la-mia*,
«Y á su benjamin *Lilailas.*
«Con tan buen ánimo, en breve
«El dote y ajuar malgastan:
«Y si uno dijo: *Paciencia*,
«El otro dijo: *Cachaza*,
«Tomemos este año á censo;
«Y si en el otro nos falta,

«*Dios-proveerá*; y *Bien-pensado*,
«Dicen á lo que propalan.
«Tomaron así dineros,
«Segun se lo aconsejaba
«Su tio *No faltará*,
«Hombre de buena esperanza.
«Pero cumpliéndose el plazo
«Para hacer su justa paga,
«Como ellos al fin no hubiesen
«Mas fincas que su fanfarria,
«El *Engaño*, ejecutor,
«Dentro una cárcel lo zampa;
«Donde *Dios-hará-merced*
«Los visita, y no regala.
«Llevólos á un hospital
«La *Pobreza-voluntaria*.
«Donde el buen *Preso-por-mil*
«Por sí mismo perdió el habla.
«La señora *Modas-quiero*,
«No sé si quiso mortaja:
«Sé que murió y no la tuvo,
«Y fue envuelta en una manta.
«Y al fin, en un campo santo,

«Que por serlo huesa franca
«De muertos de mogollon,
«Se les dió á los dos posada,
«Donde es fama que yacia
«Su quinta abuela *Ignorancia*,
«*Tiempo-hai*, su tercero tio,
«Y otros asi de su casta
«Ellos en fin muchos hijos
«Y nietos, dejaron que andan
«Hoy perdidos por el mundo,
«En busca de la gandaya."

ROMANCE II.

A Elisa contra Madama Laura.

Dos ojos y medio tienes,
Elisa del alma mia,
Segun lo murmura Laura,
Ardiendo en zelosa envidia.
Pero vale mas el ojo
Que tienes ciego, y sin vista,

Que toda madama Laura,
Mirada de abajo arriba.
Porque este ojo chiquinin,
Que casi no tiene niña,
Parece que para alguna
Seña amorosa le guiñas.
Que como es juego el amor,
Y tanto á jugar te inclinas,
La seña del basto, haciendo
Estás á cuantos te miran.
Mas el otro ojo es mas claro
Que el Sol que en el Cielo brilla;
Y como el Sol, está solo,
Porque nadie le compita.
Y á mi por él mas flechazos
El tirano Amor me tira
Que golpes en almirez
Se pegan en la cocina.
Y así mas que á siete Lauras
Te quiero, mi dulce Elisa;
Pues no compiten contigo
Diez Lauras en retahila,
Que son Laura y sus traseros

De revelada provincia,
Y tú Cántabra, y criada
En el riñon de Castilla.
Y si á tus ojos motejan,
Di que aquel que mas te estima
Con un ojo hácia el Poniente,
Y el otro á Levante mira.

ROMANCE III.

Porterisíma señora,
Señorísima portera,
A mi gusto mas sabrasa
Que miel vírgen y doncella.
Tú la charra mas lozana
Que habitan nuestras callejas
Entre tantas riberanas,
Como sus casas encierran.
Tú la reina de las charras,
Y de mi deleite reina;
Como la sal de las sales
Que vino de la ribera:

Asi el mas lindo zagal
Que se peinare en tu tierra,
Goce tus hermosos brazos
Navidades mas de treinta:
Y así te haga mas arrullos,
Que el gorrion le hace á su hembra,
Y tú le paras mas hijos
Que paren quince conejas:
Que escuches mis tristes voces,
Que des oido á mis quejas:
Que eso de ser sorda y muda,
Es bueno para las peñas:
Que á tí no te hizo natura
Tan agraciada y tan bella,
Para no saber de amor,
Y los gustos que acarrea.
Y el ser con el amor dura
Quédese para las feas,
Que finjen ser las mas castas
Porque no hallan quien las quiera.
¿Juzgas tú que esos ojuelos
Que se han de comer la tierra,
No ha de gozar de ellos antes

Dulce agitacion venérea?
¿Juzgas tú que aquesos brazos
No han de ser amante yedra
Del olmo de un buen muchacho,
Que cargue contigo acuestas?
Ai! cómo llegará el dia
En que de estas cosas sepas
Y á fe que te han de saber
Mejor que trucha, y lamprea.
Pues ¡ea! no pierdas tiempo,
Ni tan dulce ocasion pierdas,
Que á quiéresme que te quiero,
Tendras una vida buena.
Pero si acaso tan dura
A mis cariños te muestras,
Que yo no deba á tus labios
La mas mínima respuesta,
Desesperado, y furioso
Me iré donde no me veas;
Pero será... á emborracharme
En tu nombre á la Aldehuela.

FIN DEL TOMO II.

"Y ella le dijo: inocente,
mira un espejo de frente...

Lit. de Aragon

POESIAS

DE

D. JOSE IGLESIAS DE LA CASA.

ÚLTIMA EDICION,

conforme á la original primitiva;

Y AUMENTADA

CON UN APENDICE DE VARIAS POESIAS.

TOMO III.

Madrid:

Imprenta de la Venta Pública,

calle de Preciados, n.º 23.

1840.

Se hallará en dicha Venta Pública, *con otros muchísimos libros muy baratos, cuyas veinte y cinco listas clasificadas por órden de materias y alfabeto estan de manifiesto. Se admiten encargos y comisiones.*

Egloga

en alabanza de la vida del campo.

Delio. Silvio. Alexi.

Poeta.

Canto con voz suave
Del Tormes dos galanes pastorcillos:
Y aquel contender grave,
Que hubieron al vergel de los tomillos?
Holgándome de oillos;
Que tan dulces primores

Jamas pensé de rústicos pastores.
Luisa sin par graciosa,
Del gran blason de Asturias ornamento,
De España lumbre hermosa,
Que envidia el estrellado firmamento;
Si alguna vez contento
Te dió el ameno prado
Con la luz de tus ojos hermoseado:
O si te place ahora
Ser de sus dulces musas norte y guia,
Presta oido, señora,
Al tierno son de la zampoña mia,
Que aunque ronca solia
Sonar, si hoy la escuchares
¡Vientos enfrenará, calmará mares.
Al tiempo que hacen salva
Los tiernos ruiseñores dulcemente
Al que en brazos del alba
Se levanta del tálamo de oriente;
Y sacando la frente
Bañada de esplendores
Nos da luz, cuaja perlas, abre flores;
De su chozo salia
Delio pastor de Tórmes regalado;

Delio, por la armonía
De su sin par zampoña, celebrado;
Guiando su ganado
Por la mas fértil vega
Que el Tiber español fecunda y riega.
Y el buen zagal, que estaba
El cielo y suelo hermosos comtemplando,
Sacó el rabel, que daba
Alegría á las granjas con son blando:
Al cual acompañando
Voz del alma salida,
Asi cantaba á la estacion florida.

Delio.

«Deja en buen hora, primavera alagre,
Deja de Cipro, deja los jardines;
Y á los confines de la madre Iberia
Súbito vente.

Vén ninfa hermosa; y por la verde alfombra
De nuestros valles, siembra á manos llenas,
Siembra azucenas blancas, rojas flores,
Cárdenos lirios.

Tambien Favonio, de benigno aliento,
Para bien nuestro dulce á silbar vuelvas;
Y de estas selvas vistas los erguidos
Alamos tiernos.

Tu frente bella de esperanza verde
Inmensa madre, muestra coronada
Del cielo ornada con tan regalados
Fértiles dones.

En vuestras cimas amarillos montes
Benigna hiera apolinea lumbre;
De cuya cumbre leche y miel destile
Líquida vena.

Por bellos caños de variado jaspe
Viertas, ó fuente, perlas orientales,
Y en tus cristales los sedientos pechos
Néctares beban.

Cantad ufanos pajarillos blandos:
Henclid la selva de amoroso acento:
Y el vago viento vuestros picos y alas
Rápidos corten.

Saltad alegres, corderillos mios,
Corred jugando tras las madres blancas;
Y sin carlancas sueltos mis mastines
Júbilo muestren.

Vuestros contentos por los verdes llanos
Mostrad tañendo, dulces pastorcillos,
Los caramillos con que dais al bosque
Música alegre.

Deja tus urnas, regalado Tórmes;
Y á ver el dia sal del agua fuera;
Y en tu ribera discantando mira
Cándidos cisnes.

Tambien vosotros, amorosos faunos
Bellas napéas, coro de amadrías,
Y hermosas drías, celebrad aquesta
Selva florida.

Vengan pues, vengan las divinas gracias
Al gozo ameno de la amiga selva:
Todo se vuelva dulcedumbre y todo,
Júbilo sea.

Quien quiera, siga, siga las pisadas
De los que ¡oh mundo! en grillos de oro po-
Míseros dones, con que los adulas; (nes
Míseros lazos.

Y tú que un tiempo el desengaño viste,
Libre tu dueño, libre el son levanta:
Y alegre canta al inocente campo,
Cítara mia.

Silvio.

Díme, querido Alexi, así goces
Del amor de tu dulce Galatea,
¿Quién hinche el valle de sonoras voces?

Alexi.

Yo; mi Silvio, no sé cuál pastor sea:
Tan solo sé que Delio nuestro amigo
Conduce su ganado junto á Otéa.

Silvio.

De eso puedo yo ser mejor testigo;

Que á mi padre sirvió: mas el que canta
Si es él ú otro zagal, solo te digo.

Alexi.

Un poco mas los pásos adelanta,
Y al cuento le verás de esa pradera;
Pues has por conocerle prisa tanta.

Silvio.

Yo me holgaria, sí, que Delio fuera;
Pues con su ingenio, y tono regalado
Quizás algun placer al alma diera.
Que este pastor, cual padre de mi amado
Aunque en la grande Mantua no hace asien-
Ni en las doctas Atenas se ha versado, (to
No es pastor, no, de ocioso pensamiento;
Que antes goza de fértil fantasía,
Con una luz de raro entendimiento.
Que allá en mis hatos yo estudiar le via
De cielo, y tierra las disposiciones,
Y hazañas de la Hispana monarquía:
Desde el polar crucero á los Tríones

(Cual si el pastor allá se hubiera hallado)
Noticia da de todas las naciones.

Alexi.

Pues yo te apostaria de contado
El manso mas gentil de mis ovejas,
A que no es otro el que hemos escuchado.
¿No te suena su voz en las orejas?
¿De su rabel no escuchas el sonido?
En vano en conocerle mas te aquejas.

Silvio.

No en vano para mí, que es muy debido
Que yo le busque, y mi pasion le cuente
Que al fin le quiero como me ha querido.
Mas hételo á la orilla de la fuente:
¡Ai Dios! cuánto me alegro de encontrallo
Por pasar esta aurora alegremente.

Delio.

Amado Silvio, lustre de este valle,

Jóven Narciso de este bosque y rio,
En ora buena mi cariño te halle.
El cielo guarde ese ademan y brio:
Y como creces en edad florida,
Así dilates tu amplio poderío.

Silvio.

Gozar quisiera descansada vida:
Mas cual le place á mi contraria estrella
Cada vez me será mas desabrida.

Delio.

Vemos, zagal, tu primavera bella,
Don celestial de mil venturas lleno,
Y tu beldad que á todo el compo sella.
Date la comun madre de su seno
Sin repugnancia frutos, y años tales,
Cuales á nadie en este campo ameno.
Bien querido de nuestros mayorales,
Tal vez de mil pastores codiciado,
Y envidiado tal vez de mil zagales;
Y con todo pretesto has encontrado

Que de tu ser feliz haga olvidarte,
Para ser con los miseros contado.

Silvio.

Escusado es, mi Delio, ya contarte
Agravios de que no puedo guarirme
Ni lo podré alcanzar por fuerza ó arte.
Intentaron los hados destruirme:
Y por mas que á sus crudos golpes arme
El corazon, no puedo resistirme.
Así que estoy resuelto de ausentarme
De esta heredad á Mantua la famosa;
En donde espero de este mal librarme.
Jamas con pena el ánimo reposa:
Y pues fortuna dices me da el Cielo,
Probar quiero hasta dónde es poderosa;
Porque yo al fin no téngo por buen zelo
El que mostramos á esta choza, y prado,
Sin ver otro jamas que aqueste suelo.

Delio.

¡Ai Silvio, cuánto vives engañado!
Y cuán cierto es aquel proverbio viejo,

Que nadie está contento con su estado.
Mas porque anticipado el buen consejo
Tal vez al hombre suele ser amargo,
Y odio cautela trae consigo anejo;
Yo te ruego, zagal, nos hagas cargo
De la ocasion, que así vino á mudarte.

Silvio.

Oid; que yo os prometo no ser largo.

Delio.

Preparados estamos á escucharte.

Silvio.

Ya veo que os espanta
Mi interior guerra, y mis discursos raros;
Y que hay justa razon para admiraros
Con lo que mi voz canta;
Que sobre mi esperiencia se adelanta:
Siéndome desabrida
La suerte, que parece que abrazaron

Mil sabios, que las selvas celebraron
Con voz dulce, y subida,
Llamándola apacible y dulce vida.
Pláceme, que este suelo,
Y montes coronados de lentiscos,
Y la estrañeza de estos altos riscos,
Y despejado cielo
Den bastante ocasion al dios de Delo.
Pero negar no debo,
Que estando de las ciencias tan remoto,
Tiene al ingenio enrudecido y roto,
Sin que cosa de nuevo
De un dia en otro muestre el mismo Febo.
Porque, ¿cuál noble idea
De la máquina hará del universo,
Mas admirable cuanto mas diverso,
Aquel que jamas vea
Mas que los breves chozos de la aldea?
Que al fin cosa es pesada,
Ver cual pasamos los prolijos dias
En estas solitarias alquerías:
Sin que esta vida en nada,
Cual de Pluton el reino, sea variada.
Si el bosque reverdece

El azul lírio y los claveles rojos,
Aunque tal vez deleitan á los ojos;
Triste al cabo se ofrece
Por la gran soledad, con que aparece.
Y una vez observada
La amenidad de selvas, fuentes, prados;
El repetir fastidia sus cuidados:
Y queda de sobrada
La atencion mas vivaz desconsolada.
Si mi juicio desdeñas,
¿Qué sacas, di, de oìr las bulliciosas
Aguas correr; ó respirar las rosas;
Si responden las peñas;
O si el árbol parece que hace señas?
¿Que en notar se adelanta
La variedad, que ves en brutos tardos,
Ligeras aves; rápidos bastardos,
Diversidad, que espanta,
O que puede alegrar fiereza tanta?
Pues la aldeìna gente
Corta es de ingenio, y llena de rudeza,
Y placer poco causa á la grandeza
De un ánimo valiente,
Que estrechez tan oculta no consiente.

¿Cuál razon no se enturbia
Sin salir de otro asunto, ni palabras,
Que huertos cultivar, ordeñar cabras;
Si crece el ren, ó alubia,
Si el ábrego promete viento, ó lluvia?
Si alguno en la contienda
Pastoral ganó un premio sabiamente,
La soledad del sitio no consiente,
Que su virtud se estienda;
Ni que otro, que los rústicos lo entienda.
Si otro osa divertirse,
Seguirá solo á la áspera Diana,
Cruel hallando alguna traza insana
De la que perseguirse,
O perseguir á otro ha de seguirse.
Y cuando esto no sea
Abundar en sospechas y malicias
Contra el pastor, que sigue las caricias
De zagala, no fea,
Siendo por ello el cuento de la aldea.
Así, bien que esta vida
En la mayor bajeza abandonada
Fuese de muchos doctos celebrada:
Quizá no fue seguida

Ni con un querer libre apetecida.
¿Y quién dirá, que menos
Que entre estos rudos y agrios materiales
Pueden brillar las lumbres naturales
En los pueblos amenos
De gentes, de artes y de ciencias llenos?
Cual Dalmiro decía
Aquel, que siendo jóven fue á la guerra
De Portugal; las córtes vió, y la tierra
En donde empieza el dia,
Y qué portentos de ella refería.
Espuso la destreza,
Con que á naturaleza vence el arte;
El órden, con que todo se reparte;
La gala y la fineza,
Novedad grata, y célebre grandeza.
Por esto al gran Carpento,
Cual te dije, pasar me determino;
Donde ver cosas grandes imagino;
Que por mas que esté atento,
Jamas las alcanzó nuestro talento.

Delio.

Bien veo noble Silvio, que has querido

Con tu voz y talento sin iguales
Dar pruebas de tu ingenio florecido,
Y mostrarnos, zagal, cual bien te vales
De la enseñanza, que en tus tiernos años
Te dió el mejor de nuestros mayorales.
Mas la falta de edad y desengaños
Tras de tu ardor te lleva, y arrebata
A padecer al fin duros engaños.
Y así en no desengañarte fuera ingrata
Este dia mi voz; que en lo propuesto
Contradecirte en modo humilde trata.

Silvio.

Pues muévela: que á oirte estoy dispuesto
Demas que sin su luz encaminado,
Nunca pensára de pártir tan presto;
Nunca dejára tu amistad, y lado.

Delio.

¡Oh tres, y cuatro veces bien hadado
El primitivo siglo delicioso;
Que de otro no envidioso,

A ser llegó de todos envidiado:
Cuando el supremo artífice del cielo
Bendijo el suelo;
Do verdad santa
Selló su planta;
Tódo era hartura,
Tódo dulzura;
Y el hombre ufano un libre ser gozaba,
Amando solo al dueño que admiraba!

Amable sencillez, que los humanos
Ignorantes del bien que poseyeron,
Por su culpa perdieron
Con su maldad, y pensamientos vanos;
¿A dónde, zagal, piensas que se ha huido
Lejos del ruido
De los tiranos,
Que nada humanos,
Ciegos, é injustos
Huyen sus gustos?
¿A dó, si no es á nuestras heredades,
Con quien hizo perpetuas amistades?

Puerto tranquilo, sosegado suelo,

Donde del mar del mundo el vagel roto
Huyendo el alboroto
Encuentra el alma celestial consuelo:
¡Cuántos ya de tus árboles frondosos
Los dolorosos
Tristes vestidos,
Humedecidos,
Que de él libraron,
Ledos colgaron!
De aquí mirando, como de atalaya,
Los que ahogados el mar lanza en su playa.

Dichoso, el que de aquí no vé los techos,
Y patios de magníficos señores,
Torneados corredores;
A emulacion de ajena pompa hechos:
Goza, sí, de mas plácida morada
En sosegada
Fresca alameda
Que vid enreda
Por prado ameno
De flores lleno:
Que el rayo al mas gentil torreon derroca;
Y al débil heno su poder no toca.

No del pastor los ojos se dirijen,
A adorar oro, plata y falsas piedras;
Que con agenas medras
Sobre el polvo en los pórfidos erijen:
Pero contempla en matizado suelo
Al raso cielo
Luces mas bellas
De astros y estrellas,
Que hacen notoria
De Dios la gloria;
Pues solamente el cielo, y no el palacio
Llenar puede del alma el ancho espacio.

Al rey no culpa con orgullo vano:
Ni su gobierno, ó ley mudar quisiera;
Cual si Dios no tuviera
El corazon del rey siempre en su mano:
Que antes le alaba con afecto puro;
Porque seguro
Le ha conservado
Su haber y prado;
Y á tardos bueyes
Solo da leyes:
Que el que á sí propio no se ha gobernado

Mal podrá dirijir ajeno estado.

Contento el pastor vive con su suerte
Sin mayorazgos de avarientos padres;
Que de ellos, y sus madres
Por gozarlos se alegren en la muerte:
Pues donde la bajeza de su estado
Nunca ha pensado
Ni se asegura
Mayor ventura,
Que la que hoy tiene,
Y le conviene;
Cuando ver á su padre es el contento
Mayor del que al trabajo vive atento.

Jamas nadie le vió, que á hierro duro,
Sus senos rompa á la primera madre;
Ni sus venas taladre,
Osando despojar su claustro oscuro:
Antes en su vergel solo apetece
Lo que le ofrece
Abierto el pecho;
Y es de provecho,
Para la vida

Bien bastecida;
Que la tierra tal vez solo ha temblado
Del que avaro sus senos ha robado.

No sufre el ambicioso, que contento
Presumió en un mortal fijar su suerte;
En cuya incierta muerte
Se desvanece su alto pensamiento;
Antes aquí mas bien naturaleza
Le dió llaneza,
Y honras iguales
A otros zagales
Con firme suerte
Hasta la muerte;
Que junto á la ambicion en cosa alguna
Jamas juró estar firme la fortuna.

Ni se goza el pastor desvanecido
Con blason heredado; ni presume
Por ajeno perfume,
Tal vez dada á quien no lo ha merecido,
Empero á la quietud del alma atento
Le da contento
Su fantasía;

Que es la que guia
Sus opiniones,
Dichos y acciones:
Que el cuerdo solo á presumir se atreve
De obrar lo que le es propio, y lo que debe.

No van sin lucimiento sometido
Al mando del señor, que el mundo encum-
Y su virtud deslumbra, (bra;
Y aja su libertad desvanecido:
Sino libre en las juntas de pastores,
Goza favores;
No le desprecia
Soberbia necia;
Y es atendido
Con grato oido:
Que en la noche mejor la estrella luce
Que á par del sol, que su esplendor desluce.

Ni, como el vano, oido da engañado
A la música, y voz de aduladores;
Aparentes loores,
Que si lo mira no le dan de grado;
Mas entre tanto que sus cabras pacen;

Libres le hacen
Las avecillas
Mil maravillas
Con un sonido
Grato al oido:
Que aquello el hombre mas siempre apetece
Que con un querer libre se le ofrece.

Al ganadero su vianda y plato
Jamas ajena mano le dispone;
Donde ponzoña pone
Algun traidor, ó servicial ingrato;
Mas estos huertos de maduro fruto
Le dan tributo
Con las tempranas
Legumbres sanas:
Y transparentes
Aguas las fuentes:
Que jamas daño encubre la corteza
De lo que al hombre dió naturaleza.

Jamas el hombre aquí la voz atiende
Del que afectó ridícula cultura;
Cuya habla al fin oscura

Ser alabada sin razon pretende;
Mas si en su pastoril y alegre bando
Verdad amando
Su amor declara
Con lengua clara,
Zagal sencillo,
Gozo es oillo:
Que no es loable lo que no se entiende:
Solo amando el mortal lo que comprende.

Ni la pastora á la naturaleza
Osó mentir con cauteloso afeite;
Ni hizo usura al deleite;
Usurpando á las flores la belleza
Antes mostró con naturales dones
Propias facciones,
Faz limpia y pura,
Simple blancura,
Donaire bello,
Suelto cabello;
Pues que la gentileza mas preciada
Solo es gentil, si simplemente agrada.

En fin, pastor, si es la virtud hermosa;

Y ella sola corona de la vida;
Y en el orbe no hay cosa,
Que con tan soberano bien se mida;
En esta soledad, en este prado
La han encontrado
Las almas puras;
Que á sus dulzuras
Se alimentaron;
Hasta que hallaron
Seguro paso á aquel eterno dia,
Donde esta hermosa luz sus almas guia.

¡Oh silvestre mansion! ¡oh patrio nido!
Tú solo eres en medio de los males,
Que pasan los mortales,
Consuelo dulce al ánimo afligido.
¡Dichosa sencillez de Dios querida,
Paciente vida,
Mansion preclara,
Libertad cara,
Tranquilo puerto,
Seguro cierto.
O ampárame, ó recibeme en tus brazos
Líbrame del mundo y sus astutos lazos!

Silvio.

Los tuyos, buen zagal, los tuyos tiernos,
No el consejo, tus brazos solo pido,
Serán de nuestro amor nudos eternos,
Que nunca el sueño al que veló afligido
Tan dulce al alba fue, ni tan preciada
La fuente al que de sed se halló rendido;
Cual para mí tu célebre tonada:
Y yo por ella, y tu cariño blando
Me apartaré de mi intencion pasada,
Y pues siempre hemos visto que cantando
Halla el mortal alivio de sus males;
Id, os ruego, algun tono concertando
Del campo, sí, del campo, mis zagales,
Ambos cantad en alternado coro;
Pues sois en letra y tono sin iguales.

Alexi.

Pues ea, antes que el sol sus rayos de oro
Ascienda á la mitad del firmamento;
Alexi; templa tu rabel sonoro:

Que embebecido en pos de nuestro acento,
Cual tiene de costumbre irá el ganado.

Delio.

Contento soy; da tú la voz viento:
Que á responderte estoy aparejado.

Alexi.

Sabroso campo mio,
Vida feliz, alegre y descansada,
Arboles, fuente y rio,
Do mora la verdad, y es apreciada;
¿Triste del que carece
Del dulce bien, que el cielo aquí le ofrece!

Delio.

Desapacible vida
Para mí donde faltan las verdades;
La inocencia es vendida;
Engaños hay, falacias y maldades;
¡Feliz aquel se cuente,

Que escapó de tratar tan doble gente!

Alexi.

Dulces son los albores
De Febo al que en la noche erró el camino:
A la abeja las flores;
Y al ánade el arroyo cristalino;
Pero á mí mas gustosa
Me es la vida del campo deliciosa.

Delio.

Duro es el viento airado,
Que los pinos trastorna en las montañas,
El ladron no esperado,
Y el turbion que destroza las cabañas;
Mas para mí es mas duro
El orgullo que enciera un alto muro.

Alexi.

No al agua placentera
Asi corre el corcillo fatigado;

Ni la blanca cordera
A su pastor, que pan con sal le ha dado;
Cual mi Lisi prendada
De la vida del campo á mi majada.

Delio.

Nunca reuye tanto
Paloma al alcotan que la ha seguido;
Ni el áspid al encanto
Del mago adulador tapa el oido;
Cuanto mi zagaleja
Del tumulto civil huye, y se aleja.

Alexi.

Ameme mi pastora
Sobre los zagalejos mas galanes;
Salúdeme á la aurora,
Y enguirnalde mi manso de arrayanes;
Que todo lo habré en nada,
Si del valle el placer la desagrada.

Delio.

Si le place, desprecio
Muéstreme Fili ingrata á mis amores;
Préndese del mas necio,
Corónele de rosas y favores;
Con tal que no la vea
Que á ver los ciudadanos ir desea.

Alexi.

Al mayo la flor ama,
La tórtola al verano, al sol el dia,
Los novillos la grama;
Y el verde campo la pastora mia,
Pues amen nuestros prados
El sol, las flores, tórtola y ganados.

Delio.

No quiere el pez ambiente,
El gamo al mar, ni oveja al lobo insano;
Ni el ave á la serpiente,

Ni mi Fili al estruendo ciudadano;
Pues la ciudad no quiera,
Ni ave, ni pez, ni gamo, ni cordera.

Poeta.

Estas dulces canciones
Los dos tiernos zagales repitiendo,
Iban sus corazones
En el amor del campo enardecido;
Cuya armonía oyendo
El coro de las aves
Correspondió con músicas suäves:
Cuando Febo esplayando
Iba su luz de la mitad del cielo,
Las sombras acortando,
Las altas hayas al florido suelo;
Así que sin recelo
Se entran en la espesura,
A gozar de su plácida frescura.

EGLOGA VIII.

Licida, Montano, Poeta.

Poeta.

Yace un bosque del mundo mas loado
Sobre el de Chipre de beldad estraña;
Que el padre Tajo cerca recostado
De verde y oro sobre juncia y caña:
Donde con urnas de cristal sagrado
Riega el sitio mejor de la alta España;
Mansion dando en la fértil primavera
Al rey de cuanto el sol mira en su esfera.

Crece el fresco plantel sobre la playa
A su frescura y amistad dispuesto;
Del quebrado cristal florida raya,
De la delicia humana alegre puesto:
Donde Vertuno su riqueza esplaya;
Y el regalo mayor deja traspuesto;

Sembrando por sus cuadros y labores
A medida del gusto sus primores.
Cuando entre estos pensiles placenteros
Se encontraron el Lícida y Montano;
Montano el mas gentil de los vaqueros,
Y Lícida pastor tierno y lozano,
De laurel coronados sus sombreros.
Y cada cual gaban de piel galano:
Ambos del Aranjuez, ambos zagales;
Y en contender cantando sin iguales.

Lícida.

Salud tengas; salud Montano mio:
Y el cielo multiplique tu vacada:
Parte tengas del alba en el rocio;
Miel te dé el alcornoque regalada:
Las nubes te hagan sombra en el estío;
Y en tus dehesas no cuajen las heladas
Y halles siempre en el campo tal contento,
Como yo ahora en encontrarte siento.

Montano.

Goces tambien, pastor, tu edad lozana
Y guarde Dios del lobo tus corderas:
Como nieve tus mansos te den lana:
Perdone el año estéril tus praderas:
Cojas en la aridez fruta temprana;
Y aromas ricos broten tus laderas;
Y tan grata y feliz pases la vida,
Cual para mí lo ha sido tu venida.

Lícida.

Tú, libre de pasion entre estas ramas,
Zagal, te gozas de ayas y laureles;
Viendo la yedra fiel, viendo las gramas,
Que enlazan con primor estos vergeles:
Y te place gozar en frescas camas
Matizadas de lirios y claveles;
Tal vez movido de la vid frondosa,
Que sobre escaños de jazmin reposa.
¿Pero cómo tan tarde en este asiento?..
¿El ver te ha detenido la guirnalda

De árboles tantos, que sacude el viento
Jugando con sus hojas de esmeralda?
¿O te embelesa aquí el mirar atento
De rosicler de azul, de verde y gualda
Los variados esmaltes, que la aurora
En prados, fuentes y árboles colora?

Montano.

En este sitio de simpar belleza,
Y en sumo grado ameno y delicioso,
Tanto que mi atencion lleva á la alteza
De un no sé qué divino y venturoso:
Que cierto aquí estremó naturaleza
Todo lo mas suäve y mas hermoso,
Que mueve á contemplarla, como Elpino
Nos muestra con su ingenio peregrino.
Elpino, aquel pastor que de las cosas
Me enseña los principios que investiga,
Diciendo que en las selvas silenciosas
Cuanto hay, saber podemos sin fatiga.
Con él paso las horas mas gustosas,
Porque el deseo de saber me obliga
A amar con él del campo el ejercicio

Sobre el popular tráfago y bullicio.

Licida.

¿Pues qué tanta instruccion el verde prado
Nos dará como Elpino te protesta?
¿Quéobservacion, queestudio, quécuidado
En esta soledad te manifiesta?
¡Oh amigo, queal reves quelo han pensado!
Y antes de dar á tu razon respuesta
Por diversion contarte quiero un cuento.

Montano.

Empiézale, que á oirte estoy atento.

Licida.

Mas he la cueva aquí, mira Montano
Donde decir he oido que dormido
Hallando los pastores un Silvano,
Caida su guirnalda, y muy tendido
Con ella le asen una y otra mano,
Forzándole á cantar un ofrecido

Cuento, que te diré si acaso ignoras,
La frente y sien pintándole con moras.
Y él riendo la burla, les decia:
"¿Por qué me atais? ya entiendo vuestro (juego
Yo os cantaré la dulce cancion mia,
Soltad, pues satisfago vuestro ruego
Soltad, niños," (en fin les añadia).
"Que esa hermosa otra paga tendrá luego."
Y asiendo presto de un rabel sonoro,
Con diestro pulso hirió las cuerdas de oro.
Comienza, y á saltar faunos y fieras
Empiezan al iman de su armonía:
A su compas moviéndose ligeras
Las altas ramas de la selva umbría.
Nunca Febo y sus dulces compañeras
Hácia el Parnaso colman de alegría,
Ni el Ismaro jamas admiró tanto
Del sacro Orféo el resonante canto.
Cantó como los árboles un dia,
Mirándose sin rey que los mandara,
Y que del campo la ancha monarquía
Jamas se vió sin cetro ni tiára,
Un justo rey á súplica pedia,
Quien movido á su ruego, les declara.

Que les deja á las plantas en su mano
El nombrar y elegir su soberano.
Con tan nueva ocasion no queda planta
Que no lo trate en popular corrillo,
Desde el cipres que al cielo se levanta,
Hasta el mas bajo y mas rapaz tomillo;
Tan grande era el deseo, el ansia tanta
De ver entre ellas un capaz caudillo
Rey, que en rienda de oro lo guiase,
Y en equidad sus causas sentenciase.
Cantó, que al moral, dicen, que reciba
Por cuerdo el mando, y él no lo consiente:
Pues á su remision comtemplativa
Le es estorbo el cuidar de tanta gente.
Van á buscar la vid menos esquiva,
Y ella al ver desus pámpanos pendiente
El licor que á los hombres alegraba,
Dijo quemas que al mando lo preciaba.
Elijen al limon como discreto,
Y él en su bello fruto embelesado
Del grave cargo, dijo, que respecto
Ser tan medicinal, se halla escusado.
Nombraron al cipres, por ser sugeto
Sobre las altas cimas ya elevado,

Y él por lo solitario y penitente,
Dice, que el grave cargo no consiente.
Nombran por rey la oliva consagrada,
Quien amando su paz, por grave esceso
Tuvo la aceptacion, pues ocupada
Se hallaba en liquidar su licor grueso.
Van á buscar la mies, quien humillada
Confesó su flaqueza al grave peso,
Y es, que apreciaba mas que todo nombre
Darle el sustento principal al hombre.
La higuera, que doblado fruto coge,
Por él el ofrecido cargo arrima:
Y á cualquier persuasion el hombro encoge
Que mas aprecia su cosecha opima.
Al vano cardo, en fin, el vulgo escoge,
Y como el necio siempre en mas se estima,
Arrogante se encarga y ambicioso,
Del [illegible] mando estéril y espinoso.

Montano.

Jamas oí tan plácida conseja,
Ni que mas mereciese aplausos tantos,
Ni que muestre mejor al que se aleja

De las cargas del mundo y sus quebrantos,
Que es mucho mas feliz quien mas las deja.
Ulíses sordo siendo á los encantos,
Del vulgo, que á los vanos acomete
Y vez ninguna da lo que promete.
Pero volviendo á nuestro agreste bando,
¿No ves como á los cielos dan mil parias
En muestra de su júbilo, ordenando
Distintos juegos, diversiones varias?
Y cual con secos mirtos aumentando
De trecho en trecho van las luminarias:
Y atiende bien, zagal, como sus fuegos
A los del firmamento dejan ciegos.

Licida.

¿Pues tú no miras las serranas bellas,
Como cogiendo en sus honestas faldas
Mil rosas que envidiaron las estrellas,
Tejen en cerco en forma de guirnaldas;
Y coronando sus cabellos de ellas,
Libres ondéan sobre sus espaldas;
Donde cantaba Egon, que amor travieso
Revolando mil veces quedó preso?

¿Ves que al árbol los jóvenes trepando
Dan mil naranjas á su bien querido?
¿Y que otros dulces tórtolas buscando
A sus pastoras dan el preso nido?
Las que castañas de meöllo blando,
Con amor de su mano han recibido,
Gustando cual abeja entre las rosas
El dulce queso y natas olorosas.

Montano.

Ya he visto que á los vientos han lanzado
Varas que le han vencido en ligereza,
Y otros corriendo por el verde prado
Volar á un premio no pequeña pieza,
Y otros que en contender de amor han dado
En mil versos luciendo su destreza;
Y en fin seguir alegres cada uno
El juego á su placer mas oportuno.
¿Pero qué corazon placer no siente,
Viendo sobresalir en aquel bando
Las pastorcillas, que graciosamente
En torno andan bellísimas triscando?
Su inocente candor, su faz luciente,

Su sencillo ademan, su pecho blando,
¿Qué libertad no roba, á qué contento
No eleva del pastor el pensamiento?

Lícida.

Mas mira tú las aves amorosas
Entre las verdes ramas asomadas:
Y las auras que vimos bulliciosas,
Cada vez las verás mas sosegadas:
Sin duda de las voces sonorosas,
Que en sus dulces zampoñas alternadas
Los zagalejos vienen entonando,
Al dueño de estas selvas alegrando.

Montano.

Sí, pastor, dices bien: lleguemos breve,
Que de nuevo cantar han prevenido;
Y el gentil Tirsis que á vencer se atreve
Aquel pastor de Vénus tan querido,
Y Cintia que en candor pasa á la nieve;
Bella cual cuentas de la hermosa Dido:
Cada cual templa ya su dulce avena

Miéntras la danza pastoril se ordena.
¿Ves cual quitan los jóvenes del brazo
Las bandas que zagalas van cogiendo
Para tejer un lazo y otro lazo
Tras las dos sueltas guias procediendo?
Verás con qué gentil desembarazo
Van de una rueda en otra revolviendo,
Y discurren del prado larga pieza.
Mas escuchemos, que el cantar empieza.

Tírsis.

Canta y sigue mi voz, pastora hermosa,
Galana cual la fértil primavera;
Gloria de este pensil, y mas hermosa
Que en el bosque la palma placentera:
Y así á tu amor le seas mas sabrosa
Que del pichon su dulce compañera!
Que acompañes el débil canto mio,
Celebrando el placer del bosque umbrío.

Cintia.

Canta y vuelve á tu son, pastor donoso,

Lozano como el mayo florecido;
De esta arboleda honor, y mas garboso
A mis ojos que el plátano crecido:
Y así á tu bien le seas mas gracioso
Que á la ovejilla el recental nacido;
Que prosigas tu tono comenzado,
Festejando el contento de este prado.

Tirsis.

Dichoso el que de aquí mira cubierta
La madre universal de flor preciada,
Antes del riguroso invierno yerta,
Ya de verde esperanza coronada:
Y libre del pirata, alegre puerta
Abre al Sol, con sus rayos fecundada;
Y con los dones de la dulce Flora
Del pasajero el ánimo enamora.

Cintia.

Pues feliz el que aquí vè de la cumbre
Del monte desgajarse la abundancia,
Dando con amorosa dulcedumbre

Los antiguos collados su fragancia:
Y de ellos ve con dulce muchedumbre
Destilar leche y miel en esta estancia:
Cuando el precioso cuerno de Amaltéa
Al gusto humano todo lo hermosea.

Tirsis.

El laurel verde y arrayan preciado,
Que á Apolo enamoró, que Vénus quiso,
El pino de Cibéles estimado,
Y el bello transformado Cipariso,
Y el limpio acebo y álamo copado,
Volviendo este lugar un paraíso:
Acá y allá los trae viento sereno,
Llenando de placer el sitio ameno.

Cintia.

La yedra del Liëo al olmo prende;
La hermosa vid sus pámpanos dilata
Romero, casia y cínamo trascie nde,
De aljófar argentada cada mat a;
Y de Céres la mies aquí se estiende,

Cual golfo hermoso de dorada plata;
Ensortijando cada hermosa arista,
Deleitan á el olfato y á la vista.

Tírsis.

De entre mármoles bellos de colores
Las regaladas fuentes se deslizan;
Y el ámbar usurpándole á las flores
Su líquido cristal aromatizan;
O ya los arroyuelos trepadores
La blanca espuma con primor enrizan;
Y en blanda risa y plácido sonido
Al corazon alegran y al oido.

Cintia.

La alfombra de este valle se enriquece
De verde, azul y rojo engalanada;
El clavel rey, y reina rosa crece
De cristalino aljófar coronada:
Jazmin y azar fragancia nueva ofrece,
Y el lirio y azucena nacarada;
Dando á cualquiera que á este sitio arriba,

Grata quietud que el ánimo cautiva.

Tirsis.

Aquí el venado y corderillo corre
Saltando entre las murtas y verbenas,
Libres de que los sigan, ni les borre
Otro paso los suyos en la arena:
Cuando á la oveja el corderillo acorre,
Y ella le abriga de retozos llena;
Y coleando el cachorro lisonjero
Dan al pastor su gozo placentero.

Cintia.

Aquí las aves con sonoro acento
Cantan al son de las inquietas hojas;
El colorin su amor y su contento;
Filomena sus zelos y congojas:
O ya en tropa veloz cortan el viento,
Encopetados de plumillas rojas;
Y de un ramo saltando en otro ramo,
Del alma son un celeslial reclamo.

Tirsis.

Cuanto el vecino Tajo celebrado
En caudal vence al liquido arroyuelo;
Cuanto por cima el trébol desmedrado
Se descuella el ciprés alzado al cielo;
Tanto sobre el estrépito y enfado
De la ciudad me es grato el verde suelo,
Y la vida del campp delicioso.
Cerrad, Faunos, cerrad el bosque hermoso

Cintia.

Cual la Aurora al perdido caminante,
O al prado lluvia que el abril envía;
Cual al ciervo la fuente resonante,
O á la abeja la flor que el vergel cria;
Así al mortal de su quietud amante
El vivir en el campo es alegría,
Y mas en esta estancia regalada. (*da.*
Guardad, Faunos, guardad la selva ama-

Tirsis.

Venga el antiguo Pan de los pastores
Su rostro de purpurea mora ungido;
Ceñida en rededor su sien de flores,
De espadaña y de lauro florecido:
Y de Arcadia los jóvenes cantores
Con él lleguen al dulce apetecido
Juego y placer de sitio tan sabroso.
Cerrad, Faunos, cerrad el bosque hermoso

Cintia.

¡Dulce bien, con que el cielo nos convida
Que alegre dures siglos dilatados:
Y en pastoril llaneza apetecida
Se alegren los pastores descuidados,
Del regocijo de esta dulce vida.
Léjos, léjos huid, tristes cuidados;
Pues no hay cosa en el mundo mas preciada.
Gozad, Ninfas, gozad la selva amada.

Poeta.

Así el gentil pastor iba cantando,
Y la zagala hermosa respondiendo,
A las estrellas con su son tocando,
Los álamos plateados conmoviendo:
Y el coro de zagales acabando
Los lazos que en las danzas van tejiendo;
La Aurora que por verlos madrugaba,
Las puertas del oriente purpuraba.

Canciones.

CANCION I.

La Vanidad Terrena.

Cuando á su propia esfera,
Del peso mortal falto,
Mi espíritu se enlace en libre vuelo;
Pequeño en gran manera,
Veré desde lo alto
El ancho mar y dilatado suelo.
Cuanto mas cerca el cielo
Suba, tanto mas breve
Veré el punto profundo
De este globo inferior y bajo mundo.
Y el fantástico viento que le mueve;
Del cual siendo desnudas,

Todas sus pompas son cosas menudas.
Mirando estaré absorto
En todas estas varias
Regiones, que el sol ve, y la noche ateza
Con cuanto afan, cuan corto
Punto, y cuan breves parias
Consigue la ambicion y la grandeza.
Vistos desde la alteza
Del cielo, ¡cuán estrechos
Son los fuertes torreones!
¡Qué leves escuadrones,
Qué limitado honor, qué humildes pechos,
La magestad exije
Del que en augusta paz un mundo rige!
En vano sus enormes
Cervices levantaron
A las nubes los broncos Pirineos.
Los colosos disformes
Que sobre el mar se alzaron,
Mirados desde arriba son pigmeos.
Ciudades, coliseos
Y alturas, que encarecen,
Las humanas fatigas,
De débiles hormigas

Oficiosos ejércitos parecen:
Sus balcones y rejas,
Breves casillas de un panal de abejas.
¡Oh error! sobre qué leve
Y endeble fundamento
Del hombre la ambicion camina y para!
¡Por cuán ceñido y breve,
Por cuán instable asiento
Te elevó, oh Jiges, la mayor Tiara!
Mortal ¿quién no repara
Cómo tu vano intento
En un punto de tierra
Desalumbrado encierra
Tan grandes leguas de ambicion y viento?
¡Por cuán pobres razones
El ansia de mandar forma escuadrones!
Tú; ó dulce edad primera,
A los niños prometes,
Segun la cortedad de su talento,
Gustos de tal manera
A sus leves juguetes;
Que de veras le sirven al contento.
Con sus ruedas de viento,
Caballejos de rasos y de cañas,

Libreas de oropeles,
Y pintados papeles,
Hacen sus justas, toros y campañas,
Hogueras y castillos,
De que son lidiadores y caudillos.
Pasan sus tiernos años
Con fútiles muñecas;
Y allí fingen sus fiestas y sus bodas;
Y aunque de humildes paños,
Y cañahejas huecas,
En gusto vencen la que asombró á Rodas.
A esta reina de todas
La hacen hoy; y mañana
La quitan de su estado;
Y á otra que un despreciado
Sayal vistió, la dan púrpura y grana;
Variedad que les place,
Y á su inocente antojo satisface.
¿No son estos ensayes que promete
Su edad al venidero
Tiempo, que veloz corre en curso blando?
Ser caballo y ginete,
Fingido, ó verdadero,
¿Qué va á decir á quien le está mirando?

¿Ser castillos burlando,
O serlos de cañones guarnecidos?
¿Ser tambien sus soldados
Vivientes, ó imitados?
¿Ser de papel pintado los vestidos,
O de oro, y perlas llenos?
Todo es un poco mas, ó un poco menos.
El mundo bien mirado
Es farsa de opiniones,
Que á unos entrista y á otros entretiene:
Y aunque de humilde estado,
Reparte estimaciones,
Conforme el tiempo y ocasion le viene.
Al que hoy el orbe tiene
Por Salomon en ciencia,
Mañana no le vale;
Y hoy Belisario pobre á pedir sale,
El que ayer rebosaba en opulencia.
El jigante es enano;
Y muere rey el que nació villano.
¿Quién al hombre no advierte
En su humilde supuesto
Ser juguete inconstante de fortuna?
¡Cuán instable es su suerte,

Siempre en mudanza puesto,
Viejo en el ataüd, niño en la cuna!
Ya al cerco de la luna,
Ya abandonado en un rincon sin gusto;
Ya en un palacio enfermo:
Ya robusto en un yermo,
Ya saltando de júbilo, ya adusto;
Con triste sobrecejo:
Ya gorjeando, ya tosiendo á viejo.
Pues si los tímbres mira:
E inútiles blasones,
Que están en su altivez mas altaneros,
De un mundo que delira
Notará las regiones
Quererse hacer millares, y son ceros.
Los reyes y escuderos
De un tamaño en su cuna;
Caballero y esclavo
Iguales, si su clavo
Fijase con razon ciega fortuna;
Y no que loca y vana
A estos presta sayal, y á aquellos grana
Bien que estos varios juegos
De un monstruo tan odioso;

Lo que su rueda ensalza, y lo que arruina.
Los que hay sobre los fuegos
Del orbe luminoso;
Y lo que en nuestro limo se termina,
Todo es traza divina;
A quien en poderío
Ninguno llegar puede:
Sin quien no se concede
Que se mantenga un átomo sombrío;
Que hoja en árbol se mueva,
Ni una gota de mas ó menos lluvia.
Mas ser punto abreviado;
Y asaz menudas cosas
Cuantas el mundo tiene por trofeos.
¿Quién jamas lo ha ignorado?
¿Quién sus torres pomposas
No ha visto, que son nido de pigméos?
¡Oh encantados deseos
Del flaco inadvertido ser humano!
Quien vuestras altiveces
Frustrar vió tantas veces,
Confesará que sois un aire vano;
De cuya nube hinchada
Quien mas llegó á alcanzar, no alcanzó nada

CANCION II.

La Soledad.

ESTANCIAS REALES.

¡De qué apagado lustre, cuan pequeñas
Son las humanas fábricas, medidas
Con aquellas grandezas, que perdidas
Tiene el desierto entre sus mudas peñas!
¡De alteza y esplendor cuán pocas señas
Tienen las mas preciadas
Con el arte adornadas!
¡Qué primor mendigado, qué pobreza
Las de mas precio, y de mayor grandeza!
Los artesones de oro sustentados
En dóricas columnas; y á par de ellos,
De azules vetas y de lazos bellos,
Ricos jaspes y pórfidos preciados,
Si al principio admiraban; ya observados

Enfadan á dos dias;
Cansan las simetrías
De cuadros y tapices; y el aseo
Del mas pintado alcázar queda feo.
Son tibios los colores y pinceles,
Que el mundo mas celebra, y solemniza,
Puestos junto los riscos, que entapiza
Mayo galan de alfombras, y doseles:
De sus lirios lo azul, de sus claveles
El rosicler variado,
Y aquel color dorado
De un ya maduro trigo, y aquel fresco,
Con que su aliento bulle en lo brutesco.
Aquel confuso amontonar de cosas
Arrojadas acaso, y diferentes;
Acá yedra, allá espinas, allá fuentes,
Riscos, peñascos, rios, flores, rosas;
Unos léjos, que mucho mas vistosas
Las cosas nos volvieron;
Que de cerca se vieron;
Un pedazo de playa, una montaña
Que al cielo sube y á la vista engaña.
Vése la entrada de un pendiente risco
De un bello mirador el corbo techo:

Alfombra dando al rústico antepecho
De alegres rejas un vistoso aprisco;
De yedras entoldado, y de lentisco
Donde el jazmin, ventana
Teje á la vid lozana,
Y de sus grumos hace, que se cuaje
La red de su tejido ventanaje.
Pues subiendo á su cumbre, y antepecho
Y el campo que descubre registrando;
En lo que advierte absorto contemplando,
Muda estátua el mas sabio queda hecho:
Del mar profundo un ancho y largo trecho
Los ojos ser no dudan
Espejos, que se mudan,
Viendo en sus crespas olas de aire llenas
Los delfines cruzar, saltar ballenas.
Vése del tiempo y humedad cubierta
La hueca peña de menudas flores,
Parte en sombras, y parte en resplandores,
Jaspeada aquí, allá verde, y allá yerta:
Formando un todo de hermosura enjerta.
Sus metales lucidos,
Y estraños coloridos;
Y esmaltando la tez que los remata,

De granos de oro y escarchada plata.
El risco altivo de un diluvio entero
De luciente cristal las selvas moja;
Que en espantoso son al mar se arroja,
Desde aquel desigual despeñadero:
Y de una peña en otra á lo postrero
De monte en larga suma,
Hirviendo da su espuma;
Haciendo ántes pedazos por los riscos
Cristales, flores, perlas y lentiscos.
Por otra parte el monte alza sus pinos,
Que al parecer se esconden en el cielo:
Cubren de rocas y boscaje el suelo
Entre tajadas peñas los espinos.
Trepa la yedra; suben remolinos
De flores, y de yerba
Por señuelo á la cierva,
Y presto gamo, que por ellas salta;
Y de verlas temblar se sobresalta.
Silban por entre almeces y algarrobos
Las mirlas, las calandrias y jilgeros:
Las liebres y gazapos placenteros
Retozan por la grama, y dan corcobos
Huyen los ciervos, rumian los escobos

Las cabras; sin rezelos
Saltan los conejuelos,
Y en las peñas se esconden; y en sus quiebras
Pintadas roscas hacen las culebras.
Todo esto al son del bosque, y el ruido
Del agua, que en cascadas se despeña
Del monte, que batió su crespa greña,
Y el canto de las aves no aprendido;
De aquí se goza el ánimo embebido,
Y lleno de dulzura
Con tan varia pintura,
Sin otras muchas nuevas maravillas,
Resacas de la mar, y sus orillas.
Que el natural desórden con que puso
El tiempo esperto estos rasguños bellos
Es el mayor primor y gala en ellos,
Bien que arrojados en monton confuso:
Y tanto los brutescos descompuso,
Y en tan distinta forma
Sus aspectos trasforma,
Que parece los hizo en competencia
Del artificio de la humana ciencia.
Y sobre todo donde de su dueño
El gran tesoro y gran caudal se infiere,

Es que se dá de valde á quien lo quiere,
Grande sea, mediano, ó ya pequeño:
No hay puerta, ni cancel, desvio, ó ceño;
Que en todas ocasiones,
Momentos, y sazones
Siempre está para el gusto, y el provecho
Puesto el rico tapiz, y el toldo hecho.
Hora cruzando vaya los desiertos
De algun inculto bosque, ó engolfado
Al frio escita; ó al burnes tostado
En mitad de los mares encubiertos,
O en el del Sur sobre peñascos yertos,
Rompa de sus canales
Los helados cristales,
Cuyos tumbos la playa y el arena,
De blanco nácar y mariscos llena.
O bien se baje donde el suelo ardiente
La línea equinoccial, midiendo el dia
Su curso arranca lleno de alegría,
Con alas de oro encima de su frente;
Que allí en aquellos páramos sin gente,
Si el mundo tiene hoy dia
Allí tierra baldía,
Sus solitarios y ásperos espacios

De los reyes humillan los palacios.
Que aun contemplando aquí el humor fe-
Que sus anchos desiertos fertiliza, (cundo
Con medroso ignorar de que cenizas
Allí el rojo calor no vuelva al mundo;
O que en su ignoto piélago profundo
Las olas encrespadas
En hueco tumbo alzadas,
Entre las rocas quiebre, y se consuma
Trocada su altivez en blanca espuma.
O imaginando estrellas nunca vistas
De Europa, ó sus alturas no tocadas
De humano pie jamas, siempre engastadas,
En pastas de diamantes y amatistas,
Si aun fuesen mas que el Agon tiene aristas
Mis curiosos cuidados
Los hallará colmados
Del deleite que causan peregrinos,
Estos bosquejos del pincel divino.

CANCION III.

Canto de Judit.

Haced salva este dia,
Haced salva en el tímpano sonoro;
Y cantad al señor con la armonía
De las címbalas de oro.
Variad la melodía
En uno y otro coro;
Y entonad á mi Dios un nuevo canto,
Ensalzadle, y llamad su nombre santo.
El señor, vencedor de tantas guerras,
Jehová tiene por nombre;
Que en medio nuestras tierras
El real del enemigo no os asombre;
Cuando mas de las manos
Nos pretendió librar de los tiranos.
Vino el insidiador desde la cumbre
Del áspero aquilon; vino fiado
En la gran muchedumbre
De su ejército armado.

Su multitud cubria
A los arroyos sus undosas calles:
Y el hermoso verdor de nuestros valles
Debajo de los pies desparecía
De su caballería.
Dijo, é hizo promesa
De hacer en fuego arder nuestras regiones;
A degüello pasar nuestros garzones;
En la infancia hacer presa;
Y á su tirano imperio
Las vírgenes llevar en cautiverio.
Pero el omnipotente Soberano
Le dió su merecido;
Le entregó á una muger, por cuya mano
Mortalmente fue herido.
Que no al potente bárbaro postraron
Mis mancebos pujantes;
Nó de Titan los hijos le llagaron,
Ni peleó con indómitos gigantes.
Mas Judit de Merari en la belleza
De su rostro rindió su fortaleza.
Quitase el luto triste;
Que en su viudez traía;
Y una gala de júbilo se viste,

Que en otro tiempo usó su lozanía;
Por quien despues los hijos
Hicieron de Israël mil regocijos.
Su rostro ungiera en bálsamos fragantes
Y en cerco de oro y piedras rutilantes
Entrelazó el cabello;
Y un ropage esplendente
Se acomodara en novedad tan bello,
Que bastó á seducir al gran tirano;
Y á desarmar sus ásperos enojos.
Sus sandalias los ojos
Le arrebataron; su pasion altiva
Presa de su beldad quedó, y cautiva.
Y con su mismo alfange luminoso
La cerviz cercenó del orgulloso.
Altivo en su arrogancia:
De su heróica constancia
Los persas con horror se estremecieron;
Y los medos quedaron confundidos.
Entónces los asirios prorrumpian
En ayes y alharidos,
Cuando los hijos de mi pueblo amado
En sed ardiendo se han manifestado.
Los hijos aun sin bozo

De las mas tiernas madres los herían;
Y en ellos hacen trágico destrozo,
Como en infantes timidos que huian.
Y en la lid perecieron ante el brio
Del poderoso Dios y señor mio.
Cantar dulce entonemos:
Nuevo cantar á nuestro Diös cantemos.
Adonaí, Dios grande,
Tú eres señor preclaro en tu pujanza:
Si quiera se desmande
Ninguno á sostener tu esfuerzo alcanza,
Sirvan en tu alabanza
Todas las criaturas que formaste;
Dijiste tú; y se hicieron:
Y hechas de nada fueron.
Al punto que tu espíritu enviaste:
Y no hay ninguno, que tu voz contraste.
Los montes con sus aguas son movidos
Desde sus fundamentos eternales
Delante de tu rostro; y derretidos
Como cera los broncos pedernales
Los que temen empero tu potencia
Grandes consiguen ser en tu presencia.
Mas; ¡ai de aquella gente

Que sobre el pueblo mio se abalance!
Que el Dios omnipotente
Armado de venganza irá en su alcance.
El visitará luego
El dia de su enojo á los tiranos;
Dará á sus carnes fuego:
Dará á sus huesos fétidos gusanos:
Que á todos los abrasen,
Y en su castigo eternos siglos pasen.

CANCION IV.

Canto de Débora.

Por el Triunfo de Jahel.

Los que ofrecisteis espontaneamente
De Israël al peligro vuestras vidas,
Al Dios omnipotente
Las gracias dad debidas.
¡Oh! dadme vos oido,
Los poderosos reyes,
Y escuchad de mis voces el sonido

Los príncipes que al mundo poneis leyes.
Yo soy, yo soy la que en sonoro canto
Ensalcé á Dios, y de Israël al santo
Sujeto haré de las canciones mias,
Tú, señor, de Seir cuando salías,
Y pasabas de Edon por las regiones,
Temblar la tierra hacías;
Los cielos destilar agua se vieron
De Dios en la presencia
Las cumbres de Sinaí arroyos dieron.
De Samgar en los dias,
Y de Jahel en tiempo descansaban
Las desoladas vias,
Los que en ellas entraban
En sus calles errantes vacilaban.
Los fuertes y arriscados
Del pueblo de Israël cesar se vieron,
Y quietos se estuvieron
Hasta que la gran Débora llegara,
Y de Israël la madre despertara.
El señor nuevas guerras ha escogido,
Las puertas del Cortuar ha destruido.
¡Oh si el escudo y lanza,
De su Israël dispuesto á la venganza,

En cuarenta mil viera;
De corazon amara yo, y quisiera
De mi pueblo á los fuertes.
Vosotros pues que á tan dudosas suertes
Con voluntad entera
Espusisteis los duros corazones,
Dad conmigo al señor mil bendiciones.
Vosotros los que al bélico ejercicio
En las bestias subís mas arrogantes:
Vós que os sentais en tribunal de juicio,
Y vosotros tambien los caminantes,
Hablad todos, decid en altas voces
Que allí donde los carros, que en feroces
Caballos van unidos,
Y de nuestros contrarios destruidos
Fueron los escuadrones,
Allí en dulces canciones
La justicia de Díos, alli se cuente
Y su piedad clemente
De Israël con los célebres caudillos.
Cuando de la ciudad á los portillos
El gran pueblo ha bajado,
Y consigió del triunfo el principado.
Levanta el grito, ¡óh Débora! levanta

La dulce voz, y un nuevo cantar canta.
Levántate, Barac, levanta apriesa
De Abinoem ¡oh hijo!
Y de coger en presa
A tus contrarios ten el regocijo.
Los restos de tu pueblo se han salvado,
Y el señor por los fuertes ha peleado.
Del tribu de Efraïn los ha vencido
En Amalec, y luego del querido
Benjamin ha sus tierras debelado.
De Maquen los caudillos han bajado,
Y los de Zabulon que conducían
El batallon cuando á pelear salían.
Los de Issáchar á Débora se unieron,
Y las banderas de Barac siguieron.
Barac, que al riesgo osado
Como á un despeñadero se ha arrojado:
Ruben entre sí en bandos dividido,
Gran contienda los fuertes han tenido,
Porque entre dos estremos te has sentado,
Para oir los balidos del ganado.
Ruben entre sí opuesto
En lid ¡ai! los magnánimos ha puesto
Tras el Jordan Galaad en paz se via.

Con sus vageles dan en ocio estaba,
La orilla de la mar Aser tenia
Y en sus puestos moraba.
Mas Zabulon y Neftalin las vidas
A la muerte ofrecidas
Tuvieron de Merome en las regiones.
Los reyes con sus gruesos batallones
Vinieron, y sus huestes asentaron,
Los reyes de Canaan que batallaron
En Tanac junto el agua de Magedo
Pero ningun despojo se llevaron,
Sino dolor y miedo
Que el cielo: sí; los Cielos peleaban
Contra los insolentes:
Los astros en su curso permanentes
Contra el feroz Sisára batallaban.
Y de Cison el rápido torrente
Sus pálidos cadáveres llevaba
Sus olas al corriente
De Cadumin los daba.
¡Oh! pisa tú, alma mia,
De los robustos la cerviz impia,
Los pies de los caballos se rompieron,
Que con sus caballeros

A rienda suelta huyeron;
Precipitados en despeñaderos
Nuestros rivales fieros.
¡Sea maldita de Meroz la tierra!
(Decir al Angel del señor oyeron)
Maldecid los que encierra
Habitadores, los que no vinieron
A socorrer las gentes
Del señor, ni á ayudar á sus valientes.
¡Bendita, Jaël, eres
De Haber muger, entre todas las mugeres;
De Dios las bendiciones,
Colmen tus pabellones;
Al que agua te ha pedido,
Le diste de la leche la dulzura;
Y en real copa ofrecido
Su cándida grosura,
El acerado clavo en la siniestra,
Y el martillo tomó su mano diestra.
Y úna lugar buscando
En su cabeza, y ótra el golpe dando
Sobre el tirano valerosamente,
Entre sus pies cayó ruinosamente.
Cayó su cuerpo yerto,

Mil vuelcos dando entre su sangre fria;
Y desangrado y muerto,
Entre su sangre el bárbaro yacía.
Mas su madre desde el balcon mirando,
Su tardar lamentando,
A los que la escuchaban, asi díjo;
« ¿Cómo se tarda el carro de mi hijo?
¿Qué es esto, que no viene?
¿De sus bravos caballos quién detiene
La innata ligereza?
Una, que en agudeza
A las demas mugeres escedia,
Así la respondia:
"Acaso está despojos dividiendo,
Acaso una muger de estraordinaria
Belleza le estarán hora escojiendo
De la gente confraria.
Ricas galas variadas de colores
A Sícara por presa le estan dando,
O las joyas mejores
Para adornar su cuello estan juntando."
¡Así caigan, Señor, así perezcan
Todos tus enemigos!
Empero tus amigos,

Aquellos que en amarte permanezcan,
Así ¡oh Dios! en tu gloria resplandezcan
Que el sol no les iguale
Cuando en trono de luz de oriente sale.

Trovas.

ODA DE Fr. LUIS DE LEON.

Profecia del Tajo.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo sin testigo:
El pecho sacó fuera
El rio y le habló de esta manera:

«En mal punto te goces,
Injusto forzador, que ya el sonido
Oigo ya, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor teñido.

¡Ai, esa tu alegría
Qué llantos acarrea! y esa hermosa
Que vió el sol en mal dia,
A España ¡ai! cuán llorosa,
Y al cetro de los godos cuán costosa!

Llamas, dolores, guerras,

TROVA PRIMERA.

El Borracho.

Folgaba un buen mendigo
Con una bota hurtada en la ribera
Del Tórmes sin testigo:
El rio sacó fuera
Su gaznate, diciendo con voz fiera:

«De malos tragos goces,
Injusto bebedor: que sin sentido
Al agua tiras coces,
Y con lo que has vertido
De vergüenza y de zupia estás teñido.

Tan sedienta porfia
Tendrá su acabo; y esa bota hermosa,
Que no verás vacia,
Para tí cuán llorosa
Será, y á tus costillas cuán costosa!

Borrachez, iras, guerras,

Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras
Trabajos inmortales
A tí, y á tus vasallos naturales.

A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, ó Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.

Ya dende Cádiz llama
El injuriado conde, á la venganza
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.

Oye que el cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El moro á la bandera;
Que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blandea

Manta y vapulamiento, fieros males,
Entre tus brazos cierras
Con tus tragos mortales
A tí, y á estas tus posas naturales.

Una fuerte tollina
A tu espalda vendrá, y á lo que baña
La region convecina
Con humedad estraña
En aquella espaciosa y gran campaña.

Que ya la tabernera,
De quien la bota ha sido, á la venganza
Llama una turba fiera
De pillos sin crianza,
En quien para pescarte no hay tardanza.

Oye que un cuerno toca
Con temeroso son cual trompa fiera,
Con que á la lid convoca
La tropa vil y fiera,
Que á buscarte y tundirte va ligera.

Mira cómo vocéa

El árabe cruel, y hiere al viento,
Llamando á la pelea
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo:
Debajo de las velas desparece
La mar; la voz al cielo
Confusa y varia crece;
El polvo roba el dia y le oscurece.

¡Ai, que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡ai, que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!

El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el hercúleo estrecho,
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.

¡Ai triste! y aun te tiene

La tabernera infiel, y hiere el viento,
Como bufa y patea:
Innumerable cuento
De pillos juntos miro en un momento.

Cubre la chusma el suelo:
La piedad á sus pies desaparece:
La gritería al Cielo
Confusa y varia crece,
Y como cuba cada cual se mece.

Ai! que ya presurosos
Tienden las largas zancas ¡ai! que estienden
Látigos vigorosos
A los aires, que encienden
Los vigorosos brazos con que hienden.

Un pillo contrahecho
Tu bota tiene ya medio atisbada;
Para tí va derecho,
Y con la mano alzada
A los otros mostró la bota hurtada.

Ai pobre! ¿y te entretiene

El mal dulce regazo? ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿Ocupado
No ves ya el puerto, á Hércules sagrado?

Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano:
Menea fulminando el hierro insano.

¡Ai, cuánto de fatiga!
¡Ai cuánto de dolor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y caballos juntamente!

Y tú, Bétis, divino,
De sangre agena, y tuya amancillado,
Darás al mar vecino
¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte

El garbo de esa bota? ni llamado
Al mal que sebreviene
No acudes? Circundado
No te ves de ese ejército malbado ?

Aprisa bebe, cuela
Y pasa ese licor al vientre vano:
Bebe sin que te duela:
No des paz á la mano,
Y un trago en otro trago esconde ufano.

Ai! cuánto de fatiga
La saña de esos pillos inminente
Causará á tu barriga,
Al opuesto occidente,
A cabezas, y espaldas juntamente!

Y tú, Baco divino,
En tu sangre purpúrea enalmagrado,
Darás por el camino:
¡Cuánto jarro quebrado!
¡Cuánto cuerpo de zorros derrocado!

El vino en toda parte

Cinco luces las haces desordena
Igual á cada parte:
La sesta, ¡ai! te condena
Oh cara patria, á bárbara cadena.

MADRIGAL.

El Firme Amor.

Miré, señora la ideal belleza,
Guiándome el amor por vagarosas
Sendas de nueve cielos:
Y absorto en su grandeza,
Las ejemplares formas de las cosas
Bajé á mirar en los humanos velos,
Y en la vuestra sensible
Contemplé la divina inteligible.
Y viendo que conforma
Tanto el retrato á su primera forma,
Amé vuestra hermosura,
Imágen de su luz divina y pura,
Haciendo cuando os veo,
Que pueda la razon mas que el deseo;
Y pues por ella sola me gobierno,
Amor, que todo es alma, será eterno.

Todos cinco sentidos desordena;
No vale ingenio, y arte,
Y todo lo condena
De un letargo á la estúpida cadena.

TROVA II.

Miré, Juliana, tu sin par franqueza,
Guiándome el amor por sus astrosas
Calles, muerto de zelos:
Y absorto en tu destreza
Del *Conejal* las chulas mas famosas
Bajé ayer á mirar con Ciempozuelos.
Y en tu parte visible
Contemplé un acomodo el mas plausible.
Y viendo que con forma
Tu trato de aquel barrio con la norma,
Cargué con tu figura,
Que mis aumentos mas y mas procura,
Y hace en lo que no veo,
Que mas que la razon pueda el deseo.
Y así, si por tí sola me gobierno,
Todo el ascenso mio será *cuerno*.

LETRILLA DE ESPINEL.

El Temor.

Mil veces voy á hablar
A mi zagala,
Pero mas quiero callar,
Por no esperar
Que me envie noramala.
Voy á decirle mi daño;
Pero tengo por mejor
Tener dudoso el favor,
Que no cierto el desengaño;
Y aunque me suele animar
Su gracia y gala;
El temor me hace callar
Por no esperar
Que me envie noramala.
Tengo por suerte mas buena
Mostrar mi lengua á ser muda;
Que estando la gloria en duda,
No estará cierta la pena;

TROVA III.

Mil veces voy á apurar
Mi gran bota:
Pero mas quiero parar
Que no mirar,
Que al fin me quede sin gota.
Cuento á mi bota la grasa,
Y la sed que hay en mi pecho,
Mas me paro á mi despecho,
Y á mi beber pongo tasa.
Y aunque me suele animar
Que ella es grandota;
El temor me hace esperar
Por no mirar,
Que al fin me quede sin gota.
Tengo por suerte mas buena
Beber agua tras pepino,
Que ver no me queda vino
Para despues de la cena,

Y aunque con disimular
Se desiguala;
Tengo por mejor callar
Por no esperar
Que me envie noramala.

MADRIGAL DE LUIS MARTIN.

El Amor Satisfecho.

Iba cogiendo flores,
Y guardando en la falda
Mi ninfa para hacer una guirnalda:
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores;
Y estaba por su bien entre una rosa
Una abeja escondida:
Su dulce humor hurtando
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuese volando.

Que ella de tanto soplar
Al fin se agota:
Y asi es mejor ayunar,
Que no mirar,
Que al fin me quede sin gota.

TROVA IV.

Iba mi Ines cazando
Las pulgas que en verano la dan brega
Su blanca tez de púrpura pintando;
Mas primero las llega
Al cándido marfil de su uña fuerte,
Y con ambos pulgares las da muerte.
Y estaba por su mal en la costura
De su blanca camisa
Una redonda chinche, gruesa y lisa,
Y como en la apretura
De su uña la pilló, con gran denuedo
La mató, olióla mal, limpióse el dedo.

CANTILENA DE VILLEGAS.

De un Pajarillo.

Yo vi sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Víle tan congojado
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia:
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia:
Ya circular volaba:

TROVA V.

Yo ví á un picaronazo,
La bota bajo el brazo,
En tanto que cenaba;
Y nunca la soltaba,
Que no le era embarazo.
Su muger le rogaba,
Llorando de contino,
La dé á probar el vino,
Que toda se añuzgaba;
Y él bebia y callaba.
Ya por otro camino
Un trago le pedía,
Diciéndole que haría
Un grande desatino,
Si no la socorría;
Y él callaba y bebia.
Ya dice hecha una fiera:
¿Quieres que haya quimera

Ya rastrero corria:
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
"Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía:"
Y á mí, que respondia
El rústico: "No quiero."

Por tu bruta avaricia,
Y sea la vez primera
Que venga la justicia;
Y al ver tan grande esceso,
Y al ver tal desaliño,
Te lleven, bribon, preso?"
Ya en fin, con mas cariño,
Coge en brazos el niño,
Que tiene de mantillas,
Y puesta de rodillas,
Los ojos en la bota,
Le decia devota:
«¡Por la Vírgen María
Que me des una gota!
Por esta prenda mia
Y tuya: un trago espero;
Mira que sino, muero
De pena tan impía:"
Pero la respondía
El pícaro: «*No quiero.*"

ENDECHAS DE FIGUEROA.

¡Bella zagaleja
Del color moreno,
Blanco milagroso
De mi pensamiento:
Gallarda trigueña,
De belleza estremo
Ardor de las almas,
Y de amor trofeo:
Suäve sirena,
Que con tus acentos
Detienes el curso
De los pasageros!
Desde que te ví
Tal estoy, que siento
Preso el alvedrío,
Y abrasado el pecho
Hasta donde estás,
Vuelan mis deseos,
Llenos de aficion,
Y de miedo llenos;
Viendo que te äma

TROVA VI.

¡Llena y ancha bota
De color moreno,
Blanco milagroso
De mi pensamiento:
Archivo que encierras
El licor añejo,
Ardor de las almas,
Ardor de los cuerpos;
Que con tu olor solo
Darás vida á un muerto,
Y mas si están cerca
Friendo torreznos!
Desde que te vi,
Tal estoy, que siento
Seca mi garganta,
Y hecho esponja el pecho.
Hasta donde estás,
Vuelan mis deseos,
Llenos de sustancia,
De esperanza llenos:
Viendo que te cuviste

Mas digno sujeto,
Dueño de tus ojos:
De tu gusto cielo.
Mas ya que se fue,
Dando al agua remos,
Sienta de mudanza
El antiguo fuero.
Al presente olvidan:
Y quien fuere cuerdo
En estando ausente
Téngase por muerto,
Y pues vive el tuyo
En estraño reino,
Por ventura esclavo
De rubios cabellos:
Antes que los tuyos
Se cubran de hielo,
Con piedad acoge
Suspiros y ruegos.
Permite á mis brazos
Que se miren hechos
Yedras amorosas
De tu airoso cuerpo.
Que á tu fresca boca

Mas digno sujeto,
Dueño de tus tragos,
De tu gusto dueño.
Mas ya que se ha ido
Por los pies al suelo,
Sintiendo en su chola
Bien raros efectos;
A tu dueño olvida,
Pues le ves durmiendo;
Y el que un zorro coge
Téngase por muerto,
Y pues está ahora
Con el santo al Cielo,
Por ventura esclavo
De tu rico imperio:
Antes que se acabe
Tu licor selecto,
Con piedad acoge
Mi sed y mis ruegos.
Permite á mis brazos
Que se miren hechos
Los empinadores
De tu airoso cuero,
Que á tu dulce boca

Robaré el aliento;
Y en tí transformado,
Moriré viviendo.
Himeneo haga
Nuestro amor eterno;
Nazcan de nosotros
Hermosos renuevos.
Tu beldad celebren
Mis sonoros versos;
Por quien no te ofendan
Olvido ni tiempo.

Robaré el aliento;
Y una misma vida
Los dos viviremos.
El gran-Baco haga
Este trago eterno;
Y vénganme ganas
De dormir corriendo.
Que tu virtud, bota,
Celebraré en sueños,
Sin que me lo estorben,
Ni el frio ni el hielo.

ROMANCE DE ESQUILACHE.

Una zagaleja,
Que nació en la Sagra,
Y dejó su pueblo,
De matar cansada,
Vino á Manzanares
La fiesta de pascua,
A probar venturas,
Y á traer desgracias
Como si faltasen,
Cuando todo falta,
Pesares sin cuento,
Desdichas sin tasa:
Yo la ví en el baile,
Que Anton la miraba
Aun con mas cuidado
Del con que ella baila.
De estar tan torcidos
Dicen que es la causa
Que Anton se la jura;
Y ella se la guarda.
Cuando sueltos corren

TROVA VII.

Una bota llena
De leche de parras,
Que dejó su cuba
De encierro cansada,
Llegó á la aldehuela
La tarde de pascua,
A probar ventura,
Y ella á ser probada.
Como si faltasen
En tarde tan amplia
Pellejos sin cuento,
Botijos sin tasa.
Ya la ví derecha,
Que Anton la miraba
Con mayor cuidado
Que un majo á su maja.
De echarla los ojos
Dicen que es la causa
Que Anton la acomete,
Y ella le aguardaba.
Y boca con boca

Zelos en el alma,
No hay humo tan fuerte,
Ni muger tan brava,
Y una condicion
Tan libre y tan vana,
Dejada se ofende,
Querida se causa.

Los dos se agarraban;
Y diz que en la lucha
El Anton triunfaba.
Y aunque era una bota
Como una tinaja,
Probada se afloja,
Bebida se cansa.

Soneto.

Era invierno, y las horas del sosiego,
Cuando Fabio durmiendo descuidado,
Soñaba que era estío, y que abrasado
Se vió de la canícula y su fuego.
Sueña que á un limpio estanque se va luego
Y de enojosa ropa despojado
Se entra en el baño dulce y regalado,
Que le refrigeró con blando riego.
La frialdad del agua placentera
Conoce, que del pecho enardecido,
Poco á poco el calor le echaba fuera:
Despierta én esto, torna en su sentido;
Y ve que á efecto de su borrachera
En un gran lodazal se halla tendido.

Apólogos.

APOLOGO I.

El abuso rancio; ó el Cangrejo.

Tambien como en los hombres en los brutos
Aquella que es de la ignorancia madre,
Estiende sus dominios absolutos.
Yo no diré quién fue su abuelo ó padre,
Ni tomaré su alcurnia muy de lejos;
Mas solo un cuento que á su esencia cuadre,
Entre la turba vil de los cangrejos
Que habitan en las húmedas guareñas,
Formando su república y concejos;

Cruzando arroyos, y saltando peñas,
Aportó á un arroyon un celebrado
Cangrejo, gran viajero por las señas.
Era anciano de edad, rostro afilado,
De vivos ojos, y mirar honesto:
Cetrino en el color, y descarnado.
Cuidadoso, sagaz, sabio, modesto,
Amigo de ver mundo, y que solia
Viajar con tan solícito pretesto.
En cada lago estaba mas de un dia;
Y este por sus ojos fue testigo
De los abusos que en el vulgo habia.
Trató á un novel cangrejo como amigo;
Y á peticion del jóven inocente,
Para otras tierras le llevó consigo.
Instruyóle en lo que era concerniente
Al rapaz, su talento y su nobleza,
Y á elejir lo mejor como prudente.
Díjole que era abuso y gran torpeza
El andar hácia atras, que repugnaba
Al uso que dictó naturaleza.
El cangrejillo jóven que observaba
Del anciano el precepto, dió de codo
Al recular á que enseñado estaba;

Y andando hácia adelante de tal modo
A ejemplo se enseñó de su maëstro,
Que andar atras se le olvidó del todo.
Y en el agua cortar salió tan diestro;
Que con facilidad en pocas horas
De un mar burlaba el ímpetu siniestro;
Pero en esto las parcas, hiladoras
De nuestras vidas, la del sabio anciano
Robaron, y quedaron triunfadoras.
¡Inesperado golpe! ¿Hecho inhumano
Para el jóven cangrejo, su esperanza
Viendo burlada en tiempo tan temprano!
Pero ¿qué brazo á resistir alcanza
El decreto del Hado? En tan gran pena,
Mares dellanto y de suspiros lanza.
En fin, viéndose solo en tierra agena,
En su patria pensó buscar consuelo
Al dolor que el sentido le enagena.
De un rio en otro, pronto mas que un vuelo
Segun para adelante ágil andaba,
Al regato arribó del patrio suelo.
Ya la nativa playa saludaba;
Cuando á su voz salieron sus paisanos,
Que ya su patria verle deseaba.

Alegrarónse en verle sus hermanos
Cuerdo y sagaz, y en casa le metieron,
Dándose con placer las largas manos.
Pero á bien pocos dias advirtieron
Que hácia atrás el cangrejo nunca andaba,
Y á encanto, ó mal agüero lo tuvieron.
Uno ú otro al principio le burlaba
Su recto caminar: y él como sabio
Juzgó que con callar los impugnaba.
Túvose en fin por un comun agravio
Su invencion nueva y recta, y en su ofensa
No quedó en su region cerrado un labio.
Quién acusarle al magistrado piensa;
Quién darle muerte; quién, en su concepto,
Piensa espelerle de la turba inmensa.
En fin se decretó para este efecto
La turba cangrejil se congregase,
Que del bien comun mira lo mas recto.
Cada cuál por sus canas y su clase
Se sentó en el augusto parlamento,
Sin que el jóven cangrejo en él entrase.
Su causa allí, por via de argumento,
Se trató con fárrago y distinciones
Frias, y de poquísimo momento.

Pero como á las teses y razones
Deque el reculon uso se guardara,
Nadie impuguó con gritos ni espolones;
El presidente juez con leda cara,
Dijo que á burla el caso se dejase,
Y que al novel cangrejo se intimara:
«Que para atrás cual todos reculase,
«Sin osar replicar; ó que del lago
«Como á vil corruptor se le arrojase.»
El cangrejillo viendo el fiero amago,
Sin uno en su favor, y que podia
Venir sobre él aun mas terrible estrago,
Entre sí, reculemos, se decía:
Y por mas que con fuerza lo intentaba,
Volver atrás un paso no podía.
De su sabio maëstro se acordaba;
Y en invocarle ronco se fatiga,
Que como muerto ya no le escuchaba.

Así á quien todo un vulgo contradiga,
Y los que de él tenidos son por sabios,
Aunque lo mas perfecto abrace y siga
Descargarán sobre él lluvias de agravios.

APOLOGO II.

El Aguila y la Zorra.

Viendo una vez el Aguila valiente
Que con su astucia la falaz Raposa
Lograba aplauso en la plebeya gente,
Un chasco quiso darla, industriosa
La dijo; «Si tu humor lucir quisieres
En una fiesta sin igual pomposa,
Y á los Cielos conmigo te vinieres
A asistir á unas bodas, en su esfera (res."
Por tu humor te han de hacer dos mil place-
Respondió la Raposa: «Bien quisiera;
Pero ¿cómo podré subir arriba,
Sin que un carro volante se me hiciera?»
El águila cual nunca compasiva
Se fingió, y dijo: «Fia en mi cuidado,
Si tu dificultad en eso estriba;
Pues asida á mis hombros, ó á mi lado,
Verás que en lijereza á mí te igualas,
Y que el subirte queda á mi mandado."

Dijo; y tendiendo las robustas alas,
Asió de la Raposa, y altanera
Se alzó con ella á las etereas salas.
Y estando de la Luna ya en la esfera,
El águila acordóla los agravios,
Que de la Zorra recibido hubiera;
Y díjola con atrevidos labios:
"Si contigo, oh Raposa yo guardase
De maligna los ímprobos resabios;
Solo con que caer hoy te dejase
Desde esta altura, quedaría vengada,
A no ser mi nobleza de otra clase."
Entónces la Zorrilla amedrentada,
Empezó á maldecir su vano anhelo,
De querer á otra esfera ser alzada.
Y entre sí dijo, llena de recelos:
"Sí de este trance escapo con la vida,
No quiero, no, mas bodas en el Cielo."

APOLOGO III.

La Verdad Vestida.

Amable un tiempo, cuando Dios queria

Reinando la verdad, con cetro de oro
Rigió del orbe la ancha monarquía:
Con ella siendo en público decoro
Fiel esposa del claro Entendimiento,
Gozaba el mundo su mayor tesoro.
Era aquel siglo de malicia esento;
Pero al fin corrompida la Inocencia,
Vaciló de verdad el firme asiento.
Del Fraude en esto, y pérfida Insolencia
La Mentira nació, vil seductora,
De inícuo pecho y hórrida presencia.
Su baja cuna conoció en la hora;
Y su deformidad, que aborrecida
Le habia de hacer en cuanto Febo dora.
De su malicia natural movida
Su voz mintió, su aspecto y sus acciones,
Con un disfraz de máscara florida.
Con cebo de deleite, y falsos dones,
En sus caprichos altanera y varia,
Comenzó á seducir los corazones.
Siendo de la Verdad atroz contraria,
Intentó derribarla de su trono;
Y hacerla de sus artes tributaria.
Para saciar el hipo de su encono,

Increible es cual falsa, y cuan artera,
Doró sus voces y emmeló su tono.
Comenzó á lastimarse de que fuera
Tan necia la Verdad, tan desabrida,
Cuan falta de política y grosera.
Al tiempo que en mentir ella instruida,
Se vendió por discreta, cortesana,
Apacible, bizarra y bien nacida.
Insinuóse atractiva la tirana,
Con afeites y ornato subrepticio,
Aunque horrible de aspecto, é enhumana;
Y adulando sus crímenes al Vicio
Poderoso en la tierra, y arraigado,
Un vulgo inmenso á sí trajo propicio.
Con su favor logró que de su Estado
La Verdad santa fuese derrocada,
Su Imperio por la vil tiranizado.
Viéndose la Verdad menospreciada,
Espulsa, sin favor, y perseguida,
Desde entonces de todos mal mirada;
Mendigando el sustento y la bebida,
Fue á parar á la choza de un desierto
De mal secos troncones construida.
Y un mozo al lado halló vivo y esperto

Apto para volar, mas aherrojado,
Y de unas ropas miseras cubierto.
Reconocióla el preso, y lastimado
De ver á la Verdad errar mendiga,
Dolióse de ella aun mas que de su estado.
Contóle ella su pérdida y fatiga,
Y su abandono en fin: cuando el mancebo
"¡Ai dolor!» (esclamó) Verdad amiga,
No me cogen tus lástimas de nuevo,
Que aunque el ingenio soy de alas dotado;
A salir de esta estancia no me atrevo.
Pero aunque en estos grillos amarrado
Me tenga el disfavor, préstame oido:
Pues mi industria á ninguno le he negado.
Sabe que no hay manjar mas desabrido
En un tiempo, en que nadie ya te ayuda,
Que un desengaño á secas ofrecido.
¿Qué dije desabrido? Mi voz ruda
Anduvo: no hay bocado mas amargo
Que proferir una verdad desnuda.
Así, Verdad incauta, sin embargo
Que dar el desengaño abiertamente
En la dorada edad tuviste á cargo;
Hoy si hiere la luz derechamente;

A los ojos del lince causa daños
Cuanto más á la flaca y mortal gente.
Por esto la esperiencia halló, y los años
El arte de dar de oro á las verdades,
Y en almíbar bañar los desengaños.
Vivimos la peor de las edades,
En que es vilipendiada la inocencia,
Por falta de artificio y novedades.
Empero si hallo en ti condescendencia,
Y estimas mis sutiles invenciones,
Por tu estimacion misma y conveniencia,
Volverás á tu estado y posesiones;
Serás como un oráculo buscada,
Y gran reformadora de Varones.
Deja de hoy más de andar desaliñada,
Cual niño sin doblez, pues de falaces
Mofadores la tierra ves poblada.
Y puesto que política te haces;
La máscara te pon de la mentira,
Y viste del engaño los disfraces,
En su mismo artificio pon la mira,
Sin perdonar parábola ó emblema,
Cuando á ocultar tu desnudez conspira.
Usa de la ficcion, valte de un tema,

Tal vez estravagante; y su rodéo
Te hará vencer con docta estratagema.
Así la travesura, y el floréo
De tu invencion, verás que nadie escusa,
Y vuelves á alcanzar tu antiguo empleo.
Abrió los ojos la Verdad confusa:
Aquella vez no fue al ingenio terca:
Y empezó á acomodarse á lo que se usa.
Ya á vista de ojos con ninguno alterca:
En lo pasado lo que pasa inquiere:
Y pinta léjos lo que está muy cerca.
Propone en un sugeto lo que quiere
En ótro condenar: en este apunta,
Y al ótro el golpe da, sin que lo espere.
Sus flechas las enmiela, ó las despunta,
Para engañar mejor cualquier afecto:
Y como quiere, los desparte ó junta,
Así que por un círculo perfecto,
Sagaz siempre á parar al blanco viene (to:
De su intencion, que siempre fue el mas rec-
Y tal honor por su ficcion obtiene
La Verdad, que no solo en los Poëtas
Profanos su disfraz cabida tiene,
Mas tambien en el Dios de los Profetas.

Pensamiento de la Menagiana.

En un templo un caballero,
Con su venera muy majo,
Estaba junto á la pila
De agua bendita arrimado,
Al tiempo que á tomar agua
Llegó con su rico manto
Cubierta una hermosa dama,
De gala, primor y ornato.
Viendo sus ricas sortijas,
Dióla agua, y dijo muy ancho:
« Yo tomara los anillos,
Y dejaría la mano."
Mas ella respondió asida
De la venera: "Seo guapo,
Pues yo tomara el cabestro,
Y dejara libre el asno."

SILVA I.

A la Piedad.

¿Cuál otro digno objeto
En la gran copia de gratuitos dones,
Que ilustran la razon, llegó al respeto
Que tú, piedad santísima, me impones?
Tú principio serás de mis canciones,
Tú, que de mis cuidados
Siempre fuiste el primero, virtud santa;
Pues tu eficacia es tanta,
Que ser á tí negados
Los hijos de la tierra mal podremos.
Tú entre todos los grados
De superior valor, y de escelencia
Que en los mortales vemos
A nuestros dulces padres mandas demos
Con frente humilde honor y reverencia.
¿Pero cuál elocuencia,
Cuál fuerte voz de cuanto los debemos
Ponderará un traslado?

Ser, vida, luz, crianza, amor, cuidado,
Arrimo, nombre y honra se les debe,
Que jamas les podrá ser bien pagado.
¿Y habrá quien desalmado
A no rendirles este honor se atreve?
No es mio, no, creer que por ventura
Se pudo autorizar tal desmesura.
Cualquier culpa en el hombre fuera leve
En comparacion de esta,
Cual de eternales rayos coronada
La divina razon lo manifiesta.
¿Cuál ley, cuál tradicion mas propagada
Por una antigüedad de años prolijos
El mundo usó en sus hijos,
Sin que en cada interior ser radicada
La nacion mas remota,
Por su barbarie insólita, lo estorbe?
Ponedme pues del orbe
La mas ciega, é idiota;
Y si por caso duda se os ofrece
De que sin Dios, ó ley á vivir llega,
No digais que el honor al padre niega.
Que á todos Temis santa con luz pura
Los guia y asegura,

Que como el que atesora, en bienes crece
Quien honra da á su madre,
Y el recibir la bendicion del padre
La casa de los hijos fortalece,
Donde eterna es la gloria,
Y sin fin en los buenos su memoria.
Empero aquel, cual humo desparece,
Y es siempre ignominioso,
Que ingrato los oprima,
Y en maldicion el que los desestima.
En el cerco de nubes espantoso
Verá apagarse arrebatadamente
Su luz, quien fuere de ellos maldiciente.
Y ¡ojalá que los ojos que á su padre
Fisgan, ó miran torpes á su madre,
Arranquen fieros cuervos, y sangrientos
Los coman pollos de águilas hambrientos!
Yo en el polvo mi labio
Pondré, noble piedad, por respetarte
Seguirte y pregonarte,
Pues bajo el cielo igual á tí no tienes,
Ni otra cual tú deudora á tantos bienes.
Bella virtud ¿cuál sabio
Gentílico en tu elogio no se alarga?

¿Qué oráculo creido
A no ensalzar tu gloria se ha atrevido
¿Qué? ¿por dicha no encarga (ce
Tu guarda el inmortal? ¿Quién resplande-
Sobre el mas alto Querubin, no ofrece
Vida en retorno larga,
Vida que con sus dádivas bastace?
¿Quién pues te negará, virtud divina,
El sólido candor de tu doctrina?
¡Oh! ven luz grata, ¡oh! séllate en mi frente;
Seré á quien debo mas, mas reverente.

SILVA II.

De la congratulacion.

¿Qué bien hay, que no iguales,
O sin tí quién mejor las almas sella,
Congratulacion bella,
Que de un noble y divino pecho sales?
Tú eres, prenda feliz de los mortales,
La que has establecido,
Que del próspero bien en que miremos

Otro hombre bastecido
Con muestras de placer nos alegremos.
Si á los miembros que vemos
A un mortal cuerpo unidos, nadie veda
Que el bien del uno en gozo de otro ceda;
Si el simple amor de ser conciudadanos
Atrae á los humanos,
Los que en virtud unidos
Por tí se ven con vínculo mas fuerte,
¿Placer no habrán de la dichosa suerte
En que ven á sus prójimos queridos?
Asi que este tu gozo es fruto amable
Del Sér sumo inefable,
Gozo, sí gozo, y no del bien profano,
Y solo en la apariencia, que ese es vano;
Mas del que á un fin honesto se endereza
Puro placer sin mezcla de tristeza,
Ni resabio de envidia,
Falaz en persuadir, que otra ventaja
Deslumbra nuestro mérito, y lo ultraja,
Cual la piedra brillante
Ejemplo dá, pues nunca se fastidia,
Ni se muestra con pálido semblante,
Por ver al rubio sol mas claro que ella;

Que ántes se rie, y lumbre da mas bella.
Pero sin tí, ¡oh virtud! ¿qué no es la envidia
Es pálido pesar del gozo ajeno,
Que en el pecho del malo siempre lidia
Derramando pestífero veneno.
Crímen de abrojos lleno,
Y el mas nocivo, pues que descontenta
Al alma, que le abraza y le atormenta.
Cuando naturaleza se complace
Con el ajeno bien; nó al sol la luna
Envidia su fortuna,
Ni los rios al mar; que ántes les place
Gozar el bello grado
Que á cada cosa el inmortal le ha dado.
Así cuando otro gozo en tí no hubiera,
¡Oh divino placer, por el crecido
Gozo que das al ánimo abatido,
Solícito debiera
Templarse en tu alegría,
Que el gusano, que cria
Dentro sí el leño, roe sus entrañas
Hasta que le destruye; así las sañas
Del envidioso son; tal fue la via
Del fatricida, que la tierra fria

Tiñó la primer vez de humor sangriento.
Pero, virtud graciosa, ¿qué tormento
Causaste tú, ó qué bárbaro destrozo
El que á tu beneplácito procede?
¿Quién tal pensó? Otro gozo,
Otra quietud mas grata, otro alborozo
Por tí se le concede,
Que el malo, y su maldad quitar no puede;
Gozo puro sin mezcla de tristeza.
Así, ¡oh precioso don! ¿quién tu nobleza
Podrá de hoy mas no amar? ¿ó tú, olvidada
Serás de mi deséo?
No, virtud, que en mis brazos ya te veo
Darme ósculos de paz. Venid, humanos,
Que la prenda del cielo mas preciada
A ninguna es negada,
¡Oh! cante yo sus dones soberanos,
Y alégrense conmigo mis hermanos.

INDICE

de lo contenido en este tomo.

Eglogas. *En alabanza de la vida del campo.* Pájina 1
Egloga octava. 32
Canciones. *La vanidad terrena.* 51
La soledad. 53
Canto de Judit. 65
Canto de Débora. 69
Trovas. *Oda Fr. Luis de Leon.— Profecia del Tajo.* 78
Trova primera.— El borracho. 79
Madrigal. — El firme amor. 86
Trova segunda. 87
Letrilla de Espinel. — El amor. 88
Trova tercera. 89
Madrigal de Luis Martin. — El amor satisfecho. 90
Trova cuarta. 91

Cantilena de Villegas.—De un pajarillo. 92
Trova quinta. 93
Endechas de Figueroa. 96
Trova sesta. 97
Romance de Esquilache. 102
Trova sétima. 103
Soneto. 106
Apólogos. *El abuso rancio, ó el Cangrejo.* 107
El Aguila y la Zorra. 112
La verdad vestida. 114
Pensamiento de la Menagiana. 119
Silvas. *A la piedad.* 120
De la congratulacion. 123

Apendice.

TOMO IV.

ENDECHAS.

Primeras.

Esclavo inocente
Del mar en la orilla,
Bello á maravilla
Cual perla de oriente:
De un corsario Moro
Preso, y aherrojado
El que me ha apresado
La prision que adoro:
Con cadenas flojas
A tu humilde cuello
Cuando el rostro bello
Con mil perlas mojas:
Pareciste un dia
Cisne, albo y hermoso,
Que un tronco nudoso
Preso en sí tenia.
Sin ser conocido
Tu precio y donaire,
Era en vil desaire
A pregon traido.

Por impía costumbre
Quien mas valor daba,
Ya te amenazaba
Con vil servidumbre.
Allí blanda cera
Amor compasivo
Me hizo, y de un cautivo
Nueva prisionera.
De entre el brazo fiero
De aquel Sarracino
A mi pecho vino
El arpon primero.
Aunque no cumplida
Tu desgracia el susto
De temerla el gusto
Le quitó á mi vida.
Que el que es desdichado,
Siempre por cumplido
Tiene el mas temido
Disfavor del hado.
Pródiga del oro
Te dí con mi vida
Libertad querida
Del poder del Moro.

Ver te hice queria
Solo en rescatarte
Por libre dejarte
Sin mas demasía.
Y con pecho blando
Que amor dulce engendra,
Lo cria y acendra,
Irte regalando.
Ya por mil maneras
Viste en mi recato
Que engaños no trato,
Sino amantes veras.
Que mas apreciaba
Que el cetro del mundo
En amor profundo
Ser tu nueva esclava.

SEGUNDAS.

Robé á robadores
El dueño de mi alma
Que robó la palma
De los mis amores.
De un servil amago

Libré el cuello frio,
Del que mi alvedrío
Me ha quitado en pago.
Que quiera ó no quiera,
El alma engañada
Me dejó encantada
Tu gracia hechicera.
Un cabello rizo
Solo me mantiene;
Que el esperar tiene
En su cebo hechizo.
Y la que dar sabe
Libertad entera,
Ya esta prisionera
En prision mas grave.
La cadena arrastro
De amor mas estrecha
Que en su cárcel echa
Vengativo el astro.
Y tú á quien cautiva
Ya el alma he rendido,
No has de mí aprendido
Piedad compasiva.
Pues te hizo de intento

El hado perjuro
A mi amor mas duro,
Que peñasco al viento.
Trájete al arribo
De mejor fortuna,
Y sin causa alguna
Siempre te hallo esquivo.
Que es ley decretada
Del niño amor fuerte,
Que á servir no acierte
La que es desdeñada.
Así anhelo en vano
De mal en peor,
A un solo favor
De tu ingrata mano.
Ai! que la dulzura
Que el amor confia
Suerte es, y la mia
No tuvo ventura.
Ni otra causa inquieta
Si es aborrecido
De lo que ha querido
Todo el que bien quiera.
Así, si yo fuese

De oriente á la cumbre,
Y en su mayor lumbre
Al nuevo Sol viese:
Tú, Febo encendido,
Mal quitar podrías
Las tinieblas frías
De este ingrato olvido.

Terceras.

Cautivillo esento
De alma libertada,
Prision regalada
De mi pensamiento:
Preso de alma altiva
Que en trenzadas mallas
A no rescatallas
Mil almas cautiva:
Prisionero amado!,
De color mas fino
Que aire matutino
Da al clavel rosado:
Si esclavo te veo,
Y á cautivar almas

Te ensayas, mil palmas
Te darán troféo.
Si quien corazones
Así prender sabe,
Siente pena grave
En sufrir prisiones:
Ya libertad tienes,
Yo estoy sin ninguna,
Que así la fortuna
Trastorna los bienes.
Dí un perecedero
Precio por librarte,
Y por rescatarte
Diera un reino entero;
Al primer asalto
Cantó amor victoria
Viendo ya mi gloria
Vuelta en sobresalto.
Fortuna inconstante
Del bien sumo asirme
Quiso, si amar firme
Lo es á un bello amante.
Díjote ternuras
Blanda, y alagüeña,

Que el amor me enseña
Todas sus blanduras.
Unas tus cuidados
Me disimulaban,
Y otras te causaban
Risa y desenfados.
Que tus perfecciones
Dirigen al justo
El reino del gusto,
Del amor los dones.
Y solo quisiera
Que este collar bello
Me echases al cuello
Por tu prisionera.
Que el placer mas vivo
En ser solo estriba
La bella cautiva
De un bello cautivo.

LETRILLA I.

¿Qué me sirve, Tírsis,

Que aprecies mi amor,
Si continuo sueles
Aguar mi pasion?
Cuando yo á la selva
Por tí á aguardar voy,
Tú sigues el curso
Del gamo veloz.
¡Plegue á Dios la suerte
Se cambie en los dos:
Mi llama en tu hielo,
Tu frio en mi amor!
Y cual la novilla
Que al toro buscó,
Doliente y cansada
Solo halló rigor:
Así á mí me busques,
Y á tu ardiente amor,
Cuando me encontrares,
Desden te dé yo.

LETRILLA II.

¡Oh infiel pastor crudo,
Crudo infiel pastor!

¡Oh de mármol duro,
Duro corazon!
¡Oh firme, y seguro
En tu infiel traicion,
Cuanto instable y vano
A mi fino amor!
Que sobre la gala,
Gentileza y voz
De inmortal dulzura
Que el Cielo te dió:
Que el bello semblante,
La gracia y valor
Que tantos contentos
Un tiempo me dió,
Solo eres quien causas
Mi triste dolor,
Y tú de mis males
No haces compasion.

LETRILLA III

Pues ellos solos, niño,
Tanto herir saben:
Préstame tus ojuelos

Para esta tarde.

De tinieblas llenos,
De luces vacios,
Estos ojos mios;
Y en esos serenos
Tanto esplendor arde,
Préstame tus ojuelos
Para esta tarde.

Lo que yo mas veo,
Nunca ver quisiera;
No vé mi ceguera
Lo que mas deséo,
Pues tu vista creo
De ver hace alarde:
Préstame tus ojuelos
Para esta tarde.

En sombra importuna
Vi males presentes,
Con ojos patentes
Nunca hallé fortuna;
Mas porque halle alguna

Aunque se retarde:
Préstame tus ojuelos
Para esta tarde.

LETRILLA IV.

¿Qué beldad es aquella,
Cielos, que miro,
Al pasar el arroyo
Del Alamillo?

El hechizo hermoso
Sobre cuantos cria
La ribera umbría
Del Zurguen undoso,
Ví en juego donoso
Y ademan sencillo:
Al pasar el arroyo
Del Alamillo.

Ví mas que el Sol bellos
Sus graciosos soles
Llenos de arreboles
Sus rubios cabellos,

Jugando con ellos
Galan zefirillo:
Al pasar el arroyo
Del Alamillo.

Con mirar piadosa
La agostada selva
Fuerza es que la vuelva
Mas fértil y hermosa,
Y al jazmin y rosa
Dé su olor y brillo,
Al pasar el arroyo
Del Alamillo.

Decir el recréo
Que yo siento en vella,
Veloz me atropella
Mi ansioso deséo,
Si otra vez la veo,
Yo sabré decillo
Al pasar el arroyo
Del Alamillo.

LETRILLA V.

Tiende presto tu manto,
Medrosa noche,
Que me importa la vida
Matar á un hombre.

Dar á un descreido
Que mi vida lleva
Muerte, le amor nueva
Cual la que he sufrido:
Darme ha el mas cumplido
Troféo y renombre:
Que me importa la vida
Matar á un hombre.

Dame de tu aljaba,
Dame, Amor, la flecha,
En matar mas hecha;
Dámela, ai! acaba,
Y en verme tan brava
No mi bien te asombre:
Que me importa la vida

Matar á un hombre.

Tu flecha haga activa
Yerba ponzoñosa,
O si encuentra cosa
Mas vehemente y viva
Tu rigor reciba,
Quien no ama tu nombre:
Que me importa la vida
Matar á un hombre

Pues esquivo ordena
Que muriendo viva
De quien soy cautiva
Presa en su cadena,
Muera, y en tal pena
No libre su nombre;
Que me importa la vida
Matar á un hombre

ANACREONTICA I.

De la Fortuna.

Riámonos, ¡oh Baco!
De la fortuna loca,
Pues rie de nosotros,
Que así se estila ahora.

Ya piensa que su alcázar
La esfera del sol toca
El que antes por morada
Tuvo una humilde choza.

Ya brilla en puesto alzado
Aquel que obscura sombra
Al rayo de una luna
Le dió un rastrojo alfombra.

Cual éstas de fortuna
Son siempre las tramoyas;
Riámonos pues de ellas;
Que asi se estila ahora.

ANACREONTICA II.

En tanto que fui niño
No supe de trabajos:
Ni el pago que dar suelen
La edad y el desengaño.
Burlábame ignorante,
De ver á un cuerdo anciano,
Hecho un niño en sus risas,
Con el tazon de Baco.
Mas luego que he sabido
Del mundo los engaños,
Que dan al que es mas bueno
Pesares mas amargos:
Tú, ¡oh Baco! me enseñaste
El modo de hacer gratos
Los tragos que da el mundo,
Con tus alegres tragos.

Con ellos me alborozo:
Con ellos juego y danzo,
Con ellos mis pesares
Huyen mas que de paso.
Así bebiendo alegre
Yo vuelvo á ser muchacho;
Siquiera se avergüencen
Las canas y los años.

ROMANCE.

En el anchuroso lago,
Cuyas ondas alborotan
De Orion y otro amago,
Cuando de la gran Cartago
La vecina playa azotan:
Zaide, huyendo de Aja bella,
Que mas que á su alma le amaba
Su amor constante atropella;
Y para huir mejor de ella,

Al ciego mar se entregaba.
Descubrióle sin cautela
Aja su ardiente pasion,
Cosa que al amante hiela;
Que al gusto da poca espuela
Gozar tan de valde un don.
Y dando la vela al viento
Deja la vecina playa,
Y en mas crecido tormento
A Aja que su crudo intento
Desde una torre atalaya:
El rostro en perlas bañado,
Cual la luz de la mañana,
De un medio color turbado,
A quien todavía no ha dado
El Sol los vivos de grana;
Recogiendo allá en su pecho
El mal que su paz destruye
Gozar quiere sin provecho
De un balcon al antepecho
El ver su amante cual huye.
Mirando huir al traidor,
Casi muerta su esperanza,
Sino la acabó el dolor,

Fue por dárselo mayor
De su amante la mudanza.
Viéndose de amor perdida,
Los recatos echó fuera
Del miedo, y con voz subida
Del moro infiel no atendida,
Le dijo de esta manera:
«¡Oh valor, que siempre fuiste
Para tódos de provecho,
Y solo para mí triste
De tormento le volviste
Saqueando mi amante pecho!
Si en el tuyo un torpe intento
No oculta el engaño injusto,
¿Cómo, dí tan pronto al viento
Das la fé y el juramento
Que era el colmo de mi gusto?
¿Qué se hizo el bien que nacia
De tu fama en mi memoria;
Que aunque ménos que es decía,
El contento que yo habia,
No era menor que tu gloria?
¿Cómo, dí, de mi alborozo
Quedaré huérfana triste,

Bañada en queja y sollozo,
Sin la presuncion del gozo,
Del amor que me ofreciste?
Ven á gozar del descanso,
Que mi puro amor te ofrece;
Miéntras su flujo y remanso
Muestra el fiero mar mas manso
Que hoy contra tí se embravece.
Ya habrás visto en suerte loca
Gente al viento confiada,
Cuando su ira provoca,
Darla en una oculta roca
Por el ancho mar sembrada.
Ya que tampoco mi amor
Merece á tu ingrato pecho,
Que no ablande tu rigor;
No mires á mi dolor,
Sino á tu mucho provecho.
Deja el mar hondo é incierto,
Ven á gozar mis jardines,
Su suelo de flor cubierto;
Hallarás descanso cierto
Entre rosas y jazmines.
Ven, y á mi diestra sentado

Goza del frescor ameno
De un sitio tan regalado
De casia y azar nevado,
Mirto y cinamomo lleno.
Aguarda, pues, que el deshecho
Viento aplaque su ira fiera;
Y ve si aunque yo en tu pecho
Me hallase, don mas estrecho
Y breve á tu fe pidiera.
Solo á tu partida pido
Un breve y pequeño espacio;
O di si en el mar has sido
Mas dulcemente acogido,
Que en mi pecho y mi palacio.
Ven á gozar del tesoro,
Que en ricas mesas de alerce,
Con ricas bajillas de oro,
Para tu gusto y decoro
Me hace el amor que me esfuerce.
Goza la tapicería
Que en bellos marcos de encajes
Te mostrarán á porfía
Fuentes, caza, montería,
Faunos, riscos y follajes.

Aquí en tropa voladora
Cisnes verás que á las flores
Las dan música sonora,
Y cual cantan á la Aurora
Calandrias y ruiseñores.
Si al fin el agua te es grata,
Aquí hay una dulce fuente,
Espejo hermoso de plata,
Que verás que al Sol retrata,
Cuando te mire de frente.
Préndate de la hermosura
Que con bellos arreboles
Febo hace en esta frescura,
Tejiendo en su linfa pura
Nunca vistos tornasoles.
Nó la fé del casamiento
Que tu amor me prometia
Te pido, ni que en descuento
Dejes tu propio contento
Por sanar la pena mia.
Pero ¿qué contento ¡ai cielo!
Puede á tu pecho causar
Del hondo mar el recelo,
Su grita, y el desconsuelo,

Cuando se llega á alterar?
Aquí en varios cenadores
Sobre estanques cristalinos
Verás estátuas de amores,
Burla y juego de pastores,
Y otros cuadros peregrinos.
En pebeteros de Oriente
Gozarás sirios olores,
Y en un concierto escelente
Tus hechos, Moro valiente,
Celebrarán mis cantores.
¡Ea! ven; que se tan pura,
Cual la que Aja te ofrece,
No te dará tu ventura;
Mas alguna ingrata y dura,
Cual tu falsedad merece.
Pero en tu opinion altivo
Sigues tu rumbo sonoro,
Y, ¡ai! falso, infiel, vengativo,
Que huyes de mí fugitivo,
Porque ves como te adoro!
Mas si el mar te place tanto,
Ven que mar mas turbulento
Verás en mi amargo llanto:

Embárcate en él, que en tanto
Irás de mudanza esento.
Ven, y ve mi triste suerte,
Verdugo hecho de mi vida
Aquel placer de quererte,
Que está cerca de mi muerte,
La ocasion de tu partida.
Mas no dejes tu desvío,
Traidor, si no lo merezco,
Que para mas pesar mio
Dieras nueva fuerza y brio
A esta vida que aborrezco.
Ese mar, como tú, instable
de ciega fortuna asiento,
Ahora te proteje afable,
Y con su soplo mudable
Ayuda tu falso intento.
Mas yo espero que él mudado
Tus intentos desvanezca,
Y dé con tu barco airado
Contra algun risco escarpado,
Que en cruel se te parezca.
Mas si por ser placer mio
Su estilo olvida fortuna,

Estos ayes que te envio
Ni de tí ni tu desvío
Dejarán reliquia alguna.
Ellos, ai traidor! te juro
Que de tí me den venganza,
Ni dará vuelco seguro
Tu barco cual tú perjuro,
Si el menor de ellos le alcanza.
Mas ¡ai suerte miserable!
Que al que mi amistad rehuye
Por don de fortuna instable
Mis suspiros favorable
Viento le darán, cuando huye.
Mas en tu favor ó daño
Cual lo son te los envio;
Que en amor nunca hubo engaño,
Y mas en amor tamaño,
Cual es el ardiente mio.»
Dijo; y mucho mas dijera,
Si la pena mas aliento
La diese en sazon tan fiera,
Y en un punto no perdiera
El habla y el movimiento.
Quedó marchita cual hoja

Del albelí mas pintado,
Y con la nueva congoja
Pálida la color roja,
Y hierto su albor rosado.
Desmayada así en los brazos
De sus damas se arrojó:
Y el amante, que los lazos
Huye y sus dulces abrazos,
Su incierto rumbo siguió.

IDILIO I.

¡Qué tarde la triste alba ha amanecido
Cubriendo en nieblas su rosada frente!
¡Qué turbio el bello sol su carro ardiente
Entre una nube lóbrega escondido
Nos muestra escasamente!

Ni el pastor canta ni el ganado pace,
Ni se ve en fuentes y aves armonía:
La flor no rie. ¿A donde la alegría
Huye con pie veloz? Asi el sol nace,

Y asi amanece el dia.

Ai! mira tu fortuna sin espanto,
Y prevente con alma diamantina
A la desgracia que ella te destina;
Que la prevista no acongoja tanto,
Como la repentina.

Voy de mí misma por mi mal cargada,
Sola por senda errada con pie errante,
Y ante mí miro en pálido semblante
Muerte que me amenaza en la jornada
Con un puñal tajante.

IDILIO II.

¡Qué borrascas escita el mar hinchado,
Opuestos entre sí los elementos!
Hieren los montes rigurosos vientos
Vibrando en ira Júpiter armado
Sus rayos violentos.

Marchita el astro con su soplo helado,
Abrasa Febo con su luz ardiente

El valle umbroso y prado floreciente
Que antes de rojas flores coronado,
Ya es arenal ardiente.

Pero la dura causa de mi pena
De la beldad del Cielo siempre avara
Mas cruda lid, mayor furor declara
Cuando los rayos de su luz serena
Al pecho me dispara.

Siete años ¡ai! me trajo entretenida
El vano Amor, y mil me entretuviera
De un sútil pelo de una cabellera
Presa, que es la esperanza de algo asida
Dulcísima hechicera.

Llévame en pos de sí el Amor tirano
La cadena arrastrando mas estrecha;
Que al mas rebelde en su prision no se echa
De un mal en ótro procurando en vano
Soltar su ardiente flecha.

De Amor en el altar en sacrificio
La prenda de mi honor le fue entregada;

Pensé acertar, mas ley es decretada
Del Amor que no acierte á hacer servicio
Muger que no es amada.

Esquiva de la gente no me alegro,
Aborrezco del Sol los rayos rojos,
El resplandor marchito de mis ojos,
Que deshechos en llanto amargo y negro
Al mar doy por despojos.

La dulce voz de mi apacible canto
A los suspiros dí sin armonía
La disonancia ocupa el alma mía,
Y el corazon de un temeroso espanto
Es triste monarquía.

IDILIO III.

¡Ai, qué revuelta vas, corriente brava,
Desnuda de arboledas y frescura!
Ni quieres dar ni recibir cultura
Del bosque que á tu espejo se miraba
Conmigo en mi ventura.

No ya la vid al álamo sombrío
Sus brazos encadena dulcemente,
Ni de inmortal verdor orna su frénte
A costa del humor del manso rio
El plátano luciente!

Sin duda como á mí adornaros quiso
La fortuna en sus círculos mudable,
Y ya os dió á conocer su ser variable,
Dándome en vuestra ruina triste aviso
De su firmeza instable.

Mas si ya el ofendido Cielo ha sido
Quien en venganza de mi intento vano
A las garras quizá de tigre insano
El centro de beldad habrá traido
Que antes me amaba ufano.

Si al paso de los bienes van los males,
Si al nivel del dolor se da el contento,
Si á breve bien pequeño sentimiento,
Si á pérdida mayor penas iguales
En todo esperimento.

Veáse en esto cuán activo y fuerte
Tormento siento en mí, pues he perdido
El bien mayor, y por el no cumplido
Gusto de amarte, dilatada muerte
De infierno he padecido.

IDILIO IV.

Paso llorando en el silencio mudo
La obscura noche y las calladas horas,
Cuando da en sueños sombras burladoras
El aire negro de color desnudo
Lo que tú, Amor, no ignoras.

¡Aí del que en sueños míseros se via
Al feroz seno de una tigre hircana,
Si ya despierto entre la fuerza insana
De sus dientes se ve cuando del dia
La luz se muestra ufana.

Yo cuando de mi angustia lastimera
Vuelvo en mí á la inquietud de mi deséo,
Con palpitar del corazon me veo
Ante la imágen de la muerte fiera

Por despojo y troféo.

Justa venganza de mi amarga vida
(La dijo) á quien remite Cielo airado,
Abrevia tu victoria y mi cuidado,
Y déjame de un golpe concluida
En tan mezquino estado.

Ya he visto por mi mal lo que amor puede
En un pecho á quien falta la ventura,
Y el mas fundado bien cuán poco dura
Cuánto á un breve placer la pena escede
Eterna en amargura.

IDILIO V.

¡Ai mi perdido bien, muerta alegría,
Mi Lucero, mi Amor, mi noble dueño;
Mi sin igual Amor siempre halagüeño
Por quien en Dios, y en ti tu Elisa fia
Ver tu rostro risueño!

Contigo hube palabras regaladas
Cu ando la fe del corazon me diste;

Y cuando por tu esclava me rendiste,
¿Por qué para unas horas tan menguadas
Por tuya me elegiste?

Alma dichosa, que en amor ardiendo
Sobre tu mismo fuego te levantas,
Y del mal libre con graciosas plantas
Los campos de zafiro vas midiendo,
Y al Cielo te adelantas.

Miéntras del tercer globo florecido
Entre mil lirios de mancilla esentos
Cogiendo vas los castos pensamientos
Del puro afecto que á tu fe he tenido
Sin falsos fingimientos.

Vuelve los ojos, mira el sacrificio,
Que ahora á tu deidad hacer espero:
Que ni yo pido, ni aunque pueda, quiero
Vivir ya sin estar en tu servicio,
Y estarlo al fin espero.

Que mi alma por seguirte estará ufana,
Suelta del cuerpo que por tí fallece,

Tú acoge ahora el don que ella te ofrece,
Don que el amor acendra, el dolor sana
Y el honor engrandece.

Y el Cielo justo, pues que lo es, ordene,
Que á pesar de la envidia siempre impura
En honra de un amor y fe tan pura
Los que apartados al morir nos tiene,
Junte una sepultura.

IDILIO VI.

Ya el enlutado dia se acercaba (cura,
Que al mundo habrá de echar la noche obs-
Y al lucero que al sol daba luz pura
Con un trágico ocaso deslustraba
Fin dando á mi ventura.

Yo viera aquella noche sin estruendo
Salir con manto de astros asombrando,
Y á la luna su curso acelerando
Sus argentados cuernos ir creciendo,
Y mi vida menguando.

Si como esótras es mortal mi suerte
Diérame con mi fin la parca airada
Suerte mas duradera y afianzada;
Que dar la vida á quien amó la muerte,
Crueza es solapada.

Estas fueran las lágrimas postreras,
Son, y serán que en mísero lamento
Perdiera en este arroyo turbulento
Que las hiela á la sed de tantas fieras
Con paso violento.

Mas si este bien cual los demas me veda
La estrella que á este punto me ha traido
Por premio á la que en vano le he servido
Este agrado á lo menos me conceda,
Que al Cielo vuelto pido.

Que este aliento vital que me recréa
Se pierda donde el resto se ha perdido
A los pies de un ingrato descreido,
En donde cada cuál lo que deséa
Mire de hoy mas cumplido,

En mi fin dulce, yo su rostro amado
Veré en verme morir, grata y contenta,
Y en morir, si sus gracias acrecienta,
Están con mi desden desenojado,
Tendré la mayor cuenta.

Que la ocasion porque hoy fallece Lidia,
Ha sido tan hermosa, que no espero
Que compasion me tenga el pasagero,
Sino es emulacion y noble envidia
De morir, como muero.

IDILIO VII.

Ai! por mi mal he visto en claro dia
En aire raso y cielo descubierto
El Sol de un luto fúnebre cubierto,
Robando su esplendor la sombra fria
Contra el comun concierto.

La Luna que preside en su creciente
Al flojo sueño en húmidas centellas
La ví alegre salir con sus estrellas,
Y faltando su luz cuando luciente

Preside á todas ellas.

Acaso el Cielo todo condolido
De mi pasion y mi lamento triste,
El luto de mis lágrimas se viste
Pues de sus galas se ha destituido,
Y en mi dolor me asiste.

Ai que me dice ya vuestra tristeza,
Que esa mudanza y ruina insoportable,
Me ordena alguna cosa miserable,
Cuando mi vida á florecer empieza,
Y hacerse al mundo amable.

La poderosa mano despiadada
Que os robó ese bellísimo ornamento,
Como á mí la esperanza del contento,
De triunfos, y despojos va cargada
Sin ver nuestro lamento.

Sábelo el rio, el monte y la laguna
Que está cansada y harta en sus victorias
De marchitar en flor mis dulces glorias;
Que arrebatára golpe de fortuna

Si es que eran transitorias.

No viera yo cubierto de humo horrendo
Cielo, que abierto ví, con luces bellas,
Cuando Fortuna me halagó con ellas,
Que de una vez mis dichas concluyendo,
Fináran mis querellas.

POESIA.

Una casualidad ha traido á nuestras manos el original de los siguientes epigramas, y aunque ignoramos quién fuese su autor, acaso nos atreveriamos á creerlos del célebre Iglesias ó de alguno de sus mas felices imitadores, por reunir á lo festivo y picante de las ideas aquella soltura y lijereza en la esprecion que caracterizaban á nuestro moderno Marcial.

Fue preciso á Ines y Anton
De enamorados casarlos
Ayer, y lo fue prestarlos
Para dormir un jergon.
Madrugó hoy Ines, y que
Desayunar no encontró;

Pidió á Anton, no se lo dió
Y ella á buscarlo se fue.

Llena de dijes y anillos,
Ancha blonda, alta basquiña,
Salió á la calle una niña
Con tres ó cuatro perrillos:
Movióse un viento importuno
Que la basquiña le alzó,
Hubo quien carne la vió,
Pero camisa ninguno.

Preguntó un niño á su madre
Con ansia, pues lo ignoraba
á quien de los que miraba
Podia llamarle padre.
Y ella dudosa cual él,
Por no engañarle, le dijo:
«Tu padre no lo sé, hijo,
Mas mi marido es aquel.

Al anochecer un dia
Una niña juguetona
Con descaro acometia

A toda humana persona
Que por la calle veia.
Llegó un lindo presumido
Que la monserga entendió,
Díjola truco al oido:
Ella se fue, él la siguió:
¿A dónde, y á qué habrán ido?

Narcisa del Berrocal
Con tanto lujo salió
Al Espolon, que pasó,
Por dama muy principal.
Viéndola yo tan compuesta,
Díjela «mucho has medrado;»
Y ella á mí con desenfado
«Harto trabajo me cuesta.»

Juega Anton con Feliciana
A juegos de diversion:
Salta y brinca el tal Anton;
Y ella se rie de gana.
Alguna vez se están quedos
Y sin dejar de enredar:
¿En qué vendrán á parar

Si siguen tales enredos?

De cuando en cuando Isabel
Se marcha á Tabarabuena
A tomar aires, y buena
Dicen que se pone en él.
Qué enfermedad tiene ella
Hasta el dia en duda está;
Pero lo cierto es que vá
Y á los nueve meses viene.

Don Luis hoy llamar oí
A quien ayer se llamó
El tio Luis, y al verlo yo
Por cierto me sorprendí.
Advirtiólo un picaron,
Y con burlon retintin
Me dijo: «sonando el din,
No disuena nunca el don.»

A una tabernera vieja
Por judía delataron,
Y su vida tal hallaron
Que á resultas de la queja

En la inquisicion la entraron.
Un borrachon afamado
Supo el qué, cómo y manera,
Y esclamó absorto y pasmado:
«¡que el agua faltar pudiera
A quien tanto ha bautizado!»

Los epigramas anteriores se han sacado del Semanario Pintoresco Español *por lo espuesto en el párrafo que las antecede.*

El Pleito
DEL CUERNO.

PERSONAS.

El Abate Cornaquini.
El Dómine Cornejo.
Doña Cornelia, Viuda.
Doña Cornificia, Petimetra.
El Marques del Cornil.
La Sra. Cornia, amiga de la que sigue.
La Sra. Cornara, Madre de Cornelia y Cornificia.

La presente comedia es inedita, y no se sabe de fijo su autor; pero dado caso que no sea de Iglesias, creemos hacer un servicio á la literatura dándole á luz, pues ademas de su mérito reune mucha analogía con las poesías satíricas de este autor.

EL PLEITO DEL CUERNO.

Salen Cornia y Cornara.

Cornara.

Sí, amiga: en esa locura
Las señoritas han dado.

Cornia.

Inocente inocentada,
El buen gusto las alavo.
¿Con que todo ha de ser cuerno?

Cornara.

Sí, Cornia: así está tratado:

Cuantas palabras hablaren
Luego que entren á este cuarto
Han de tener alusion
A tan precioso regalo.

Cornia.

La empresa es algo dificil.

Cornara.

A la verdad es bien árduo
Mientras hablen con concierto,
Mas hoy estan dispensados
De toda esta precision:
Fuera de que este trato
No creo yo que se entienda
En términos tan esactos
Que todo cuanto pronuncien
Suene á cuerno bueno ó malo;
Basta que todo el discurso
A un objeto enderezado,
Tenga por asunto el cuerno,
Y el nombre cuando es del caso;

Para esto está prevenido
Un tribunal ó un estrado
En el cual se ha de tratar
Por los dos vandos contrarios
El pro y contra de los cuernos:
Los dos han de hacer un vando.

Cornia.

Las dos los defenderán
Y serán sus abogados.
Siquiera porque sus nombres
Con el cuerno aluden tanto.

Cornara.

No: Cornelia y Cornificia
Siguen el vando contrario
Y hacen papel de fiscales
Del pobre desventurado:
Pero el dómine Cornejo
Escolar estrafalario,
Que puede servir de molde
De pedantes afectados;

Es quien defiende los cuernos:
Y para igualar el vando
Le acompaña en tal empresa
Un petimetre gallardo
Moledor de gente honrada
La presuncion en abstracto.

Cornia.

¿Es el marques del Cornil?

Cornara.

Por mi fé lo has acertado.

Cornia.

Conozco muy bien los vichos
Del barco aunque no los trato.
Mas una cosa me espanta,
Parece que se han buscado
Los nombres con un candil.
¡Se junta un bello retablo!
Cornia, Cornara, Cornejo

Cornil con su marquesado.
Y Cornelia y Cornificia!

Cornara.

Vé lo que puede un acaso.
Pero aun mas te admirarás
Con lo restante: este estrado
Necesitaba de un juez
Y tan bello lo encontramos
Que no se hallara mas propio
Aunque se hubiera mandado
Labrar en la Alcaiceria.
El es un buen saltimbanco
Amante como mil hombres
Como mil damas peinado.
De los que tienen suspiros
Y afectos almacenados
Para usar de los añejos
Cuando los nuevos faltaron.
Ni clérigo, ni seglar,
Por sí, ni bueno ni malo,
En la vocacion anfivio,
Murciélago en el estado,

Acusador de paseos
Y atisvador de teatros:
En fin, ni huele ni hiede
Nuestro abate, y es un pasmo
Para tal juez.

Cornia.

Acabarás
De contar, quien es de plano
El abate Cornaquini.
Es ese?

Cornara.

Pintiparado.
Repara tambien su nombre
Que para el dia es del caso.

Cornia.

Deseando estoy que vengan
Que ha de ser gustoso el rato.

Cornara.

Ya vienen las dos muchachas.

Salen las dos.

Doña Cornelia.

¿Qué tal estamos?

Cornia.

De Paimo.

Cada vez da mas pesar
Cornelia, de ver tu estado,
Tan muchacha y tan bonita
Te pega mal negro tanto.

Doña Cornelia.

Mal ó bien yo muy contenta
Con mi viudedad me hallo.
¿Qué falta le hace un señor

A quien tiene mil esclavos?

Doña Cornificia.

Sí señora, echar bravatas
Mientras no cae un gazapo:
Y si uno de los mil siervos
Se descuida un tanto cuanto,
Tirará hacerle señor
En menos que lo relato:
Cornelia: esas bocanadas
Para bobos boquiblandos.
Que yo entiendo tus tramoyas.

Doña Cornificia.

Ves que soy cuerda y te aguanto;
Pero ser demasiada
No le está bien á tu estado:
Tú á todas juzgas por tí,
Y tu loco desvarato
Por encontrar un marido
Sea bueno ó sea malo,
Piensas que le tienen todas:

Mas tus afeites, tus lazos,
Tu cuidado sale vano.

Doña Cornificia.

Como que tú no te afeitas.
Y por ser negros tus lazos
No cuidas tú de que esten
Muy en su lugar sentados;
Andas como una pispita
Y con estudio pisando
Parece que.....

Cornara.

Vamos niñas:
¡Siempre estareis altercando!
Cada cual tiene su buen
Deseo de un bello lado.

Carnia.

Hoy no es dia de contiendas.

Doña Cornificia.

Yo por mí al instante acabo.
Pero esta, siempre torciendo
El gesto me dá á los diablos:
No aude baciendo ascos á todos,
Hable como yo hablo, claro.
Si no se casa es porque
No hay con quien; yo asi lo hago.
Y lo digo: santas pascuas.

Doña Cornelia.

¡Propósito temerario!
Yo ir con propósitos tales
A vulnerar á mi estado!

Doña Cornificia.

Sí, cuando al otro ibas,
Ibas en un relicario.
Y si casaste, no fue
Por estarlo descando.

Cornara.

Callad que el dómine viene.

Cornia.

Y el buen marqués á su lado.

Salen el Marques y el Dómine.

Dómine.

Usía ha de entrar primero.

Marques.

Vámoslo usía dejando.
Sin cumplimiento : entrad vos,
Lo primero son los años.

Dómine.

Válgate Dios, por vejeces.

Marques.

Mirad que estan aguardando.

Dómine.

Pues entrad.

Marques.

No teneis razon,
Vamos juntos y abrazados.

Doña Cornelia.

A fe venis muy amigos.

Marques.

Señora: esto no es estraño,
Pues como confrontan otros,
Los dos encornamentamos.

Cornara.

Parece que ya comieza
La inocentada.

Marques.

El contrato
Es contrato, y comenzarse
Debe, pues juntos estamos.

Cornia.

No: que aun el abate falta.

Dómine.

Quizá estará trascornado.

Doña Cornificia.

Ya allí viene.

Marques.

Sí: mirad
Que petris y acicalado.

Sale el Abate.

Abate.

Buenos cuernos os de Dios.

Doña Cornificia.

Muy buenos os los pongamos.

Dómine.

Asi esplicais vuestro nombre
Que viene de *cornu y facio.*

Marques.

Mejor esplica su oficio,

Que es engañar corneando.

Cornara.

Dejad tales cumplimientos,
Tomad un cuerno y sentaos.

Marques.

Sentarémonos, madama,
Pero será entre cornados.

Abate.

Este Cornejo no sabe
Lo que se cuerna, encornaos,
Que el que muestra estar de cuerno
Para hoy no vale un cornado.

Dómine.

Procuro quedarme solo
Por ser cornudo mas bajo.

Doña Cornelia.

Cada cual dos cuernos tiene,
Yo tambien tengo dos lados.

Dómine.

Para agradecer favor
Tan estupendo y tamaño,
Quisiera de vuestra hechura
Tener cuatro mil cuernazos.

Doña Cornificia.

Cuernigia, y que soflamero
Venis hoy.

Marques.

No es esto estraño,
Bien sabeis que por serviros
Todos tres nos descornamos,
Deseando que os digneis

Este rato de encornarnos.

Cornara.

Dómine, traeis un polvo?

Dómine.

Sí señora, y gran tabaco;
Es rapé muy esquisito,
En cornualle labrado.

Cornia.

¡Qué caja de palo y piedra!

Dómine.

Es de cornicabra el palo,
Y la piedra cornerina.

Cornia.

Cornigala y qué del caso!

Dómine.

Siento que no vale un cuerno
Pero está á vuestro mandado
Encornadme y admitidla

Cornara.

Yo no gasto ese tabaco,
Tal cual polvillo que encuerno
Lo encornaré con su amo.
No es cosa de detenerme,
Supongo habreis estudiado
El pró y contra de los cuernos,
Las razones y alegatos.
Ya es tiempo de comenzar.

Doña Cornelia.

Todos muy prontos estamos.

Abate.

Pues ya que por juez me toca,
Hago señal con un cuerno
Y doy principio á mi oficio:
Hable Cornelia primero,
Cornejo responda al cargo,
Inste Cornificia luego,
Y Cornil remate el todo:
Yendo asi cuernos con cuernos,
Razones entrecornadas,
Yo el juez Cornaquini recto
Como un cuerno pondré el fallo
Del retorcido derecho.

Doña Cornelia.

Pues yo he de ser la primera
Aunque indigna me contemplo
De ante-cornear á tantos
Cornudos tan reverendos.
Despacharé en pocas veces
Porque fui tan poco tiempo

Casada, que no he tenido
Para entender bien de cuernos
Todo el tiempo necesario:
Acuso pues á mi reo,
Le delato y accion formo
Contra este infame plebeyo
Sin principio ni crianza,
Hijo de mal nacimiento,
Y que su alimento busca
Solo en el pesar ageno.
¿Qué sirve, sino decidme
A la república un cuerno?
¿Cuales útiles hazañas
Le sacan de vil plebeyo?
Ser cornudo es un oficio
Tan de poco mas ó menos,
Que cualquiera mequetrefe
Suele, aun sin saberlo, serlo.
No hay útil sino hay trabajo,
Ni es tan facil lo que es bueno,
Y asi ser buenos no pueden
Pues son fáciles los cuernos:
Pues aunque dél unicornio
Digan ser contra veneno,

Eso tan solo lo mienten
Cornudos que no lo vieron:
Todo cuanto vemos malo
Lo enviamos luego á un cuerno:
¿Lo hiciera asi todo el mundo
Si fueran los cuernos buenos?
El inútil ciudadano,
Se debe espeler del reyno,
No debe alternar con todos
Los que con laudable empleo
Su alimento buscar saben
En el ageno provecho.
Y mucho mas será digno
De tal espatriamiento,
Si se añade el ser inútil
El ser un bajo plebevo!
Que el ocioso mal nacido
Es para el daño mas cierto.
Con que se debe espeler,
Juez cornudo, de los nuestros
Y al matadero enviarle
Con todos sus compañeros:
Alli el despojo del toro,
Allí el arma del carnero,

La erramienta del cabron,
Le aguardan entre el estiercol.
No se permita entre gentes
Hombre cuyo nombre fiero,
Con un esfuerzo inhumano
Facineroso y horrendo
Cuando su libertad buscan
La cárcel cierra á los présos,
Y se emplea en hacer daños
Sobre no causar provechos.
Suplico pues que declare
El muy cornudo congreso,
Que el cuerno y quien cuernos tenga,
Se vaya de hoy mas á un cuerno.
Pido costas y justicia,
Y á no lograrla protesto.

Dómine.

Si por las acusaciones
Se condenaran los reos,
Muy cornudo presidente
¿Qué inocente fuera absuelto?
Mas si cuantos acusados

Son, lo fueran como el nuestro,
No tendrian que temer
La bara del juez mas recto.
¡O cuerno, ó sonoro nombre!
¡O sabrosísimo acento!
¡Qué injusticia desterrarle
Con los mas vanos pretestos!
Dicen que está sin oficio,
Que no sirve al universo,
Que lo aplican á lo malo
Y que al fin es un plebeyo:
¡Cuan falsas acusaciones!
Si es noble lo están diciendo
Con sus famosas familias
Los romanos mas escelsos
Cornuficios, Cornificios
Y sobre todos Cornelios.
Sombras de los Escipiones
Venid, hablad por el reo:
Sila, dictador famoso,
Célebre Cornelio Nepos,
Tú, dulce Cornelio Galo,
Publicad el parentesco,
Abogad por vuestro nombre,

Decid quien es vuestro abuelo.
Mas necio soy, y abogados
Voy á buscar de tan lejos.
Resucítense memorias
Mas propias de nuestros tiempos.
Familia de los Cornaros
(De quien vos sois un renuevo)
Alza las ilustres voces,
Ven y defiende á tu nieto.
Tú, Catalina Cornaro,
Alza desde Chipre el cetro,
Y publica la nobleza
De un nombre que hiciste regio.
Soberanos de Venecia,
Cardenales muy escelsos,
Corred, desmentid á cuantos
Digan tal nombre plebeyo.
Tu, Luis Cornaro, erudito,
Y antes que ninguno de estos
Famosa Elena Cornara
Cuyos ilustres talentos
Vió Padua doctorados,
Presentadme hoy vuestros ecos.
Y emplead vuestra elocuencia

Por el mayor de los vuestros.
Si padres cornudos tiene
Los timbres mas estupendos
La muy antigua familia
Del nobilísimo cuerno,
No hay familia que no tenga
Con los cuernos parentesco.
Los héroes mas celebrados
Y los hombres mas escelsos,
Lo mejor de la nobleza
Lo suelen deber á un cuerno.
Persas, Indios, Chinos, Turcos,
Galos, Romanos y Griegos,
Todos crecen de una suerte
Y en lo mas noble entra el cuerno:
Y muy lejos de que sea
Nuestro cliente plebeyo
Aunque acaso cuernos haya
En la plebe, pero hay menos.
Siendo nuestro héroe tan noble
No estrañaria yo verlo
Sin oficio, porque todos
Los nobles hacen lo mesmo.
Mas nuestro cuerno, que es

Un filósofo estupéndo,
Detesta el ócio malvado
Y tiene varios empleos.
No os intento recordar
Cuanto fue luz de su tiempo,
Un cornudo escritor sabio
Que escüdriñaba los cielos.
Y supo los cuernos todos
Hasta de los dioses mesmos:
No recuerdo los trabajos
Con que honraron sus talentos
Cornelio Galo poeta,
Tácito y Nepos Cornelios,
Historiadores famosos,
Cornet, gravador muy diestro,
Cornet, sabio muy ilustre,
Dos Corneill Tomas y Pedro,
Que la nueva Atenas llama
Padres del teatro nuevo:
Miguel Cornell, gran pintor,
¿Mas dónde iré si pretendo
Apurar la larga lista
De los ilustres Cornelios?
No quiero mas recordarlos

Para defender mi reo:
Renuncio tan claras pruebas
Y con mil otras los dejo.
Pero recorred el mundo,
Y admirareis los empleos
Con que honrando todo el orbe
Se hacen los cuernos eternos.
Ved en los campos de Marte
Por cuerno diestro y siniestro,
Como hace son la corneta
Para alentar los guerreros.
Ved cuando va el segador
A buscarnos el sustento,
Cuando licores os buscan
Cojedor ó viñadero,
Como en cuadrilla los junta
La clara voz de los cuernos.
Voz tan clara, voz tan útil,
Que llamándole á su empleo
Relinchar hace al caballo,
Saltar y ladrar al perro.
Mas ved á cuantos escritos
Prestan los cuernos tintero:
¿A qué cazador no ayudan

Por compañeros dos cuernos?
De la sal alma del mundo
Es el cuerno tesorero:
¿No os dan los cuernos cucharas?
¿No os dá el cuerno vasos bellos
Que al quebradizo cristal
Hacen que pierda su empleo?
¿No os dan mangos de cuchillos
Botones y cajas..... pero
Quien contará tus oficios
O muy noble y útil cuerno?
Al fin volviendo á su oficio
Siempre á quien es muy atento
Las cabezas que adornaba
Limpia el cuerno peine vuelto:
Y para que tanto elogio
Quede del todo completo,
Hasta los santos altares
Se dice que tienen cuernos.
Persona con tales prendas
Aun cuando fuera plebeyo
Mereciera mil elogios
En lugar de vituperios.
Un Cayo Mario, un gran Tulio

Fueron sin duda hombres nuevos,
Mas sus trabajos y hazañas
Hasta el trono los subieron.
¿Cuánto mayores serán
Los méritos de mi reo,
Cuando de su gran nobleza
Probados los timbres tengo?
Mas lo aplican á lo malo.
¿Y es culpa del pobre cuerno,
Que á lo malo lo dirijan
Unos cornudos perversos?
¿No se dirá en alabanza
Cuanto se aplica á lo bueno?
La luz que Moises esparce
La esplicamos con dos cuernos:
Las coronas cuernos llaman,
Y una gran potencia un cuerno,
Cornisas á los adornos
De los magníficos templos:
Cornicopia la abundancia
Y el mas bello candelero:
Cornamusa un muy sencillo
Y muy sonoro instrumento,
Inventado por alguno

Que puso á las musas cuernos:
Cuernos se llaman las trompas,
Cuernecillos los pequeños
Adornos de nuestros hijos.
¿Es poco? ¿quereis mas cuernos?
Id á la Libia hallareis
Oráculos esparciendo
El cornudo Amon, El dá
Esos arietes guerreros,
Que cornean las murallas
Para mancornar sus lienzos:
Y si de dichos vulgares
Pretendeis hacer ejemplos,
A cuantos oireis decir
Duro ó blando como un cuerno,
Como un cuerno largo ó corto,
Como un cuerno flojo ó tieso?
Veis ya su noble prosapia,
Su utilidad sus empleos,
Y que de cuanto le acusan,
Queda triunfante y esento:
Con que debe conservarse
Para bien del universo
Ennoblecido, apreciado.

Y porque los desatentos
Que del cuerno dicen mal,
Quizá con envidia ó celos,
No le hagan mal de ojo,
Será bien que el noble cuerno
Se le cuelgue con decencia
Un cuernecito pequeño.
Dixi: juez cornudo, y pido
Justicia, costas y cuernos.

Doña Cornificia.

Por mas que de vuestro número
Las quisquillas escurriendo
Apureis las zarandajas
Del almacen pedantesco,
Y pongais como en tortura
La memoria y el ingenio,
Aunque un héroe lo pinteis
Un cuerno siempre es un cuerno.
Demos que su origen sea
Muy noble, que yo no niego
Que aunque el nombre no publiquen,
Siempre hubo grandes Cornelios,

Y suelen ser los mas altos
Los que se conocen menos;
Pero si por sus acciones
Es digno de vituperio,
Tanto es mas reprehensible
Cuanto mas noble y escelso:
Porque los nobles, que deben
Dar á los demas ejemplo,
Son de ser nobles indignos
Siempre que no son perfectos.
Quiero tambien concederle
Mil oficios, mil empleos,
Mas no sabeis que lo malo
Nace á cualquiera defecto.
Y solo es bueno lo que
Triunfa de todos esento.
Con que, si sobre no ser
En bien alguno completo,
En su principal oficio
Es un malvado, un perverso,
Nada sirve la defensa,
Y es un execrable el cuerno.
Pero que esto asi suceda
Está claro y manifiesto.

¿Puede ser bueno, decidme
Oyentes, puede ser bueno
Un hombre, que á quien le tiene
Siempre es pesado y molesto?
¿Puede haber cuernos sin pena
Del que ha de cargar con ellos?
Llamar cornudo es ultrage,
El ultrage es un mal: ergo,
No es bueno lo que se ocnlta,
Los cuernos se ocultan: ergo,
Ninguna molestia es buena,
Los cueruos molestan: ergo,
Nadie de lo bueno huye,
Los cuernos los huyen: ergo,
Con que en el primer oficio
De los cuernos, que es ser cuernos
Son enteramente malos
Muy lejos de ser muy buenos.
Mas no intento molestaros
Con mas ergos y argumentos
Todo lo que nada vale
Solo merece desprecio
Y un cuerno por mas que digan,
Nunca vale mas que un cuerno.

Cosa que vale tan poco,
Se debe echar al carnero.

Marques.

Ciertamente Cornificia
Hablas con tan grande acierto,
Que se conoce muy bien
Cuán diestra estas en ponerlos:
Pero yo que sé llevarlos
Sabré tambien defenderlos,
No insistiré en sus oficios,
No recuerdo sus abuelos,
Pues que vos con no negarlos
Dais ya parte del troféo;
Mas pues que vuestras astucias
Tantas causas propusieron,
Yo iré razon por razon
A las vuestras respondiendo.
Es malvado porque pesa.
¿Se puede tolerar esto
Entre personas de juicio?
¿Pesan acaso los cuernos
Tanto como un grande oficio,

Tanto como un grande empleo?
Comparad al mas cornudo
Con el juez menos severo,
Vereis, que carga por carga,
Abrazará este los cuernos
Que es molesto: ¿en el mundo
Hay bien que no sea molesto?
A tan descontentadizo
Llega ya el mundo perverso,
Que cansado en cuanto goza,
Aun le molestan los cuernos.
¿Mas acaso es culpa suya
No estar contentos con ellos,
Unos hombres que no estan
Contentos con nada bueno?
Tiene pena el que los tiene,
Bien: quiero que sea cierto.
Permitamos al contrario
Aun sus mismos argumentos:
¿No debe siempre lo mas
Prevalecer á lo menos?
Claro está pues aqui clara
La defensa de mi reo;
Uno solo tiene pena,

Y gusto dos á lo menos.
Con que mas que pena gusto,
Es lo que causan los cuernos.
Llamar cornudo es ultrage
Dicen los mas, yo lo niego;
Y aun tengo en contrario asunto,
Muy manifiesto argumento.
La buena vida se llama,
Vida de cornudos: ergo,
Al contento y gordo, dicen,
Gordo como un cabron: ergo,
Mas no es bueno lo que ocultan:
Es falsísimo probervio.
Sino decidme os suplico:
Por qué se oculta el dinero?
Por qué se guarda el honor?
Por qué se oculta un secreto?
Por qué un ministro se oculta?
Por què se guardan los fueros?
Porque son buenos sin duda
Y retuerzo el argumento.
Lo bueno se oculta y guarda,
Los cuernos se ocultan: ergo,
Pero los cuernos molestan,

Tengo respondido á esto,
Y añado, que muchos salen
De molestias con los cuernos,
Y molestia no reciben
Porque saben entenderlos.
Si otros los entienden mal,
Esto será culpa de ellos.
Que yo no niego, que hay muchos
Cornudos tan indiscretos,
Que van á buscar pesares
Donde pudieran provechos.
Ora por otras razones,
Ora por envidia ó zelos,
De que ellos solos han sido
Los últimos en saberlo;
Mas la falta del cornudo
No ha de achacarse á los cuernos.
Pero lo malo se huye
Y los cuernos se huyen: bueno:
Siempre con principios falsos
Hemos de estar arguyendo.
Y tantos buscan trabajo?
No obstante el trabajo es bueno
No está el ser bueno en buscarlo,

El caso está en conocerlo.
Han dado algunos cornudos
Muy de poco mas ó menos
En maldecirlos ; ve aquí
Porque todos huyen de ellos.
Su verdadero valor
Sepa todo el universo,
Y vereis que por tener
Cuernos se chupan los dedos.
Al fin un cuerno, decis
No vale no mas que un cuerno,
Desdichada, se conoce
En esto, que estás sin ellos.
Por ventura tuvo el mundo
Joya de mas grande precio,
O vale menos llevarlos,
Que costar suele el ponerlos?
A manera de los dientes,
Dijo un cabron, son los cuernos;
Que aunque duelen cuando nacen,
Se come despues con ellos.
El vínculo mas seguro,
El mayorazgo mas regio,
Ni tienen rentas tan grandes,

Ni unos réditos tan ciertos:
Y el venturoso varon
Que ha merecido tenerlos,
Tiene un tesoro sin fin
Mientras que durareu ellos:
Ellos le pagan la cara,
Ellos le dán el empleo,
Comida, vestidos, gustos,
Bailes, convites, festejos,
Cuanto desea le dán
Los cuernos, y aun logra en ellos
Con que dar, dar que van dando,
Y regalar otros cuernos.
Queda, pues, bien demostrado
Cornudísimo congreso,
Que razon ninguna ofende
La justicia de mi reo,
Que es inocente, que es útil
Y provechoso en estremo
Que por ser bueno se guarda,
Que no debe ser molesto.
Agréguese su nobleza,
Añádanse sus empleos,
Y arrímese sobre todo

Aquel raro privilegio,
Que el que una vez fue cornudo;
Queda cornudo in eternum;
Sin que le pueda privar
De tal beneficio el tiempo,
Ni juez, ni señor alguno,
Ni aun por delitos y esceso,
Ni han de gastarse los propios
Con poner muchos agenos.
Juntas todas estas prendas
Cornudo juez, hallarémos,
Que no se debe intentar
Tan injusto estrañamiento
Sino recibirle en triunfo,
Segun sus méritos ciertos.

Doña Cornelia.

¿Mas es posible, señores,
Que todos yerren en esto?
Los cuernos nadie los quiere,
Solo bnscan el ponerlos,
No quisiera para sí
Cualquiera su justo precio.

Dómine.

Siempre para regalar
Lo mas precioso escogemos,
Y regalar lo mejor
No es señal de no quererlo.

Doña Cornificia.

Y bien; ¿y por qué decis,
Cuando veis un monstruo feo,
Que nada de bueno tiene,
Que su cara es como un cuerno?

Dómine.

Siempre llamamos rabon
Cuando está sin rabo un perro,
Buena alhaja, al picarillo,
Buen amigo al que no es bueno.
Así como el cuerno es
La joya de mas aprecio,
Para esplicar con decencia

De un mal rostro el vituperio,
Por antífrasis decimos,
Que es una cara de cuerno.

Marques.

Ademas de eso ese modo
Ni es universal ni es cierto,
Y aunque asi algunos lo digan,
Al contrario los espertos.
Tres clases hay de semblantes,
De Jesus! Ola! y de cuerno!
Segun la frase inconcusa
De los que en beldad son diestros:
Al ver una cara orrible
Nos apartamos diciendo
Jesus! Como quien dijera,
Dios me libre de tí espectro!
Y al modo de un estornudo
La saludamos de miedo:
En viendo una pasadera,
Esclamamos al momento,
Ola! que es frase que esplica
Ser digna de nuestro aprecio:

Pero en mirando una hermosa
Graciosa, que es como un cielo
(Pongamos un verbi gratia)
Cual las que presentes tengo,
Esclamamos admirados
Con tono muy alagueño
Cuerno! como quien dijese,
¡Qué rostro tan estupéndo!
Asi la espresion mejor
De la beldad es un cuerno.

Doña Cornelia.

Yo no obstante á la razon
Cormida del juez apelo,
Reproduzco mis razones
Y mi querella renuevo.

Dómine.

Sin perjuicio de mi parte
Yo su decision espero,
Y no creo que un abate
Quiera decir mal del cuerno.

Doña Cornificia.

No juzgo que será llevarlos.

Marques.

Pero sabrá bien ponerlos.

Abate.

Tantos y tales elogios,
Que no merezco, confieso
Me dejaran indeciso
A ser mas dudoso el pleito.
Que al fin hasta al mismo Jobe
Suele mover el incienso.
Pero atentas las razones,
Oidos los argumentos
Con que encornareis sin duda
Los oidos mas solteros,
Me veo como forzado
A esplicar en claros ecos,
Que fallo ser bien probada

La gran dignidad del reo
Don cuerno y don cuerno, digo,
Por hablar con mas respeto,
Y porque siempre han andado
Juntos los dones y cuernos.
Mas porque no se presuma
Que he partido de ligero
Y sin conocer la causa,
Añadir razones pienso
Para que conozcan todos
Que sentencio en lo que entiendo,
Y que con tantos motivos
Es justo lo que sentencio.
No puede nadie dudar
Que las naciones pusieron
Los nombres á las ciudades
Con alusion á su aprecio:
Dando, pues, cuerno por nombre
A muchas claro dijeron,
Que ál cuerno por cosa digna
De su estimacion tuvieron.
Sin pararme á buscar otras
Entre las antiguas veo
A Cornacum en Pannonia

Con sus corneades fieros.
Los cornavios en Britania,
De Italia foro Cornelio,
Corniscarum junto á Roma,
Cabeza del nniverso;
Cornutum, y Cornutenses
Y con ellos los Cornensios.
Mas dejando los antiguos
Viniendo hácia nuestros tiempos
Cornuvall es gran provincia
De los Ingleses sobervios,
A los cuales tambien honra
En Guersei el gran Corneto,
Corenualles de Bretaña
De la gran Francia en el suelo:
Y esta gran nacion que es
Protectora de los cuernos,
Mostró su grande aficion
Repitiendo los ejemplos;
En Anjou fundó á Corne
Y á Cornus allá en el Cuercio.
¿Mas dónde voy con tal lista?
Que si completarla quiero
Dirán los que la escucharen,

Que fue mas larga que un cuerno.
No me pararé á contar
Hombres grandes y estupendos
Que con el cuerno se honraron
En el nombre por lo menos.
Ya al referir sus familias
Ha dicho algunos cornejos;
Yo huyendo de molestaros
Referiré un solo ejemplo.
Juan Haguenbot, alemán,
Médico y letrado diestro,
Cuando empezó á ser famoso
Buscar quiso un nombre bueno,
Sonoro, agudo, estimado
Y digno de hacerle eterno,
No se fió de sí propio,
Consultó con su maestro,
Tomó voto de los sabios,
Discurrió, trabajó él mesmo
Y no hallaron entre todos
Nombre mas digno que el cuerno.
Llamóse pues Juan Cornario,
Y con estudio y acierto
Hizo pasar este nombre

A los siglos venideros.
No hay por qué ejemplos añada
Y sin duda bastan estos
Para quedar convencidos
Del digno y el grande aprecio
Con que todas las naciones
Miran al nombre del cuerno.
¿Mas qué no harian los hombres
Tan estudiosos y atentos
Cuando la naturaleza
Los precedió con ejemplos?
Cuantos animales hay
Que al hombre son de provecho,
Naturaleza los cria
Provistos todos de cuernos:
El toro, el buey y la vaca
De la labranza maestros
Primer origen del bien
Que hace felices los reinos,
Debian tener y tienen
Largos y torcidos cuernos.
El carnero que da lanas
Con que abrigar nuestros cuerpos
Tiene cuernos, y el que es

Mas lanudo cuatro cuernos.
El venado da gamuzas
Y tiene árboles de cuernos,
La cabra que en cuernos medra
Nos dá leche, y nos da queso:
De modo que en todas partes
Con los cuernos va el provecho,
Y hasta la naturaleza
Sigue este principio recto.
Y si al famoso unicornio
Niegan ser contra veneno
Es porque con cuernos pocos
No puede haber gran provecho.
Todos útil lo creyeran
Sin disputarle lo bueno,
Si en vez de ser unicornio
Supiera ser muchi-cuerno.
La noche que suele ser
Cabriolé de los cuernos,
Tiene en la cornuda luna
De su dicha dos mecheros;
Y para decir felices
Aquellos que bien queremos
En los cuernos de la luna

Por sumo bien los ponemos.
Estas naturales voces
Siguieron muy bien los griegos
Cuando al famoso dios Baco
Sus sátiros y silenos
Dioses de las alegrias
Los retrataron con cuernos:
Y sin contar otros casos
Cuando á Jove, dios supremo,
Para hacer honor á Europa
Toro cornudo fingieron,
Como que bien no la hiciera
Sino viniera con cuernos.
Pero en fin para acabar
Y no seros tan molesto,
El dios pan, que sabeis todos
Que es la abundancia el provecho,
Y en voz de quien le adoraba
Emblema del universo,
Le pintaban juntamente
Con pies de cabra y con cuernos
Que otra cosa es esto digo
Sino decirnos con esto,
Que para que anden las cosas

Con razon y pie derecho,
En justicia debe ser
Cabron todo el universo!
Séalo pues en buen hora
Y tanto bien no estorbemos,
Triunfe por fin cual merece
Triunfe y reine en todo el cuerno
Y sean todos cabrones
Como yo se lo deseo.

Doña Cornelia.

A cuanto el cuerno pudiera
Pretender, echarte el resto
Y debe el héroe sus triunfos
A vuestro cornudo ingenio.

Abate.

Dios os encuerne mil años.

Doña Cornelia.

La encornadura agradezco.

Doña Cornificia.

Es la sentencia tan clara
Y la razon de tal peso
Que nos damos por rendidas.

Marques.

Con esto estamos contentos,
Que en rendirse las hermosas
Consiste el triunfo del cuerno.

Cornia.

Se han portado grandemente,
Yo he reido cuanto puedo,
De mirar por cuantos modos
Con qué vigor y qué empeño
Procurais que el cuerno triunfe.

Dómine.

No: si no no fuera bueno

Que los cuernos no triunfaran
En estos cornudos tiempos,
En que solamente triunfa
Quien gasta y triunfa por ellos.

Doña Cornelia.

Y añadid cuando manejan
Tales manos el pandero.

Dómine.

Merced en que me encorneis.

Doña Cornelia.

Vos mereceis aun mas cuernos.

Cornara.

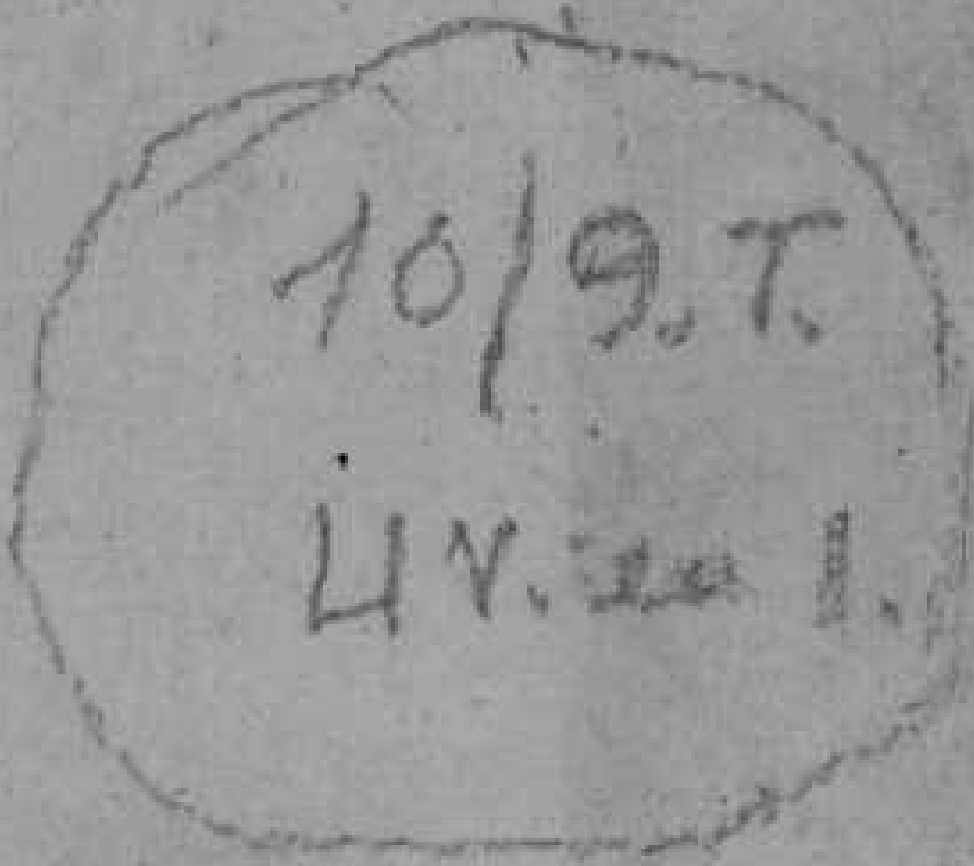
Ustedes me han divertido,
No se acabe aqui el festejo,
Pues aun queda tanta noche
Vamos dentro y cenarémos

Para que despues tengais
Un poco de bailoteo.

Todos.

Si gusta la inocentada
Al autor, dadle mil cuernos,
Y si os ha desagradado
Echarle con él á un cuerno.
Alcen todos los cornudos
Sus cornudísimos ecos,
Y digan para corona
En lugar de victor

CUERNO.



10/9.T.
4 V. za 1.

POESIAS
DE
IGLESIAS
R. F.
G 44486